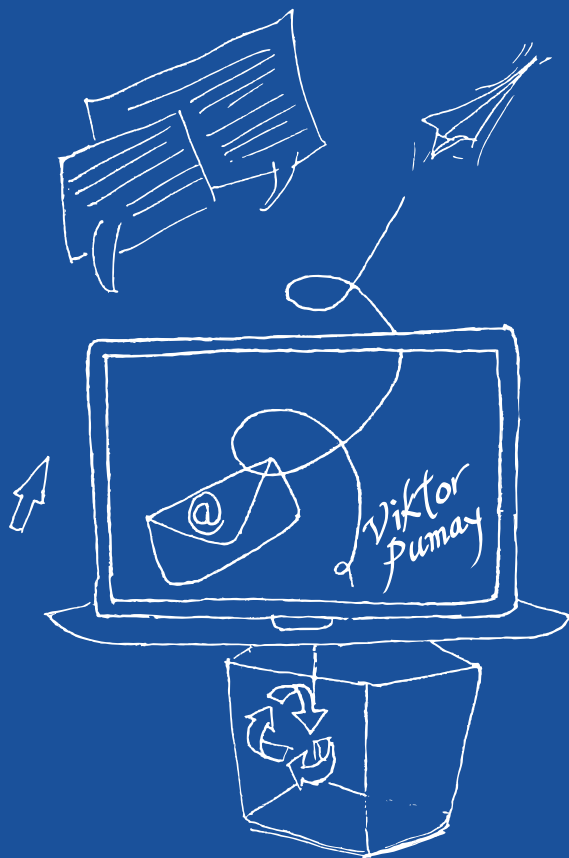


# PRIMER CONCURSO L I T E R A R I O



2018



Fundación Tajamar



FUNDACIÓN TAJAMAR

---

PRIMER CONCURSO LITERARIO

---

2018

Fundación Tajamar, 2018  
Pío Felipe, 12  
28038 Madrid  
[www.fundaciontajamar.es](http://www.fundaciontajamar.es)

Ilustraciones: Alejandro López Medina.  
Alumni Tajamar Bachillerato 2017.

En este libro, escrito en muy buena parte por niños, niñas y adolescentes, se han respetado y transcrito los textos fielmente, tal y como han sido presentados a concurso, salvo mínimas correcciones ortográficas y de puntuación.

# Índice

Presentación .....9

## **CATEGORÍA GENERAL**

1º Premio

**Viktor Pumay**

*Eduardo Pérez Díaz* .....13

2º Premio

**Las semillas de abedul**

*Miguel Puche Alosete* .....19

3º Premio

**El intérprete de ballenas**

*Ernesto Tubía Landeras* .....31

## **CATEGORÍA ESCOLAR**

PRIMARIA (3º y 4º)

1º Premio

**El amuleto mágico**

*Lara Muñoz Fernández* .....47

2º Premio

**Un amigo inesperado**

*María Sobrón Timpe* .....49

1º Accésit

**¿Son amigas las latas?**

*Beatriz Gamarra Illescas* .....53

2º Accésit (3º y 4º de Primaria)

**El bosque mágico**

*María Sánchez Mancheño* .....57

## PRIMARIA (5º y 6º)

1º Premio

### **Pelea entre letras**

*Lucía Muñoz Idiarte-Ramos* .....61

2º Premio

### **El rey Agrio y la guerra por el dulce**

*Mariana Clara D'Pool Jiménez* .....65

1º Accésit

### **Tan real como un sueño**

*Fátima Cruz Gómez* .....69

2º Accésit

### **La excursión de Margarita**

*Cayetana Salas Martín* .....71

## EDUCACIÓN SECUNDARIA OBLIGATORIA (1º y 2º)

1º Premio

### **Mantequilla extendida sobre demasiado pan**

*Isabel Gómez Carmena* .....75

2º Premio

### **¿Una orquesta brillante?**

*Mar Velasco Puente* .....79

1º Accésit

### **Caminando por la vida**

*Sergio Abanades Díaz* .....83

2º Accésit

### **El diálogo de los niños**

*Jan Pascual Ventura* .....89

## EDUCACIÓN SECUNDARIA OBLIGATORIA (3º y 4º)

1º Premio

### **Lo que de verdad ocurrió en el bosque**

*Cristina Galindo Martínez* .....95

2º Premio

### **Pensé en un atropello y me salió una historia**

*Paula Ferrer Ortiz* .....99

1º Accésit	
<b>Invisible</b>	
<i>Pablo Mariñoso de Juana</i> .....	105
2º Accésit	
<b>Jenazah</b>	
<i>Ana Alonso Atienza</i> .....	109

## BACHILLERATO Y FORMACIÓN PROFESIONAL

1º Premio	
<b>Perdón</b>	
<i>María Fernández Abanades</i> .....	115
2º Premio	
<b>El poder de la mujer invisible</b>	
<i>Aina Casals Pelegrí</i> .....	123
1º Accésit	
<b>El mito de André Malraux y las ninfas de las arte</b>	
<i>Carlos Baldé Fernández</i> .....	137
2º Accésit	
<b>El mejor taxista del mundo</b>	
<i>Etna Miró Escobar</i> .....	143

## CATEGORÍA ESPECIAL

(1º Premio)	
<b>Ponte en la fila</b>	
<i>Carlos Marín Sanz</i> .....	155
(1º Accésit)	
<b>Los sueños del abuelo</b>	
<i>José Luis del Campo Aparicio</i> .....	165
(2º Accésit)	
<b>Batallando sueños</b>	
<i>María Luisa Fernández Moreno</i> .....	171
Epílogo .....	179





## Presentación

Este libro pretende recoger la ilusión de los veintiséis finalistas, entre los más de quinientos concursantes, del Primer Concurso Literario organizado por la Fundación Tajamar con motivo del 60 aniversario del Colegio.

Son unos sencillos relatos que han merecido llegar a la final a juicio del jurado, a quien desde aquí queremos dar las gracias, especialmente a su presidente, Julio Martínez Mesanza, Premio Nacional de Poesía 2017.

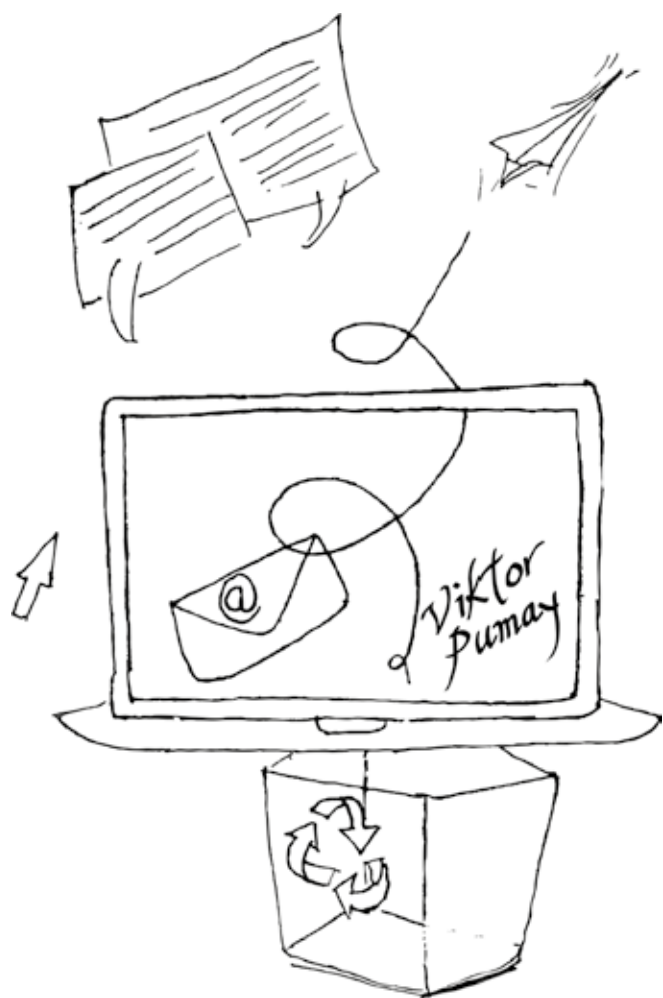
Un concurso que en su primera edición ha trascendido ampliamente nuestro entorno escolar, milagros de la tecnología de comunicación. Las más de 500 obras inéditas recibidas desde todos los puntos, no solo de la geografía nacional, sino también de otros países europeos y del continente americano, es un índice del interés y del afecto que despierta Tajamar.

La calidad de los trabajos y las sugerentes historias que narran nos animan a proponer a premiados y concursantes, haciéndonos eco de aquellas palabras de San Josemaría, fundador del Opus Dei e inspirador de Tajamar, *soñad y os quedaréis cortos*. Estamos seguros de que así será.

*Fundación Tajamar*



# CATEGORÍA GENERAL



# Viktor Pumay

*Eduardo Pérez Díaz*

## QUERIDA EVA:

Me llamo Viktor Pumay y soy el hombre de tu vida. No lo digo solo para captar tu atención; se trata de un hecho empírico. Permíteme que me presente y me explique: he dedicado mi vida a la informática; autodidacta durante mi niñez, con 16 años accedí a la Universidad, donde mis conocimientos y mis aptitudes fueron muy positivamente valorados. Recibí sucesivas becas para continuar mi formación en las instituciones y con los maestros más prestigiosos del mundo hasta que, hace un par de años, terminé mi doctorado. Entendí, entonces, que había llegado el momento de buscar pareja. Pero, ¿cómo estar seguro de acertar en mi elección? Siempre me ha inquietado que la gente se comprometa de por vida a partir de reducidísimos análisis cuantitativos. Uno conoce a las mujeres de su entorno, a cien mujeres, a unos cuantos cientos, a mil, en el mejor de los casos, sopesa los pros y los contras, opta por una y se casa. Pero la probabilidad de haber elegido a la más apta es prácticamente nula. Supongamos que en el mundo hay 800.000.000 de mujeres de entre 15 y 34 años; si solo tengo en cuenta a las 1.000 que me rodean, estoy planteando la elección más importante de mi vida sobre una muestra que supone poco más del 0,0001% del total, lo cual es, a todas luces, una negligencia. Si para comprar un coche, que me acompañará como mucho 10 o 15 años, estudio cuidadosamente todas las opciones posibles, ¿cómo hacer una elección infinitamente más relevante pasando por alto el 99,999% de las opciones? ¿Cómo decir, ho-

nestamente, «te quiero a ti y solo a ti» si no conozco a todas las demás? Sería, como mínimo, un ridículo atrevimiento.

Naturalmente, es imposible conocer a todas las mujeres del mundo. Nadie puede pasar con cada una de ellas el tiempo necesario. Por no hablar de las barreras espaciales o lingüísticas. Durante milenios, uno no tenía más remedio que escoger de entre las mujeres cercanas. El resto, sencillamente, no existía. No eran elegibles. Pero hoy es perfectamente factible unirse a una mujer que vive a 3.000 kilómetros, cuya lengua materna es incluso diferente de la propia. Por tanto, limitarse a las opciones del entorno inmediato es indolente e irresponsable. Sin embargo, persiste la imposibilidad de dedicar a cada una de ellas el tiempo necesario para elegir convenientemente. Esa dificultad me torturó durante años.

Pero la he resuelto. Sé que te interesa, así que te lo explicaré someramente. En primer lugar, elaboré una lista con los atributos de mi mujer ideal, divididos en diferentes categorías: imprescindibles, altamente deseables, deseables, etc. Por ejemplo: es imprescindible que sea heterosexual, moderna, que no padezca mutilación ni enfermedad grave, que esté dispuesta a viajar y que desee tener hijos; es altamente deseable la proporción física, un nivel cultural alto y que esté interesada en la informática; es deseable que sea rubia, deportista y hogareña (sin duda, te reconocerás en estas características). A continuación elaboré una especie de aplicación informática capaz de procesar en un segundo toda la información relativa a una persona disponible en internet: perfiles en redes sociales, currículos, historiales médicos, académicos, judiciales, etc. A partir de dicha información, el programa elabora un perfil absolutamente fidedigno de la persona en cuestión, identifica los rasgos previamente señalados como imprescindibles, altamente deseables, deseables, etc., aplica a cada uno de ellos un coeficiente directamente proporcional a su deseabilidad (y a la inversa) y ofrece un sencillo porcentaje de adecuación con el modelo ideal. Obviamente, el porcentaje más elevado, después de analizar cientos de millones de perfiles, ha sido el tuyo.

Estoy simplificando: en realidad, el programa es de una complejidad extrema. Tiene en cuenta las contradicciones entre los

distintos perfiles sociales de una misma persona, por ejemplo, y, de acuerdo con algoritmos diseñados a partir de los más recientes descubrimientos de la psicología, abstrae con asombrosa exactitud los rasgos más recónditos de su personalidad. Tu perfil profesional es transparente, pulcro y exacto; tus perfiles más «íntimos» revelan cierto desenfado y cierta espontaneidad; el cruce de ambas informaciones apunta a la flexibilidad y al sentido de la adecuación como rasgos inequívocos de tu personalidad. ¿Cómo sé que eres ordenada? (Hablo de una tendencia a la simetría, que es el rasgo deseado). No mencionas ese dato, explícitamente, en ningún sitio. Y, aunque lo hicieras, podría tratarse de una aseveración consciente o inconscientemente errónea. El programa lo infirió a partir de tus comentarios, de las actitudes que muestras en las imágenes en que apareces, etc. Incluso el encuadre de las fotografías tomadas por ti apunta a esa cualidad. Como ves, no he pasado nada por alto.

Tal vez creas haber encontrado un fallo en mi sistema: obviamente, solo he podido analizar a las candidatas que tienen una identidad virtual, una vida mínimamente amplia en la red. ¿Qué pasa con todas las habitantes de zonas aún en desarrollo, por ejemplo? La respuesta es simple: quedan descartadas “a priori”. Ninguna mujer ajena al mundo tecnológico, o carente de interés por él, es apta para compartir mi vida. También podrías preguntarte qué hay de todas aquellas cuyas informaciones no son abiertamente accesibles. Te diré que todas lo son a mi programa. Espero que sepas perdonar esta travesura. Y confío, por otro lado, en que no me creerás tan torpe como para haber tenido en cuenta solo coincidencias. Es obvio que una pareja formada por dos personas idénticas en gustos y aficiones, tendencias y rasgos psicológicos, está abocada al más rotundo fracaso. He buscado coincidencias donde debe haberlas, y compatibilidades donde no. Por ejemplo: sé que no te gusta cocinar (algo que yo encuentro muy placentero) y sé que te agrada controlar el orden físico de tu entorno (algo que a mí me hastía). Se trata de diferencias no solo conciliables, sino fructíferas en conjunción. Nada ha quedado al azar.

Podría continuar explicándote los entresijos del programa y demostrándote su absoluta infalibilidad a lo largo de cientos de páginas, pero sé que es suficiente. Podemos tratar estos asuntos en las jugosas conversaciones que mantendremos durante nuestros años de vida en común, que serán absolutamente felices. Ponte en contacto conmigo y les daremos comienzo a la mayor brevedad.

Se despide, feliz de haberte encontrado,

Viktor Pumay

Eva, fascinada, releyó varias veces el mensaje con ojos veloces y sedientos. Finalmente, se dejó hundir en la silla, se dio aire con ambas manos, desabrochó el primer botón de su blusa e intuyó su reflejo en la pantalla. No podía creerlo: era la absoluta Cenicienta de un príncipe capaz de probar el zapato a ochocientos millones de hermanastras. Era perfecta; decidida, probadamente perfecta para alguien, alguien que irrumpía con la autoridad del trueno en una existencia que empezaba a tornarse oscura y anodina. Era la única, la elegida entre millones. ¡Por un genio de la informática! Un genio que la señalaba entra la multitud anónima –¡tú! –, que la arrebatava de ella hacia las alturas de una individualidad rotundamente afirmada, plenamente significativa; capaz de decirle, con categórica certeza, «te quiero». Era la primera mujer que podía confiar ciegamente en esas palabras.

Tecléo el divino nombre de Viktor Pumay y accedió a su perfil. En la parte superior de la pantalla, en pequeño recuadro, dos ojos grandes y oscuros, universalmente profundos, omniscientes, la contemplaban; ojos que comprendían, que penetraban y desnudaban y asumían. Pómulos marcados, aire augusto, autárquico y sereno, rasgos entre la roca y la seda. Leyó sus títulos académicos, temblando de dicha, durante varios minutos; volvió a la fotografía, la amplió; aquellos ojos se clavaron en su abdomen de mariposa. Los miró, les habló –«mi príncipe de tierras lejanas...»–, bebió de ellos y se dejó envolver, agotar. Suspiró, se dio aire con las manos, desabrochó el segundo botón de su blusa, recorrió aquella frente despejada, el brillo córvido del pelo, se dejó hundir en la silla, contempló del todo con ternura y dio un respingo. Volvió a erguirse,



enfocó; no era sombra ni reflejo: en la punta de su nariz centroeu-ropea, Viktor Pumay mostraba una leve hendidura longitudinal, una línea divisoria que la partía en simétricas redondeces.

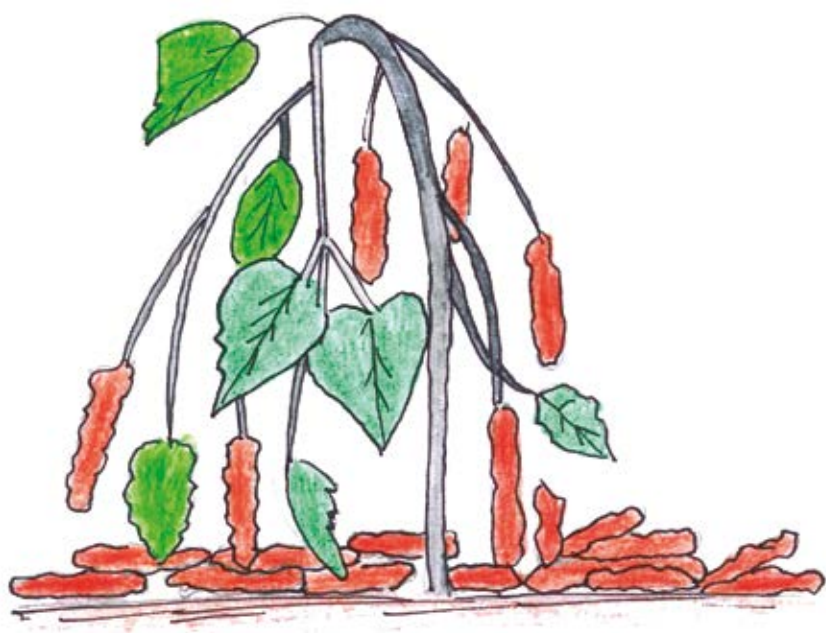
Eva se puso en pie, abrochó los botones de su blusa, caminó en círculo, se atusó el pelo, volvió a sentarse. Respiró, contempló de nuevo los ojos, la frente, los pómulos; la línea nasal se burlaba de ella. Se reportó, la miró desafiante, firme, —«¿qué importancia tiene?»—, intento asumirla, subsumirla, devolverle su natural proporción. Pero la hendidura se prolongaba imposiblemente hasta los ojos y la barbilla al menor descuido, volviendo a la punta de la nariz en cuanto se la miraba.

Decidió aplazar su respuesta, apagó el ordenador y se metió en la cama. Soñó con él, naturalmente: se acercaba, los brazos extendidos, sonriendo, refulgente de blanca luz. Y la fina tiniebla vertical en la punta de su nariz comenzó a prolongarse partiéndole el pecho y el vientre, borrándole el sexo hasta clavarse en la tierra y en las nubes.

Amaneció inquieta. Volvió al ordenador, volvió a la fotografía, volvió a negar la marca insolente, irresistible, cicatrizada ya en sus pupilas. Se abandonó entonces a mirarla con golosa aversión, tensamente sumergida en la náusea. Imposible. Aquella diminuta escisión la deglutía con infinito sarcasmo. La anulaba. Todo lo anulaba: se imponía rotunda sobre todas las cosas. Abismo infame de bulbosos alrededores, de inasumible jactancia, porcinos matices, perfil cartilaginoso en la cúspide; imán de ojos, nido de sombras, negativo de parteluz, pasillo estúpido, grieta alarmante, impúdica rendija, absurdo depósito, séptico resquicio, fisura lacerante, vallecillo metomentodo.

Apartó los ojos, liberó una mueca de asco infinito y eliminó el mensaje de Viktor Pumay.

FIN



# Las semillas de abedul

*Miguel Puche Alosete*

LEÍ UNA VEZ NO SÉ DÓNDE que la soledad es una enfermedad que llega sin avisar, sin presentar síntomas y que tiene difícil remedio una vez que aparece. Es como un perverso dolor que atrapa a todos aquellos que olvidan las cosas que les hacían felices, un cruel trastorno que afecta a los que pierden sus buenos recuerdos, a los que han descuidado a las personas que les han acompañado a lo largo de su existencia, a los que han abandonado la conexión emocional con los lugares en los que han vivido, a los que ya no reconocen su rostro cuando se ven reflejados en un espejo.

No ha llovido, pero es uno de esos días en que la humedad del ambiente te empapa la ropa. “Niebla bajera, buen día espera”, apuntaba a menudo el tío Antonio, que tenía siempre un dicho para cada uno de mis lamentos. Es una de las muchas cosas que echaré de menos, esas pequeñas enseñanzas que te sacaban una sonrisa en los días malos. Hacía ya algunos meses que no pasaba por el pueblo y sabía que ya le costaba andar y que apenas salía de casa, pero no me imaginaba que estuviese tan mal. Fue Manuel el que me llamó, el panadero, el marido de Pili. Ella le echaba un ojo todos los días, le hacía la compra, y sabía que si pasaba algo debía avisarme a mí primero. He estado liado con los exámenes de la facultad y se ha ido pasando el año sin dedicarle una última visita.

Está llegando mucha gente, no se ve demasiado desde aquí arriba con el día tan cerrado, pero sí que se escucha el barullo.

De camino he visto llena la explanada de la escuela y también había coches aparcados en los márgenes de la carretera de Collanzo. Desde aquel año en que la Vuelta Ciclista cruzó el pueblo camino de Córigos no se veía tanto gentío.

A Antonio le conocían todos, había repartido el correo por todo el valle durante más de cuarenta años, siempre con la misma furgoneta, con calor o con nieve. Él decía que aprendió a ordeñar vacas mientras entregaba sacos de abono en las granjas de Ortigosa, y a imitar el sonido de las aves cuando llevaba los informes meteorológicos a la caseta de los guardas forestales de Navaliego, y también presumía de remendar él mismo sus pantalones gracias a las lecciones que recibió de Benita, la costurera de Serrapio, cada vez que iba de visita y le ayudaba a escribir cartas para sus hijos. En realidad, podía repartir todo el correo en un par de horas, pero algunos días empezaba la ruta a las siete de la mañana y regresaba al pueblo con la tía Elvira llamándole a cenar mientras sacaba el perolo de sopa al salón. No llevaba reloj y nunca le gustó andar con prisas. Él siempre dio valor a los placeres sutiles, a esos detalles que para otros no tienen importancia. Calzarse las viejas chinelas al volver a casa, que cada vecino que pasa por delante y ve la puerta abierta se asome a saludar, salir a buscar moras cuando acaba el verano, los sobres de agua de litines, su navaja en el bolsillo, los tomates que saben a tomate,... todas esas pequeñas cosas que le hacían sentirse cómodo.

Antonio no faltó nunca a trabajar, nadie le vio enfermo, no se le recuerda una sola queja. No era el reparto de las cartas lo que a él le hacía feliz, era el camino que recorría todos los días lo que de verdad le llenaba el corazón. Hablar con la gente, echar una mano en todo lo que surgiera, escuchar las historias de cada pueblo y, por supuesto, contar todo lo que había hecho durante el día mientras la tía se dejaba la vista zurciendo medias al otro lado de la habitación. Una vez le propuse ir a la escuela a enseñarnos cómo cultivaba él sus propias verduras, pues a veces Don Fermín, el de ciencias, nos dejaba llevar a alguien para hablar en clase. No se me olvidará nunca la respuesta: “Quien quiera saber cómo se plantan cebollas, le espero el sábado a las ocho de la mañana en el cruce del camino

de la Ermita de San Martín. Si de verdad queréis aprender, tendréis que ensuciaros las manos, a mí no me enseñaron a cultivar sentado en una silla.” Nos tuvo toda la mañana trabajando en la vega, nadie pudo seguirle el ritmo. La semana siguiente faltaron a clase más de la mitad de los chavales. Gripe, bronquitis, dolores de espalda, calambres, cualquier excusa fue buena para quedarse un par de días en la cama y recuperarse de la paliza. Yo le ayudaba a clasificar cartas los lunes a la salida de la escuela, así me no quedó más remedio que disimular la fatiga y ponerme a organizar las sacas del correo. No me pagaba nada y lo cierto es que tampoco necesitaba mi ayuda, yo no hacía más que incordiar, pero le gustaba tenerme por allí, y yo me sentía importante contándole a mis compañeros que trabajaba por las tardes al salir de clase. Leandro también presumía de ayudar a sus abuelos en la fábrica de gaseosas, pero yo sabía que desde que le estalló un sifón en la cara, no le dejaban tocar nada. Todavía se le ven las marcas del accidente.

Voy a ir bajando para saludar a todo el mundo. Está llegando Don Julián, que va a oficiar un breve responso en la escuela antes de que la comitiva suba a Antonio hasta el cementerio. Es un camino de tierra que nadie utiliza desde hace mucho, está ya bastante maltrecho y solo se puede subir caminando. Hay cantidad de personas que no conozco, otras que sí, muchos se han ofrecido a cargar el féretro, como Paulino, que para que me entendáis y no suene ofensivo, es algo cazarro. En una ocasión, días después de que le regalaran un teléfono móvil y aún sin tener muy claro la utilidad de llevar ese trasto guardado en los pantalones, se escaqueó de los preparativos de la Bajada de la Virgen para echar la partida de tute en la cochera de Aurelio, el carnicero, con dinero de por medio. Total, que a Emiliana, su señora, le dio por probar el invento y lo llamó para saber cómo iba todo por la ermita. Del brinco que pegó cuando le sonó aquello, tiró al suelo la mesa, el tapete y las jarras de cerveza. “Pero ¿cómo sabe esta desgraciada que estoy jugando a las cartas?”, se le ocurrió soltar mientras buscaba el teléfono en el bolsillo. Las risas duraron una semana entera. Ni qué decir tiene que con tanto cachondeo en el pueblo, Emiliana se enteró en qué se gastaba el tonto de Paulino la pen-

sión cada vez que desaparecía un rato. Antonio le enseñó a leer y Paulino siempre le tuvo muchísimo respeto.

Me costó bastante convencer a la gente del pueblo para que se instalase la capilla ardiente en el patio trasero de la escuela y que se le llevase al cementerio antiguo, y no al nuevo, pero al final están todos echando una mano. Incluso he visto a Ángel el Guindilla que con su hijo Valentín, han traído el viejo bibliobús cargado con sillas desde Bustiello, por si las de la escuela no eran suficientes. Hacía años que no veía ese cacharro funcionando, dejó de venir cuando la escuela taller de Las Cruces rehabilitó la casa cuartel para alojar nuestra propia biblioteca con libros usados que nos fueron donando poco a poco. Es cierto que a los libros no se les da mucho movimiento, no hacen más que coger polvo, pero el espacio es amplio y a veces se utiliza también como aula para las clases de costura o para albergar algún que otro torneo clandestino de dominó.

El día que empecé a comprender la importancia que tenían para Antonio estos dos lugares, la escuela y el cementerio de San Salvador, andaba yo por el taller ordenando la estantería del correo sin reclamar, esas cartas que llegan a gente que ya no vive en el pueblo, o que ya solo vienen en verano, o las que son devueltas y que guardamos un tiempo por precaución. Habrán pasado diez años o más, pero todavía me vienen a la mente algunas sensaciones con cierta nostalgia. De vez en cuando mi memoria recupera el olor tan particular del papel de aquellos sobres, el tacto áspero de las castigadas sacas o el molesto timbre del antiguo teléfono de pared.

– Tío ¿Dónde está Leipzig?

– Donde Sansón perdió el flequillo, más o menos. Ese paquete es del sobrino de Vicente, el ingeniero, el que marchó a Alemania a trabajar en eso de las placas solares. Todos los años manda algo a la familia, ya vendrán a recogerlo para la semana de las fiestas.

– Tío, aquí hay varios certificados que vienen de Laviana, de la Consejería de Medio Ambiente, están sin abrir y llenos de polvo.

– Déjalos donde están, ahí no molestan a nadie.

– Desde que Hilario volvió a Mieres, tú te encargas de estas

cosas. Deberías abrirlas para saber lo que quieren, a lo mejor es importante.

– Te he dicho que los dejes donde están. Yo los guardé ahí, ya sé lo que quieren, no me hace falta abrir ninguna maldita carta para saber lo que pone. Deja la dichosa estantería antes de que te dé una patada en el culo, termina de barrer el suelo, apaga la luz y vete a casa, ya cerraré yo luego.

Fue la única vez que vi a Antonio enfadarse. Salió por la puerta murmurando mientras se calzaba la gabardina negra, bajó caminando hasta la plaza de la taberna de Damián, donde está la cruz de piedra y la cabina de teléfono, se sentó en uno de los bolardos, sacó su inseparable pipa de madera de olivo, prendió la cazoleta y dio una intensa calada. No parecía que fuese a volver pronto y yo tenía curiosidad por saber que hacían allí todas esas cartas y por qué llevaban tanto tiempo, así que me las guardé en la mochila del colegio, terminé la limpieza, apagué la luz y me fui a casa.

Supongo que se dio cuenta enseguida, pero no me dijo nada en el momento. Esperó una semana, y el lunes siguiente cuando terminó la ruta, en vez de esperarme en el taller como hacía siempre, fue a buscarme a la escuela.

– Coge tus cosas, merluzo. Vamos a dar un paseo.

Hablaba despacio, más que de costumbre, se le notaba fatiga en la mirada, como si el cansancio de 79 años se concentrara de golpe en sus ojos. Antonio era mi tío abuelo y yo siempre le había conocido viejo, pero ese día se hizo más evidente el tejido de arrugas de su cara. Le seguí hasta el bosque de abedules, el que está subiendo al Alto de la Tejera, pasado el cementerio antiguo.

– ¿Te acuerdas de aquel banco? – me dijo señalando al frente.

– Ostras – grité con cara de asombro – es el banco de la plaza de la iglesia, donde se sentaban las marujas a contar chismes y a poner a caldo a todo el que pasaba por delante. Dijeron que lo habían robado unos vándalos durante las fiestas, que se lo había llevado algún infeliz para hacer la gracia.

– Pues no, no lo robó ningún vándalo. Me lo llevé yo, cosas de madrugar tanto. Y lo traje aquí, sin que nadie se enterara, excepto tu tía Elvira, claro.

– ¿Y qué hace aquí el banco de la plaza de la iglesia? ¿Cómo lo trajiste?

– Siéntate –me pidió con un gesto cariñoso–. Estos árboles tienen exactamente 67 años. Algunos, unos meses más y otros unos meses menos. Los plantamos los chavales de la escuela con Don Gregorio, nuestro profesor de entonces, el único que teníamos. Solo había un aula, así que nos juntaba a todos los alumnos a la vez, pequeños y mayores, y daba todas las asignaturas. Plantamos las semillas en las macetas de las ventanas y un par de meses después elegimos algunos brotes para llevarlos a las jardineras grandes del patio trasero. Esperamos dos años hasta que los árboles se hicieron más altos que nosotros y entonces, en primavera, los trajimos aquí, detrás del cementerio. Lo hicimos por parejas, un abedul por cada dos alumnos, más los que ya habían plantado antes los mayores, más los que vinieron después. Adivina con quién me tocó a mí plantar y cuidar el árbol.

– Con la tía Elvira, supongo.

– Antes llovía mucho más, y de vez en cuando, sobre todo en primavera, los arroyos se desbordaban y embarraban el cementerio, no había quien entrara. Fue idea del párroco lo de plantar árboles detrás del muro para absorber el agua.

– ¿Y la tía?

– Pues verás. Teníamos más o menos tu edad, once o doce. Yo nunca había hablado con tu tía hasta el día que Don Gregorio trajo a clase las vainas con las semillas y nos asignó las parejas. Lo que tuve que hacer después para que me tomara en serio te lo contaré en otra ocasión, cuando seas más mayor, ahora no te interesa, pero te diré que cada vez que queríamos estar a solas, veníamos a ver cómo crecía nuestro árbol. Yo no hablaba mucho en clase y mis habilidades no parecían llamar la atención de nadie. Eran otros tiempos. Ninguna chavala se asombraba por entonces si te veían elegir un melón en el mercado.

– Hombre tío, ahora tampoco. Imagínate.

– Bueno, olvídalo, no ha sido un buen ejemplo. El caso es que sin lo del árbol no habría hablado nunca con ella, hubiera seguido mirándola en clase con cara de “pasmao” sin decir nada. Como



ya has leído las cartas del Ayuntamiento de Laviana, sabrás que quieren cortar los abedules, que están enfermos por culpa de un parásito. Sabes también que la tía está enterrada aquí detrás, en el viejo cementerio.

– Sí, las leí. Lo siento. Tenía curiosidad. En realidad, es la misma carta, pero la han mandado varias veces.

– La primera vez que llegó una de esas dichosas cartas, se la leí a tu tía al volver a casa.

– ¿Y qué dijo?

– Nada, absolutamente nada. No sabía de qué le estaba hablando. Es cierto que tu tía ya andaba un poco chocha por aquel entonces, se olvidaba de algunas cosas, la compra, la misa del domingo, pero aquella tarde se olvidó de todo, de Don Gregorio, de nuestro árbol, del colgante que tallé con nuestras iniciales y que le regalé cuando marchó a vivir a Felechosa, y luego fue a peor, se olvidó de mí. Los médicos quisieron llevarla a una residencia. A mí se me ocurrió lo del banco y todas las tardes, al terminar la ruta, la traía y nos sentábamos aquí hasta que oscurecía. Yo no paraba de hablar de nuestras escapadas a las fiestas de San Genarín, allá en León, en Jueves Santo, y del telar, del concurso de ganado de la feria de la Ascensión, de esto y de lo otro, de Isidro, de Pascual, de Amelia, pero nada.

– Y dejaste aquí el banco.

– ¿Te han hablado alguna vez del viejo Dámaso?

– Creo que no, ¿vive aquí en el pueblo?

– No, no, tú no le conociste, no habías nacido. Nos traía queso, lo cambiaba por cualquier cosa que necesitara para su refugio, desde un colchón viejo a un saco de harina de maíz para hacer fariñes, lo que se le antojara en ese momento. Fue el último pastor del valle. En primavera subía el rebaño al Alto de la Collaona, cerca del brezal donde tenía su cabaña, y ya no se dejaba ver por el pueblo hasta que las primeras nevadas del otoño cubrían el Pico Cueto, el que se ve subiendo por la carretera de Murias. Pues bien, vino un año muy seco, uno de esos en los que se puede cruzar el río caminando, en los que el color amarillo tiñe casi todos los pastos. Incluso las Fuentes de Castiello dejaron de brotar y

murieron algunos de los carneros del tío Julián. El caso es que Dámaso no apareció, ni él ni sus animales. Todos nos preocupamos.

– ¿Y por qué no bajó al pueblo?

– El brezal no se secó, y él averiguó por qué. Es la zona más alta del concejo y, aunque las nubes pasen de largo aquí abajo en el valle, allí rozan la cara norte de las lomas y los brezos absorben la humedad. Dámaso se dio cuenta. Al principio extendía por la noche toallas y sábanas sobre las ramas y regresaba a la mañana siguiente, cuando el cielo empezaba a clarear, a escurrirlas para llenar de agua un par de garrafas. Después perfeccionó el sistema. Extendió en el suelo algunas planchas de aluminio que le habían sobrado de los arreglos del tejado, y así las gotas que caían de los brezos resbalaban por las planchas hasta unas bolsas de plástico convenientemente colocadas en pequeños hoyos. Incluso llegó a sustituir las bolsas por el propio pilón del refugio. Lo arrastró él solo, cuesta arriba, tirando con una cuerda atada a la cintura. Dicen que llegó a bajar treinta y cinco litros de agua a la cabaña en un solo viaje. Subió y bajo del refugio al brezal y del brezal al refugio todas las mañanas durante cuatro meses, hasta que el mes de marzo trajo de nuevo las lluvias. Si alguna vez pasas por allí, verás que no queda casi nada del refugio, los chavales lo usaron un tiempo para sus acampadas, pero le prendieron fuego una noche que iban bebidos y se pasaron con el cachondeo. Un poco más arriba aún se puede observar el pilón semienterrado, lleno de óxido, claro.

– ¿Qué tiene que ver todo eso con el bosque de abedules?

– Pues no lo sé, puede que nada, no me hagas mucho caso. La cuestión es que Dámaso no fue a la escuela, no sabía hacer otra cosa. Cuidar del rebaño y elaborar quesos, ya está, las ovejas eran su vida. Él no se rindió, aprendió a robarle agua a las nubes y encontró la manera de salvarlas. Yo pensé que podría robar recuerdos a los abedules para llevárselos de nuevo a la tía, pero no funcionó. Un día se cansó de escucharme y se nos marchó.

– Pero tú no tienes la culpa, las cartas dicen que es un hongo el que hace enfermar a los árboles, que ha ocurrido también en otras aldeas del valle. No tiene nada que ver con la tía. Además, no se puede saber lo que siente un árbol.

– Verás, al principio, cuando tu tía y yo veníamos aquí a ver los abedules, podías escuchar el viento acariciando las hojas, el canto de los petirrojos o incluso el murmullo lejano de alguno de los arroyos que bajan hacia el río. No hace falta saber hablar para expresarse. Se notaba que el bosque estaba vivo y si cerrabas los ojos y permanecías un rato en silencio, podías escucharlo. Como puedes comprobar, ahora no se oye nada, ni hojas, ni pájaros, ni agua. Los coches que pasan por la carretera nueva, tal vez. No sé por qué dejamos de venir, no lo recuerdo, pero supongo que los abedules se sintieron olvidados, y cuando volví con tu tía enferma, era ya tarde, quizás habíamos cambiado y ellos tampoco se acordaban de nosotros, también habían perdido la memoria.

Tras un par de minutos de completo silencio, Antonio se levantó y comenzó a andar de vuelta al camino.

– Por cierto – dijo sin ni siquiera girarse – si le cuentas a alguien lo del banco, te pongo a limpiar las cacas de las palomas del cobertizo del tractor.

El tío fue siempre tremendamente honesto. No era de risa fácil y si no le conocías, podía parecerle un poco tosco, pero aprendías más con una sola de sus historias que en toda una semana de colegio.

– Antonio, deberías pagarnos por todo el trabajo del sábado.

– Tendréis verduras gratis en un par de meses.

– Yo preferiría dinero.

– Sabes que el dinero no se come ¿verdad? ¿Te han hablado alguna vez de la mina abandonada que hay a las afueras de Figaredo, junto al arroyo de San Tirso?

– Algo me han contado. Dicen que te pican los ojos y la garganta si pasas tiempo por allí.

– Ya te digo yo que sí. Cuando llevaron toda esa maquinaria y empezaron las excavaciones, todo el mundo se emocionó. También marchó gente de aquí del pueblo pensando que se ganarían la vida más fácilmente, sin todos los esfuerzos que requería el campo. Hubo familias que malvendieron los cultivos unos pocos días después de firmar sus contratos para trabajar en los primeros pozos. Les contaron que la mina traería dinero a la región y mu-

chos pensaron que podrían comprarse un coche nuevo y una casa bonita en un lugar hermoso.

– ¿Y qué pasó?

– Ahora el agua del arroyo está contaminada, está prohibido pescar salmones, la tierra ya no es apta para el cultivo, los que trabajaron allí sufren dolencias crónicas y el verde del bosque se convirtió en un gris oscuro que cubre cada centímetro de vegetación. Cuanto más profundo era el pozo que cavaban, más oscuro estaba y más trabajo les costaba distinguir qué era lo que estaban buscando. Supongo que cuando ya no veían nada, se perdieron ahí abajo, se acostumbraron a la oscuridad y olvidaron que ahí fuera lucía un sol estupendo. Cuando ya no pudieron encontrar el camino de salida, no les quedó más remedio que seguir cavando.

– Si lo cuentas así, parece una película de miedo.

– Y lo es. Toda esa gente ya tenía una casa bonita en un lugar hermoso y ahora no tienen nada, solo un coche nuevo y un paisaje horrible que les recuerda cada mañana que no necesitaban el dinero que les prometieron. Echa un vistazo a tu alrededor, respira profundamente y disfruta de todo lo que tenemos aquí. No lo olvides nunca.

– Vamos, que no nos vas a dar nada.

– Cuando crezcan las lechugas que plantasteis, podréis venir a recogerlas. Es lo justo. No hay que pedir nunca dinero por ayudar a alguien, así esa persona tampoco te cobrará por todo lo que te ha enseñado.

Bueno, voy a aprovechar para hablar con los maestros de la escuela, son bastante jóvenes, llevan un par de años dando clase, pero no viven en el pueblo, vienen todos los días desde Moreda. Ya les escribí comentándoles la idea de recuperar aquella vieja tradición de plantar árboles con los alumnos, me ofrecí además a traer algunos compañeros de la facultad para echar una mano y conseguir todo el material. Ya no llueve como antes y no hay peligro de que se desborden los arroyos, pero ahora que ya talaron los abedules, podríamos rescatar ese espacio y, ya de paso, evitar que los dueños de las fábricas de pasta de papel se lían a comprar terrenos como locos y nos llenen el valle de eucaliptos, como andan haciendo en

otros concejos. Empresarios de ciudad de esos que intentan convencer a la gente del campo de que los eucaliptos traerán dinero a la región y que se podrán comprar un coche nuevo y una casa bonita en un lugar hermoso.

La verdad es que no le conté a Antonio que ya cortaron los abedules, aunque creo que se lo imaginó. Me dicen que desde que se empezó a escuchar de fondo el incómodo zumbido de las motosierras, sus ojos perdieron brillo y le costaba mantener la conversación. Supongo que ahí empezó a sentirse un poco más solo.

La niebla levanta, todo ha salido bastante bien, la gente se ha portado estupendamente. Yo tengo que ponerme en marcha, no puedo entretenerme demasiado, volveré cuando acabe los últimos exámenes, en dos o tres semanas, para echar un ojo a los trastos de Antonio, a sus pequeños tesoros, y ayudar a Manuel y Pili a organizarlo todo. El tío no era de acumular ponzoña, habrá cosas que ya no valgan nada, pero otras que merezca la pena conservar. El banco, por ejemplo, con lo que costó bajarlo de nuevo, lo hicimos entre los tres, todavía no me explicó cómo lo subió Antonio, no llegó a contármelo. Lo tengo guardado en el viejo taller, falta lijarlo, darle una mano de aceite y buscarle un sitio. La Plaza de La Fuentona parece un buen lugar, donde los abuelos juegan a la petanca los domingos mientras arreglan los problemas del mundo. Aparecerá de nuevo como por arte de magia; si alguien pregunta, pondré cara de sorpresa. Me gustaría quedarme su bicicleta, con ella empezó él en esto del reparto cuando era aprendiz y a mí me la dejaba de vez en cuando. Necesita un poco de trabajo para devolverle algo de lustre, pero sería una pena tirarla. Intentaré venir con Sarita, que nunca ha estado en el pueblo, me echará una mano. Antonio no la conoció, estaba ya delicado y yo prefería venir sin compañía cuando le visitaba para no incomodarle demasiado. Seguro que me hubiera preguntado qué hice para engañarla. En fin, como hubiera dicho él, eso ahora no interesa a nadie, quizás lo comente en otra ocasión. Lo importante, lo que yo quería contaros aquí, es que aunque no fui demasiado consciente entonces, aprendí mucho de mi tío, y no me refiero a madrugar para robar un banco de la plaza sin que nadie te vea,

ni saber elegir un melón en el mercado o afeitarme cuando me salieron cuatro pelos en la cara, que también, hablo de cosas más valiosas, como que se debe aprovechar el tiempo, que se puede aprender todos los días algo nuevo, que hay que escuchar siempre lo que tienen que exponer los demás, que cuando no tienes nada que decir, puedes compartir un silencio, o que nadie tiene todas las verdades, simplemente vamos encontrando nuestras propias certezas a medida que nos hacemos viejos. Aprendí que las grandes experiencias de nuestra vida pueden surgir de otras mucho más pequeñas, y también algunas otras cosas un poco más difíciles de explicar y que no todo el mundo entiende, como que los bosques sienten, almacenan recuerdos, guardan secretos, como que los árboles tienen alma y que, cada vez que desaparece una parte del paisaje que nos rodea, perdemos también parte de los recuerdos que hemos generado en aquel lugar.

Hay rincones en los que nos sentimos a gusto, en los que todo parece estar en su sitio, en los que las cosas discurren a la velocidad adecuada, y no solo necesitamos saber que están ahí, también necesitamos sentirlos nuestros, saber que seguirán igual siempre que los visitemos, creer que podemos recurrir a ellos cada vez que nos apetezca descubrirlos de nuevo. El tío y la tía, o Antonio y Elvirita, como les conocía todo el mundo, eligieron este paisaje para dar forma a sus recuerdos, para enraizar su vida, para sentirse a gusto, protegidos, acompañados, para escuchar a los demás. Encontraron su lugar aquí en el valle, es este pueblo, en el bosque de abedules, por el camino que sube al Alto de la Tejera, detrás del cementerio viejo, el de San Salvador, un lugar desde el que se alcanza a ver, asomándose al pequeño mirador y si la niebla lo permite, la escuela donde hace ya un porrón de años comenzaron un pequeño proyecto, donde se hablaron por primera vez, donde Don Gregorio, su maestro de entonces, les pidió que plantaran un árbol con unas vainas que guardaban dentro unas pocas semillas de abedul.

FIN

# El intérprete de ballenas

*Ernesto Tubía Landeras*

NINGÚN MARINERO DEBERÍA YACER bajo tierra. Así pensaba el Capitán Herrero mientras conducía su viejo Nissan Qashqai hasta el camposanto de Ajo, donde transcurrían las exequias de Ginés Somoza, uno de los hombres de los que aprendió qué era y significaba la mar, y el vivir, por y para ella. A su lado, con los nudillos blanqueados por la presión que ejercía contra la baranda de la puerta, en los ojos de Ramiro, su oficial de máquinas, se reflejaba que confiaba bastante más en su capitán cuando estaban sobre la cubierta del Nelson III, que conduciendo por esas sinuosas carreteras. No era su amigo, superior y jefe, un hombre hecho para avanzar sobre ruedas, rara vez lo son los hombres de mar. Y confiar su suerte al tino del Capitán Herrero con el acelerador y el freno, era poco menos que lanzar una moneda al aire y rezar para que cayera de canto.

—¿No sé qué tiene de malo el transporte público, de verdad? —masculló Ramiro, mientras seguía el balanceo de una cinta morada de la virgen del Pilar, que rodeaba el retrovisor.

Otro de las cosas que Ramiro no comprendía del capitán, era cómo un hombre que había nacido en Utebo, en pleno centro de Aragón, donde ni el Ebro tiene playa, había acabado dedicando su vida a la mar. Probablemente fuera por la misma razón por la que lo había hecho el, aunque en su Santoña natal no se viviera otra cosa que la cultura marinera, simplemente por el hecho de que es la mar, y no el hombre, la que elige qué corazones conquistar. Roberto Arranz, un marinero de boca desdentada, socarrón

y vocinglero, solía contar un chiste que decía que si al llegar una noche con una mujer a la cama, el sujetador y las bragas van conjuntados, no eres tú el que ha ligado. De forma idéntica ocurría con la mar; en el preciso instante en que decides que quieres formar parte de la familia marinera, que brega, lucha, trabaja y reza sobre la mar, día a día, puedes tener la impresión de que eres tú el que así ha elegido ganarse la vida, pero no es cierto. La realidad es que esa mar te ha elegido a ti, y no al revés, pero pasan muchos años y aún más jornadas hasta que eres consciente de ello. Tantas jornadas, tantos años, que no recuerdas nada de tu vida anterior, si es que un día llegaste a poseerla.

—No soy hombre de autobuses —respondió Román Herrero al rato, mientras viraba alrededor de una gasolinera en la salida de Somo, y enfilaba la carretera que transcurría en casi una línea recta, hasta Ajo—. Además, tengo que sacar este trasto de vez en cuando del garaje, para soltar la carbonilla, ya sabes...—dejó en el aire.

Su compañero de fatigas marinas asintió con la cabeza, pero del mismo modo aumentó la presión de los dedos alrededor del asidero colocado sobre la puerta, como si ese gesto fuera a salvarle la vida si la escasa pericia al volante de su amigo, les hiciera salirse del asfalto. Al fondo, enmarcando un paisaje bucólico, los montes de uñas encrespadas que protegían como un muro la región cántabra, verdeaban en plena primavera. Era un atardecer hermoso, cargado de colores vivos que dotaban de frescura al ambiente y viveza a los prados. Al llegar al pueblo y tomar el senderillo que guiaba un curso sinuoso hasta el camposanto de Ajo, Ramiro liberó al asa de la presión de sus dedos y la sangre volvió a fluir por sus nudillos, a los que les costó volver a tomar el característico tono rojizo y cuarteado que poseían habitualmente. Se llevó las dos manos al nudo de la corbata y lo reguló entre los lados del cuello de la camisa. Era la primera vez en mucho tiempo que vestía corbata, una vieja y algo desgastada, pero que para un acto luctuoso como aquel, bien podía servir. El capitán empero, había optado por no ir demasiado formal, y por encima de los vaqueros que vestía sistemáticamente cuando no estaba embarcado, lucía una camisa negra



perfectamente planchada, abotonada hasta el cuello, cerrado por debajo de un mentón afeitado con pulcritud, que desprendía un amable aroma a aftershave de marca. Ramiro bajó el espejo que tenía sobre su cabeza y se miró, tan sólo un instante, antes de volverlo a plegar contra el techo adquiriendo un gesto adusto. Él ni siquiera había sacado un momento para desprenderse de los pelos, gordos como patas de araña, que moteaban su rostro sin llegar a formar una barba, pero sin concederle, por otro lado, el aspecto aseado que poseía su compañero de viaje.

Al llegar al cementerio, apenas media docena de coches flanqueaban la entrada. Román apagó el motor de su Nissan, extrajo la llave con suavidad y abrió la puerta, aunque antes de salir miró una vez más a su amigo.

—¿Cuánto hay de expiación de pecado en este postrero encuentro, Ramiro? —le preguntó, con la voz ligeramente quebrada.

—Román, hálame en cristiano, que no soy hombre de letras, ya lo sabes —protestó el marinero.

—Soy quien le obligó a abandonar el barco, narré aquello que le llevó al psiquiátrico. En definitiva, yo introduje a Ginés en esa caja de madera.

—La cabeza de Ginés fue la que le metió en esa caja. Dicen que se ha suicidado, qué esperábamos que hiciera, encerrado y loco, pero no en ese orden —le atajó Ramiro, endureciendo el tono de su voz de tal modo, que bien parecía que él fuera el superior del capitán Herrero y no al contrario—. Si Ginés hubiera seguido navegando, hubiéramos tenido una desgracia. Muy rápido has olvidado lo que ocurrió en su último viaje.

—No lo he olvidado, pero del mismo modo, tú no olvides que yo fui el primero en subir a cubierta. Yo estaba ahí

—Tú y Ginés —le corrigió.

—Sí —asintió el capitán.

—¿Qué es lo que vamos a decir ahí dentro? —preguntó Ramiro, señalando hacia el interior del camposanto con un ademán de cabeza.

El capitán Herrero se encogió de hombros con pesadez. Aunque acababa de desprecintar la quinta década de edad, en aquel

instante los años habían acudido a él como avaros a una herencia, confiriéndole el aspecto de un hombre gastado, consumido por la culpa y el miedo a pecados pretéritos. Le ocurría en ocasiones. En realidad, siempre que recordaba al viejo Ginés Somoza, el intérprete de ballenas.

—Aún no lo sé—dudó.

—Nada será peor que lo que llevó a Ginés al frenopático.

—Y a mí al infierno —sumó Román, antes de salir del coche, cerrar la puerta a su espalda y comenzar a caminar hacia el interior del cementerio, sin esperar siquiera a que Ramiro saliera del coche.

Cuando ambos alcanzaron el lugar donde se habían llevado a cabo las exequias de Ginés Somoza, el féretro ya había descendido y, mientras un párroco de vientre exagerado, declamaba una sentida jaculatoria en honor al alma pía del recién finado, su unigénito prestaba más atención a los mensajes de su smartphone que al último adiós a su padre. Ramiro, después de persignarse hasta en tres ocasiones, no pudo ocultar fruncir el ceño, contrariado, al observar el desinterés del único legado que su antiguo compañero de profesión dejaba sobre la tierra.

Al finalizar la oración, y después de que un operario sellara la lápida sobre la tumba sin que ninguno de los presentes derramara una sola lágrima, los escasos diez familiares se despidieron del hijo de Ginés con un apretón de manos, saludando a Román y Ramiro al salir, con silenciosos gestos de cabeza.

Cuando ambos se acercaron hacia Vidal Somoza, éste mudó su afable semblante por uno mucho más ceñudo, plisando la frente por encima de las cejas. La antipatía que el ya no tan joven sentía por cualquier compañero de su padre, no había sido narcotizada por el tiempo transcurrido desde que, casi nueve años atrás, a su padre le ingresaran en el psiquiátrico, gracias, entre otras cosas, a lo sucedido en la noche a la que Ramiro había hecho referencia antes de abandonar el coche.

—Lamento mucho lo ocurrido —dijo Román, alzando una mano que el hijo de Ginés Somoza no mostró intención de estrechar en ningún momento.

—Te acompaño en el sentimiento —sumó Ramiro, sin imitar el gesto que su amigo había tenido que dejar morir, colocando laxa la mano al costado.

Vidal sonrió con suficiencia, dejando escapar un soplo de aire entre los dientes apretados, que dejaban entrever unos labios que temblaban levemente, enrabietados, conteniendo un llanto sin sentimiento determinado. Era complicado saber si aquella sonrisa de hiena recelosa era debida al odio o al rencor. Obviamente, la alegría o la melancolía no tenían cabida en aquel gesto.

—Resulta curioso, media vida en el mar y al final, al pobre diablo, le dio por pensar que también sabía volar —ironizó Ginés.

—Ha sido una desgra...—comenzó a decir Ramiro.

—Ha sido lo mejor que podía pasar —le interrumpió Ginés—.

Allí era un loco más, un idiota que pasaba los días diciendo a cualquiera que pudiera escucharle que era capaz de hablar con los peces, está mejor muerto. Puede que suene cruel que lo diga un hijo de un padre, si es que alguna vez ejerció como tal, pero es así. Su locura no tenía fin, bastaba que alguien se sentase a su lado un instante, para que él, de inmediato, le contara que era capaz de hablar con los delfines, con tiburones, orcas, ballenas...supongo que también podía hacerlo con las sardinas, los meros, bacalao y rapes, pero claro, queda mucho menos poético que decir que puede mantener una conversación con un tiburón tigre—sentenció.

—Tu padre era uno de los mejores hombres con los que he navegado —apostilló Ramiro, con la mirada vidriosa.

—Mi padre estuvo a punto de mataros a todos.

—Fue un accidente —le rebatió Ramiro.

—Un accidente provocado por su locura. Por esa demencia sumada por tantos años en la mar y que ninguno de los que navegabais con él supisteis o quisisteis ver, hasta que fue demasiado tarde. Y ahora, si me dejáis, tengo cosas bastante mejor que hacer que seguir aquí, revolcándome en la mierda de un pasado que estoy jodidamente convencido de olvidar. ¿Sabéis que la gente me sigue preguntando en el pueblo si yo también soy capaz de hablar con los chipirones o los mejillones? Va a pasar mucho tiempo antes de que logre no enrojecer en el bar de la plaza, mientras

alguien hace un chiste sobre mi padre y sus supuestos súper poderes —concluyó, mientras comenzaba a caminar en derredor de la pareja de marineros, que le miraban con una sobriedad glacial.

El hijo del fallecido Ginés Somoza continuó andando sin volver la cabeza ni tener la intención de hacerlo. Sin embargo, una frase, apenas dos palabras pronunciadas con el tono de voz quedo de Román Herrero, hizo que se detuviera de forma brusca, dejando dos pisadas rasgadas sobre la gravilla del camino principal del cementerio.

—Era verdad.

Vidal se fue girando con la cabeza ligeramente gacha. Era como si hubiera olvidado quién era el dueño de aquella voz cavernosa y temiera, al completar el giro, encontrarse con un fantasma que le escupiera a la cara pecados sin expiar. Ramiro, estupefacto, miraba a Román con los ojos tan abiertos, que parecía que en cualquier momento pudieran caérsele de las cuencas.

—Capitán, por favor —le instó en voz baja, casi un susurro, mientras tomaba el antebrazo de su amigo con su mano.

Román negó con la cabeza la advertencia de Ramiro, que por primera vez desde que se conocieran, cuando ambos aún vestían calzones y mucha costra en la rodilla, en la que le llamaba por su estatus jerárquico, en lugar de por su nombre de pila.

—Todo cuanto decía tu padre era cierto —se reafirmó.

—Miente.

—No, no lo hago. Tu padre, aún no sé cómo, podía comunicarse con ciertos seres marinos —le rebatió una vez más—. Desconozco si podía hacerlo con todas las criaturas marinas, pero sí que...

—¡Eso es mentira! —estalló Vidal, apuntando al capitán con el índice diestro extendido— Mi padre y su locura hizo que vuestro barco se estrellara contra un arrecife y estuvo a punto de costaros la vida a todos. Eso fue lo que desencadenó que acabara en el manicomio.

—Sí, tu padre hizo que el barco estuviera a punto de irse al fondo con nosotros dentro y no pude perdonárselo —le concedió—. Pero de igual modo llevo estos años sin perdonarme no haber di-

cho todo lo que ocurrió aquella noche. Sin haber contado qué fue lo que sucedió la última noche en libertad de Ginés Somoza; el hombre al que mi silencio condenó y que, probablemente, harto de vivir una vida que no le correspondía y dolido por la traición de uno de sus pocos amigos, creyó que lo mejor para todos era saltar desde la azotea de la prisión en la que mi mentira le encerró.

—Capitán, lo que ocurre en la mar se queda en la mar —prácticamente le suplicó Ramiro.

Román asintió con pesadez, con un incorpóreo yugo de culpa doblándole el cuello.

—¿De qué está hablando, capitán? —le preguntó Vidal Somoza, mostrando por primera vez cierto interés por el pasado de su padre.

Román, tras afirmar brevemente con un movimiento de cabeza miró alrededor. El silencio del camposanto apenas era quebrado por el operario municipal que, tras sellar la lápida de Ginés con argamasa, recogía sus enseres en una pequeña caseta de aperos, situada en uno de los márgenes del cementerio. Pocos lugares hay más discretos que un lugar como ese, donde las necrópolis se nutren de oídos sordos y bocas mudas. Tan sólo Ramiro y Ginés escucharían lo que estaba a punto de confesar, y confiaba en que resultara tan reveladora su narración, que el hijo de su antiguo compañero de mar decidiera guardar silencio. Rezaba para que así fuera.

—Aquella noche era la última antes de que regresáramos a puerto —comenzó a narrar—. Había sido una semana dura, con pocas horas de sueño y muchas de trabajo. La mar se había mostrado severa y caprichosa, en una de esas épocas en las que se niega a brindar buenas capturas si no es en maratonianas jornadas entre tempestades y escasas horas de tensa calma. Así las cosas decidí dejar a Ginés al mando de la nave por la noche, mientras el resto de la tripulación descansábamos. A tu padre no le importaba dormir a la luz del día, era de los pocos que podía hacerlo entre mis chicos, así que cuando había que elegir una sola persona para que se quedara sobre la cubierta por la noche, él siempre alzaba la mano.

Ya por aquel entonces a tu padre le perseguía la fama de loco, de chalado. En el puerto era frecuente que recibiera los mismos comentarios que a ti te han repetido en este pueblo. “¿Has hablado hoy con algún atún?” o “pregunta a los bacalaos por dónde van a nadar el lunes, y así nos ahorramos trabajo”. Comentarios como esos eran los más benévolos que escuchaba. Y sin embargo él se mantenía firme en sus afirmaciones; “Puedo hablar con ellos, capitán, créame, puedo hablar con ellos”, me juraba.

Yo, ni asentía, ni negaba. Obviamente creía que tantos años en la mar y una afición al orujo, que no nos neguemos, tenía, le habían robado la cordura como la marea le roba costa a la tierra con la marea alta. Con la única excepción de que, al contrario que con el influjo de la luna sobre la mar, él no recobraría la lucidez perdida.

Sin embargo, en lo que al trabajo se refiriere era un buen marino. Puede que un poco lento cuando se pasaba con el orujo, pero jamás dudaba a la hora de acometer una labor y pocos había tan certeros con la caña. Sí, no me duelen prendas al decir que era uno de mis compañeros predilectos, uno de esos a los que encomendaría mi vida y la de los míos, como así hice aquella fatídica noche.

—Pues cuéntame ya qué paso, y déjate de zarandajas de lobos de mar, que los dos sabemos qué era mi padre y cuáles sus aficiones —le interrumpió Vidal con una brusquedad excesiva, que el capitán obvió al continuar con su alocución.

—Tengo el sueño ligero y me desperté al poco, puede que tu padre llevara un par de horas al mando de la nave. Ascendí las escaleras hasta subir a cubierta, pero no le encontré al timón. Me sorprendió. Ya he dicho que de tu padre se han dicho cosas, algunas muy crueles y puede que en su mayoría ciertas, pero de la misma manera hay que reconocerle que era un hombre sensato y sobre todo, que apreciaba a los suyos, a esa familia con la que la mar te hermana. Jamás hubiera hecho algo motu proprio, que pudiera poner en peligro a sus amigos y compañeros. Por eso no comprendía qué podía haber pasado para que abandonara su puesto.

Avancé por la cubierta y entonces le vi sobre el castillo de proa, con las manos alzadas hacia el resplandor argénteo de una luna

llena, que dotaba a la noche de un relumbre espectral. No le hablé. Aun con el tiempo pasado desde entonces aún no soy capaz de comprender por qué tuve esa sensación, pero nada más verle allí, en aquella posición de súplica al cielo, mientras bisbiseaba en algo que ni siquiera parecía un idioma, me invadió la certeza de que estaba a punto de vivir algo increíble. Y así fue.

Cuando alcancé el castillo y me coloqué junto a tu padre tenía los ojos en blanco, y mascullaba sin cesar unas palabras ininteligibles. No pude evitar experimentar un miedo como nunca había sentido. Le tomé por los hombros y lo sacudí con violencia, mientras gritaba su nombre.

“¿Por qué lo has hecho, por qué lo has hecho?!” —me gritó cuando las pupilas de sus ojos reconquistaron el centro de sus ojos, descubriéndome a su lado, asustado, aunque sería mejor decir aterrado.

Fue entonces cuando comprendí que allí no estábamos solos. Asustado, miré en derredor y descubrí algo que puede que nadie, salvo tu padre, estuviera preparado para contemplar. Alrededor del barco, guiando el avance de nuestro pesquero, se hacinaban, quién sabe cuántos engendros marinos. Y digo engendros porque no sólo nos acompañaban ballenas, tiburones y cualquier otra especie conocida. No, he de reconocer que la luz de la luna no era tan luminosa como para apreciar qué era lo que rodeaba al barco, pero he pasado muchas jornadas sobre la mar, como para saber que lo que tu padre había convocado alrededor nuestro, no sale en ningún libro sobre especímenes marinos.

—¿Pretendes que me crea eso, que un grupo de sirenas deseando una orgía fueron al barco, fíjate, tomando a un borracho como mi padre como intérprete, no ya de ballenas, sino del propio Kraken?

Las palabras de Vidal no hicieron mella en la determinación de Román, que ni siquiera varió el timbre de la voz, ni la velocidad de sus palabras, continuando con la historia de aquella noche.

—No sé qué animales nos rodeaban, las profundidades marinas y sus moradores continúan siendo un misterio y así debe ser. El hombre no debe conocer todos los secretos que esconde este

planeta, y las grandes fosas marinas son el último gran enigma de este mundo.

Aterrorizado miré hacia el mar y pude observar cientos de cuerpos que nadaban a la par. Ballenas que harían palidecer a Herman Melville, peces que recordaban formas equinas, otras, riéte si quieres... humanas. Pero lo que más me estremeció, la imagen que se me ha quedado grabada a fuego en la memoria y que sigue sazonzando muchas de mis pesadillas, fue las de un sinfín de enormes tentáculos que rodearon por completo el barco. ¿El Kraken? Llámalo cómo quieras, no pude ver mucho más, grité y al hacerlo aquellas criaturas huyeron de allí, perdiéndose en ese lugar recóndito donde moran los seres que se saben por encima del hombre, porque han alcanzado la inmortalidad.

Sin embargo, antes de desaparecer, puede que como castigo a la infamia cometida por mí, al interrumpir aquello que tu padre estuviera compartiendo con ellos, los tentáculos lanzaron un latigazo contra el casco del barco, que abrió una brecha en la obra viva y nos hizo virar con violencia.

Fue entonces cuando llegaron el resto de tripulantes a cubierta, y cuando, de forma instintiva, pergeñé la historia del arrecife y el descuido de tu padre. ¿Qué querías que contara? ¿Qué acababa de ver cómo un monstruo marino golpeaba la carena del barco, porque yo había interrumpido al intérprete de ballenas? Entonces, además de seguir tratando a tu padre de borracho y loco, hubiera reclamado esos apelativos para mí mismo. Fue más sencillo decir que Ginés había conducido hasta el arrecife el barco, mientras soñaba con mamarrachadas como que podía hablar con los delfines, las ballenas... nada más allá de la normalidad. Si es que podemos tratar como normal ese hecho.

Al regresar a tierra, después de reparar el casco y casi irnos a pique, denunciamos lo ocurrido a las autoridades y a don Germán Larramona, que por aquellos años era el propietario del barco, y el resto de la historia ya la conoces. Tu padre fue retirado de la mar y diagnosticado como esquizofrénico. Todos estos años he ido sumando culpa por lo sucedido, porque realmente lo que pasó fue culpa mía, no suya. Si yo no hubiera interrumpido lo que sucedía



sobre la cubierta de nuestro barco, nada hubiese pasado. Simplemente, al alba, hubiéramos encontrado a tu padre con gesto soñoliento, deseando irse al catre, mientras nosotros le tomábamos el relevo. Nunca nadie hubiera sabido qué había ocurrido allí. Pero yo le interrumpí, descubrí el gran secreto y mi barco fue castigado por una de esas criaturas.

Tu padre decía la verdad, siempre la dijo y eso que calló la parte que afectaba a esos seres, desconocidos para todo aquel que no ha sido bendecido con su don, si es que existe alguien más con él en este pequeño mundo. El impostor fui yo. Porque mentí, porque aludí a su despreocupación y el supuesto golpe contra el arrecife, el hecho de que no podía volver a echarse a la mar, y poner nuevamente en peligro al resto de marineros.

Mentí.

Mentí.

Mentí, y esa mentira, sumada al encierro y el suicidio de tu padre, de mi amigo Ginés Somoza, es una cadena que voy a cargar toda la vida. Probablemente, incluso llegue a arrastrarme hasta ese abismo donde seguirá aquel monstruo de gigantescos tentáculos, que castigó mi interrupción sin ser consciente de que, gracias al daño que iba a hacernos en la obra viva del casco, me servía la excusa para negar al intérprete de ballenas aquello para lo que fue elegido. Le traicioné con mi mentira y he profanado su memoria con mi silencio durante estos años.

Ahora ya es tarde —finalizó, tragando unas lágrimas, gruesas, que le atoraban la garganta—. Es demasiado tarde, pero al menos quería que tú supieras la verdad. La verdad sobre lo sucedido aquella noche.

Vidal arrastró las lágrimas que le emborronaban la visión del capitán Herrero a tan solo unos metros, pasando la manga de la camisa sobre los ojos. El tono celeste del tejido se oscureció con rapidez, dejando tras de sí una piel enrojecida y húmeda. Del rostro se había llevado las lágrimas, pero la tristeza seguía impresa en su mirada. Hacía falta muchísimo más que enjugar unas lágrimas con la manga de una camisa, como para arrastrar un

arrepentimiento tan insondable como el abismo donde decían que se escondían esos seres.

—¿Eso es todo? —le preguntó a Román, con plomo en sus palabras.

—Todo —le confirmó el capitán.

El hijo de Ginés Somoza les dio la espalda y salió del cementerio arrastrando los pies, dejando una desigual estela horadada sobre las piedrillas. Caminaba con la cabeza hundida entre los hombros, como si cargara con el yerro de saber que había castigado al hombre equivocado por un delito jamás cometido.

Antes de abandonar por completo el camposanto miró por última vez a Román y Ramiro, que le veían marchar, como si contemplasen desde el puerto un navío, para el que se le adivina una aciaga travesía.

—Júrame que no me has mentido.

—Te doy mi palabra —asintió Román.

Vidal se despidió con un lento movimiento de mano y desapareció, para, al cabo de unos breves minutos, cruzar frente a la puerta en el interior de un viejo Seat Córdoba.

Román caminó hasta la tumba de Ginés Somoza y al poco Ramiro le alcanzó. Se encontraban tan cerca el uno del otro, que sus codos llegaban a rozarse.

—Román.

—¿Sí?

—Aquella noche...

—Pregunta lo que quieres preguntar o calla —le rogó su capitán y amigo.

—Había restos de roca en el casco, la abertura era la propia de un golpe contra el arrecife, he visto muchos —arguyó Ramiro.

—¿Y...?

—¿De verdad ocurrió eso que le ha narrado a ese pobre infeliz, o simplemente lo has hecho para que el recuerdo de su padre le sea más agradable, que el de un borracho que se pensaba que podía charlar con las anchoas?

Un silencio tan espeso que parecía tangible se extendió entre ambos. Podían rozarse y sin embargo, en el dudoso abrigo de

aquel mutismo, parecía que se encontraran cada uno en un punto cardinal opuesto.

Poco después, quizá transcurrido un minuto, el capitán Herrero se santiguó ante la tumba de Ginés Somoza, giró sobre sus pies y comenzó a abandonar el camposanto de Ajo, ante la mirada confundida y necesitada de respuestas de Ramiro.

—Capitán Herrero, no me ha respondido.

Román Herrero se detuvo un instante, tan sólo un par de segundos antes de seguir avanzando, ligero, como si se hubiera desprendido de una pesada carga que le hubiese lastrado sin compasión durante nueve largos años.

—Lo que ocurre en la mar se queda en la mar, amigo mío —le respondió con aquella característica voz cavernosa—. Lo que ocurre en la mar se queda en la mar —repitió antes de salir de aquel lugar, con la firme determinación de que jamás volvería a hablar sobre su amigo Ginés Somoza, el intérprete de ballenas.

FIN



CATEGORÍA ESCOLAR  
(3° y 4° DE PRIMARIA)



# El amuleto mágico

*Lara Muñoz Fernández*

DANIELA ESTABA LEYENDO la invitación del cumpleaños de una amiga suya. Ella presentía que esa fecha le coincidía con algo. Volvió a leerla, ¡OH NO!, era el día de la presentación del libro de su padre.

Y así lo hizo, aquel día estuvo en la presentación.

Daniela sabía que la estarían echando de menos en el cumpleaños de Lucía. Se sentía como un pajarito encerrado en una jaula de marfil. Por eso, se fue al baño para no sentirse tan agobiada.

En el suelo del baño había un objeto que brillaba como el oro, fue lentamente hacia él, como una hurraca atraída por el brillo. Lo cogió con mucho cuidado. Era un colgante con una piedra roja en el centro, parecía un rubí como el que había visto en uno de sus libros de Egipto, alrededor tenía unos pequeños diamantes que le recordaban al vestido de su madre.

Se lo puso curiosa alrededor del cuello, preguntándose quién podría haberse olvidado esa joya en el baño. En ese preciso instante un tornado de viento empezó a rodearla. Daniela se agarró al lavabo con todas sus fuerzas. Vio a una persona a su lado, la miró a los ojos e intentó darle la mano para que no se la llevara el viento.

Cuando el viento se calmó Daniela pudo ver con más claridad a la chica. La examinó detenidamente y se dio cuenta que era exactamente igual que ella. ¿Sería su clon? No lo sabía con claridad, por eso le preguntó:

—¿Tú eres mi doble?

Y la chica le dijo: —Si, tú me has llamado con el amuleto.

Daniela pensó que, si su doble se quedaba un rato en la presentación del libro de su padre, no pasaría nada. Así que decidió preguntar a la chica:

—¿Podrías hacerme un favor?

—Sí, por supuesto, ¿qué necesitas?

—¿Podrías quedarte un rato en la presentación del libro de mi padre?

—Sí por supuesto, siempre he querido ir a una presentación porque me encantan los libros.

Desde aquel día Daniela utilizó el amuleto para aventuras como esas.

FIN



# Un amigo inesperado

*María Sobrón Timpe*

—HOLA, YO SOY NUIANA que en mi idioma, que es groenlandés (lo que hablamos los inuit), significa: pequeña nube. Ya que estamos hablando de nombres curiosos, os voy a decir el de mi madre, el de mi padre y el de mi hermano. El nombre de mi madre que es Sakari, significa: dulce y amorosa; el de mi padre es Kunuk, que significa: guapo; y el de mi hermano, que es Neruana, que significa: el elegido.

Os voy a contar un poco de mi vida: yo vivo en Groenlandia, en una ciudad llamada Paamuit, cerca de Nuuk que es la capital de Groenlandia. En mis vacaciones de “verano” voy a la casa de mis abuelos. La verdad es que yo no las llamo vacaciones de verano sino vacaciones de invierno, porque en Groenlandia nunca hace calor sino que siempre hace frío. La casa de mis abuelos es preciosa, especialmente cuando está nevada. Un día de julio fui a hacer un muñeco de nieve. Cuando terminé el muñeco de nieve, busqué cosas para ponerle: nariz, ojos, boca, sombrero, bufanda y botones. Una vez que le había puesto todo, el muñeco de nieve me empezó a hablar. ¡Qué miedo!

—¡Gracias Nuiana!

—¿Cómo te sabes mi nombre? — respondí yo.

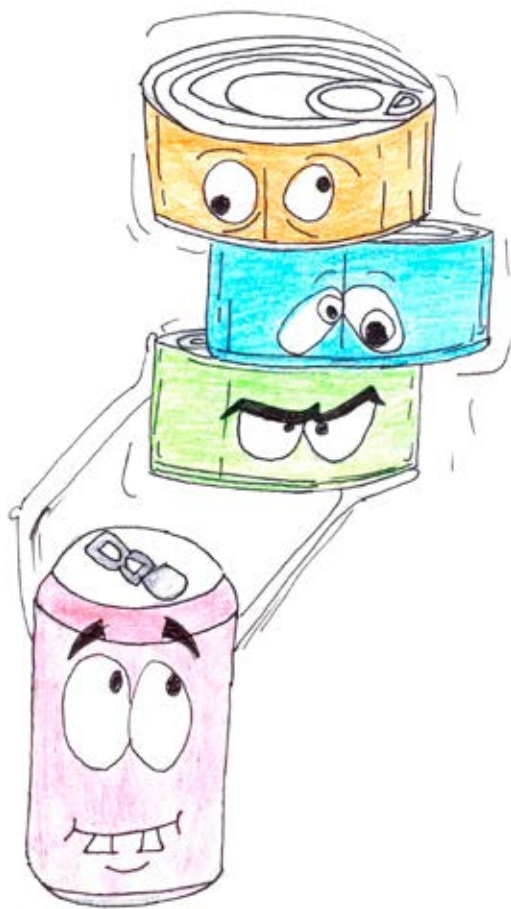
—Porque yo soy un muñeco de nieve muy sabio.

Ahí me empecé a entretener con él. Cuando venía mi abuela, tenía que esconderlo, porque si no le daba un infarto en el corazón por el susto.

¡Ah!, por cierto, mi muñeco de nieve se llamaba Nanuk que en mi idioma significa: “oso polar”. Era el único amigo que tenía en el pueblo de mi abuelos porque todos eran muy gruñones. A mi muñeco de nieve le encantaba el arroz a la cubana. Era muy majo hasta que se derritió...

FIN





## ¿Son amigas las latas?

*Beatriz Gamarra Illescas*

AL PARECER, VOSOTROS PENSÁIS que las latas son amigas y también que no cobran vida, pero lo que pensáis es mentira, la verdad es que cobran vida y que se odian las latas de Coca-Cola y las latas de Fanta.

Pues así empieza la historia en un supermercado, por la mañana.

La familia de latas de Fanta se despertó por causa de la familia de latas de Coca-Cola. Entonces una lata de Fanta salió de su estantería para ir a la estantería de las latas de Coca-Cola.

Cuando llegó, con voz de enfadado, les dijo que parasen de despertarlos a causa de sus gritos. Ellos se negaron y le dijeron que iban a seguir, a seguir, a seguir... etc.

Unos días después, las latas de Fanta decidieron vengarse por haberles despertado.

Para ello necesitaron coger cosas del supermercado, por ejemplo: unas patatas fritas, que sirven de escudo, una berenjena, que sirve de espada, un 3D que sirve de casco y una pelota que bote, que sirve de caballo; y con esto ya estaban listos para vengarse.

Cuando llegó la hora de vengarse se prepararon para luchar.

Cuando todos ya estaban preparados, echaron a correr hacia la estantería de las latas de Coca-Cola.

Una lata de Coca-Cola se fijó en que una plaga de latas de Fanta iba hacia su estantería.

Entonces, empezó a gritar: —¡¡que vienen, que vienen!! Pero como eran tan listas, ellas ya sabían que iban a atacarles y sacaron su arma secreta: el alcohol, que hacía que las latas se estropearan.

Cuando echaron el alcohol, las latas de Fanta se fueron a refugiarse a su estantería porque si no se estropearían con el alcohol. Cuando se gastó la botella de alcohol que habían echado las latas de Coca-Cola, las latas de Fanta salieron de debajo de la estantería y se fueron corriendo hacia el congelador de los helados de fresa y de chocolate. Cuando llegaron a su congelador, se metieron dentro, pero como hacía tanto frío, tuvieron que salir de ahí.

Unas semanas después, un humano quiso comprar a una lata de Fanta y un niño quiso comprar a una lata de Coca-Cola, entonces, las latas de Fanta fueron corriendo a por el humano y las latas de Coca-Cola fueron a por el niño.

Cuando las latas de Fanta ya habían llegado al mostrador, donde estaba el humano, se escondieron detrás del mostrador y cuando el humano pagó la lata de Fanta, guardó la lata en su bolsa y las demás latas que la estaban intentando rescatar, saltaron a la bolsa del humano.

Las latas de Coca-Cola intentaron salvar a la lata de Coca-Cola ...

CONTINUARÁ ...







# El bosque mágico

*María Sánchez Mancheño*

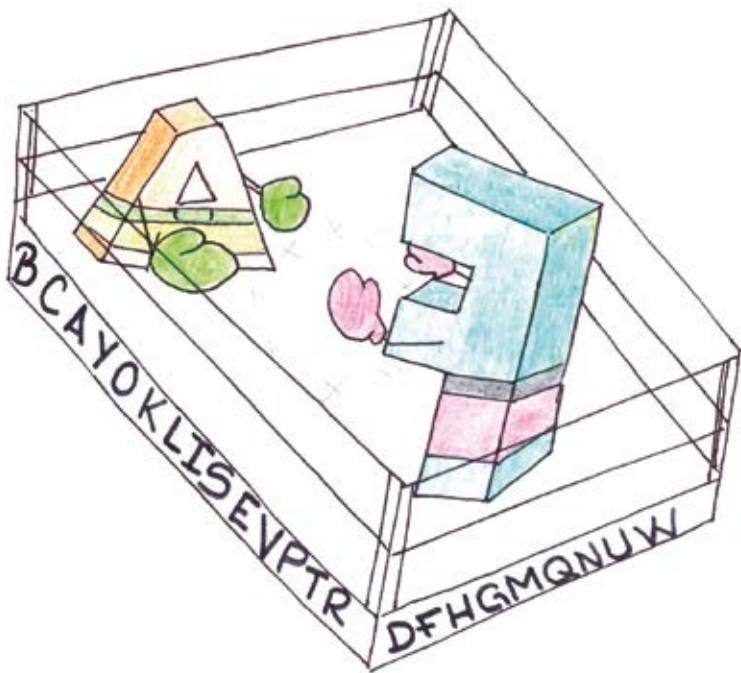
ÉRASE UNA VEZ UNA NIÑA que andaba tranquila por un camino que llevaba a un pueblecito que era muy conocido por su bosque embrujado. Se decía que, a quien entraba en el bosque, ya no se le volvía a ver. Pero de repente vio algo bastante raro, se encontró con una casita que parecía abandonada y que parecía que no vivía nadie en ella; la niña se escondió detrás de unos trozos de leña, al poco tiempo apareció un ogro que hacía mucho ruido y olía muy mal, llegó con algo de caza, era un corzo y un jabalí, que pensaba cocinar en el fuego.

La niña salió corriendo de la casa y volvió al bosque, el bosque era algo del otro mundo; tenía unas plantas muy frondosas, un riachuelo que, si te mojabas los pies, ¡salías sin ellos! Del fondo del bosque salió un zorro, que tenía cuatro ojos, ocho patas y dos colas. Fue a por la niña y ella corrió y corrió hasta que pudo despistarle. Cuando creía que lo había perdido, en vez de un zorro apareció una manada. Ella se subió a una copa de un árbol, estuvo un buen rato hasta que la manada se fue. Cuando ella pudo bajar, se quería ir a su casa. Estuvo caminando durante un buen rato, hasta que vio a lo lejos algo pequeño que se le acercaba cada vez más. La llevó a un lugar donde había un agujero para que pudiera escapar. Se fue corriendo a su casa y decidió nunca más volver por ese camino.

FIN



CATEGORÍA ESCOLAR  
(5° y 6° DE PRIMARIA)



# Pelea entre letras

*Lucía Muñoz Idiarte-Ramos*

LA “B” Y LA “V” siempre se han querido mucho, al igual que la “j” y la “g”, pero un día las personas empezaron a intercambiar letras, un día escribían “girafa” y al otro “baso”, las letras no paraban de discutir:

—No entiendo cómo me pueden confundir con esa letra, tan regordeta, tiene dos barrigas muy grandes, yo en cambio soy muy delgada”- exclamaba la “v”, muy ofendida.

Así pasaban los días, día tras día.

Un día, la “h” (la más buena de todas las letras) que nunca se había metido en ninguna pelea ni tampoco con nadie, estaba muy triste al ver pelear a sus amigas las letras, elevando mucho la voz, dijo:

—Silencio todo el mundo, hoy un niño se ha olvidado de ponerme, eso me ha entristecido mucho; hay que poner fin a esto.

Cada vez que alguna persona, intercambiara alguna letra o incluso se olvidaba de ponerla (como le pasó a la “h”) sonaba una horrible alarma. El mundo entero se preguntaba de dónde salía ese terrorífico ruido.

Un día (10 de abril del 1440) un científico llamado Johannes Gutenberg descubrió la procedencia de ese ensordecedor ruido, mientras trabajaba en su invento: LA IMPRENTA. ¡¡Eran las letras, de las faltas de ortografía, las causantes¡¡

Gutenberg decidió no contárselo a nadie, y encontrar él solo la solución al problema.

Descubrió que las letras vivían en un libro especial, que se encontraba escondido en una polvorienta estantería de una vieja biblioteca de un monasterio lejano.

Cuando abrió el libro, se quedó muy sorprendido, cuando de repente, la letra “w” le dijo:

—Este libro es propiedad de las letras, ningún humano puede leerlo, ahora las letras vivimos en paz y armonía aquí, desde que hicimos sonar esas alarmas —exclamó la “w” con voz muy ronca.

—De eso quería a hablaros, los niños se están volviendo locos, con las alarmas, ¡¡¡hay un caos total!!! —le dijo Gutenberg a la reina “a”.

—No es problema nuestro, no podemos permitir tanta equivocación, es una falta de respeto, —exclamó la “a” muy enfurecida Johannes, les hizo una propuesta.

—¿Qué os parecería si entre todos escribimos unas reglas ortográficas, que los maestros de escuela enseñen a todos los niños? De esta forma, todos sabrán como deben de escribir.

La propuesta causó un revuelo entre las letras. Lo sometieron a votación y, como Gutenberg esperaba, su propuesta salió vencedora, y se pusieron inmediatamente manos a la obra.

Entre todos crearon lo que hoy en día son nuestras reglas de ortografía.

Aunque de vez en cuando parece sonar un ruido extraño, cuando algún niño se equivoca, la realidad es que las letras están muy contentas porque ya tienen sus reglas, que “casi” todo el mundo intenta cumplirlas.

FIN







# El rey Agrio y la guerra por el dulce

*Mariana Clara D'Pool Jiménez*

HACE MUCHO TIEMPO en una tierra muy lejana, entre dos montañas había un pequeño pueblo, donde todos vivían muy felices, todos reían, cantaban y eran buenos amigos, todo lo compartían. Ese maravilloso pueblo se llamaba “Caramelo”, era un lugar tranquilo y muy especial, todo era dulce, los árboles eran de menta, y sus troncos de chocolate, había un hermoso lago de miel, las calles eran de turrón y las casas de jengibre. En una pequeña cabaña de galleta vivía Luis Confite, quien era el guardián del pueblo Caramelo, era un hombre muy alto, y abundante cabellera, su arma de servicio era un látigo de caña de azúcar, pero nunca había tenido la necesidad de usarlo.

Un día llegó un señor muy extraño llamado Amargón, traía un saco enorme lleno de mucha comida, pero nada dulce, todo era agrio y salado; en el pueblo Caramelo jamás habían visto y saboreado algo igual, a viva voz dijo: “Yo soy Amargón, el mensajero del rey Agrio, el pueblo vecino, he sido enviado para invadir esta tierra, y a partir de este momento ustedes serán nuestros esclavos”. Un niño escuchó al forastero y asustado corrió a contarle a Luis Confite el guardián; al escuchar esto, Luis Confite encendió la alarma, para llamar a sus compañeros que, ya enterados de la posible invasión, tenían mucho miedo.

El rey Agrio era un hombre regordete, que gobernaba un pueblo donde todos eran amargados, nadie sonreía, peleaban todo el día, no tenían amigos. Pensaba que si invadía el pueblo Carmelo encontraría cómo acabar con la amargura y tristeza de su pueblo,

así que decidió enviar su gran ejército y apoderarse del dulce secreto de la felicidad. Pronto un gran ejército del reino agrio, se acercaba al pueblo Caramelo, sus armas eran unas enormes bombas de cebolla, sus escudos eran cactus espinosos, con lanzas de espárragos, todos bañados de mucha pero mucha sal.

Luis Confite y sus compañeros se pusieron en marcha a defender al pueblo Caramelo. A orillas del lago de miel se encontraron los dos ejércitos, en la que sería la primera guerra de aquel lugar. Todos los días se enfrentaban y la guerra se extendió por varios meses, el ejército dulce atacaba con turroneos de azúcar a los continuos bombardeos de cebolla que los hacía llorar. El rey, enfurecido, ya no sabía qué hacer, su pueblo había perdido mucha sal en esta guerra.

Una mujer caramelense llamada Almíbar, sentía que la guerra estaba acabando con ambos bandos. En el pueblo Caramelo estaban todos tristes y preocupados, los soldados ya no querían pelear más, estaban muy cansados. Almíbar escapó de su casa, y con un disfraz logró escabullirse y cruzar el río de miel hasta el pueblo amargo. El castillo del rey estaba construido con dientes de ajo, encontró al rey triste caminando de un lado al otro en los jardines del castillo. Al ver al rey le preguntó: —¿Por qué atacas el pueblo Caramelo?

El rey Agrio le contestó: —Mi pueblo todos los días está triste y quiero saber cuál es el secreto de ese lugar para hacer a mi pueblo feliz.

Almíbar le dijo: —Anuncia a tu pueblo que la guerra terminó y que vayan al río de miel y que beban un poco.

El rey habló con Luis Confite y le propuso terminar la guerra, pero que permitiera a su pueblo agrio beber del río miel que separaba los dos pueblos. Luis Confite aceptó y así terminó la guerra. El rey dio el anuncio: “Todos los que vivan en mi pueblo vayan al río de miel, con respeto al pueblo Caramelo, y beban de allí”. Toda la gente así lo hizo, las personas no paraban de reír y en ese momento se inició una gran amistad entre el pueblo Agrio y el pueblo Caramelo.

Amargón y Luis Confite se hicieron grandes amigos, Luis había encontrado agradable el sabor de la sal y a Amargón le en-

cantaba la menta de los árboles del pueblo Caramelo; y de vez en cuando compartían historias y se reunían a tomar café. El rey Agrio encontró una gran amiga: Almíbar, y entendió cuál era el secreto de la felicidad del pueblo vecino, porque nada es más dulce que la amistad, y el que encuentra un amigo encuentra la felicidad.

FIN



# Tan real como un sueño

*Fátima Cruz Gómez*

ME DESPERTÉ (O ESO CREO) y bajé la escalera lentamente... Las escaleras crujían como en las películas de miedo y... ¡Ups! No te habrás enterado de nada.

Soy Carlos y a mi madre (la típica que se entusiasma por cosas que son un rollo y lee la revista ``Para pasar tiempo con la familia´´) se le ocurrió la ``fantástica´´ idea de irnos a una mansión más vieja que la una, abandonada en el monte y lo peor de todo... ¡Sin cobertura!

Ahí estaba yo, marginado del mundo, sin datos ni ``wifi´´. No sé muy bien por qué bajaba las escaleras, pero mi instinto me decía que lo tenía que hacer. (Yo estaba desesperado, ¡llevaba una tarde sin consola!).

Os pensareis: ``¡qué valiente es Carlos!´´ Estáis completamente equivocados. Tenía más miedo que viendo ``IT´. Pero no se lo digáis a nadie, por favor.

Estaba todo oscuro, no se vislumbraba nada; no se oía ni una mosca, solo el crujido de las escaleras. Parecía que estaba metido en un video juego de ``realidad virtual´´.

En ese momento, no pasó nada, hasta que llegué al penúltimo escalón.

Entonces, este, se derrumbó. Yo caí en una especie de pasadizo iluminado por antorchas. (Lo sé es lo típico de película, ¡pero fue así!). No me quedó otro remedio que seguir adelante; pensé que así encontraría la salida rápida y no tendría que liarme para subir aquel agujero. Poco después descubrí que había salida, pero no la que yo me esperaba.

Mientras avanzaba por aquel pasillo, el cual me pareció infinito, pensé en todo tipo de cosas que podría haber ahí delante (dragones, misiles, momias...). Pero nunca pude imaginar que lo que me depararía el destino, ¡era un laberinto!

No me digáis que estoy loco. Mi hermana Carmen me lo ha dejado bien clarito.

Entré. Tampoco fue tan difícil. Era como el laberinto “Minecraft”, que me había creado hace una semana. Desgraciadamente, era la prueba más fácil.

A continuación, me encontré en una habitación muy parecía a “Escape room” (consiste en una habitación que tienes que salir resolviendo cosas). Era lo mismo que hicimos mi familia y yo hace dos años, con la desventaja de que yo estaba solo y aquella vez tenía a once personas más (sí, somos doce en la familia). No me paré a pensar ni un segundo.

Eso estaba lleno de: encrucijadas, puzles, adivinanzas...

Lo que yo calculé, me quedé ahí unas dos horas. Ya deberían ser las cuatro de la madrugada.

Cuando salí toda mi familia me estaba esperando. ¡Todo lo habían planeado ellos!

Mi madre dijo: “Lo hemos hecho para que dejases la tecnología y disfrutaras de otras cosas de una vez por todas”. Me abalancé hacia ella y le di el abrazo más fuerte de mi vida.

Ahora me he enganchado a “Para pasar tiempo con la familia”.

Ya entiendo por qué es tan divertido dejar la consola y disfrutar de la vida.

Nos veremos en la próxima aventura

Saludos.

FIN

# La excursión de Margarita

*Cayetana Salas Martín*

MARGARITA ERA UNA NIÑA muy aventurera y soñadora. Lo que más le gustaba era irse de excursión al bosque con sus amigos. Ella pensaba que su sitio era el bosque, ya que su nombre es el de una flor que crece en el bosque.

Un día Margarita decidió ir de acampada con sus mejores amigos. La primera noche Margarita y sus amigos escucharon unos ruidos muy extraños, todos tenían mucho miedo, menos Margarita que disfrutaba durmiendo bajo las estrellas.

Al día siguiente, los amigos de Margarita le dijeron que ellos se marchaban a casa porque no podían aguantar ni un segundo más en ese bosque oscuro y tenebroso. Margarita estaba triste porque se había quedado sola, pero a la vez no podía aguantarse más las ganas de conocer mejor ese bosque. Cuando se adentró un poco más en el bosque, se dio cuenta de que ese bosque no era un bosque cualquiera, ¡tenía algo que lo hacía mágico!

De pronto, cuando llegó al medio del bosque se encontró con unas puertas que parecían que llevaban a otro mundo. Margarita no se lo pensó dos veces y entró en la primera puerta. Allí se encontró con un enorme valle lleno de piruletas, caramelos y todo tipo de dulces; todo lo que allí podía ver ¡era comestible!

A Margarita se le iluminó la cara y corrió a comerse todo lo que se encontraba. Entre mordisco y mordisco se encontró con una nota que decía: “si a la siguiente puerta quieres pasar, este acertijo debes acertar”:

ENTRE PAREDES DULCES Y CREMOSAS  
UNA LLAVE ENCONTRARÁS  
Y CON MENTE INGENIOSA  
A LA SIGUIENTE PUERTA PASARÁS

Margarita corrió hacia una casita de chocolate y crema y al comérsela encontró una llave. Al otro lado de la casa vio una puerta con grandes cerraduras, solo en la que encajaba la llave era la correcta.

Margarita abrió la puerta y pasó al otro lado. Lo que vio allí eran animales de todo tipo que hablaban con ella. Después de mantener conversaciones, juegos y fiestas del té con los animales, una ardilla saltarina le entregó la siguiente nota que decía: “para pasar a otra puerta, este acertijo has de descifrar”:

26 1, 26 1, 26 1, 1 12 1 20 9 7 22 9 5 14 21 5  
17 22 5 19 21 26 1

Margarita se dio cuenta de que la solución era según qué posición ocupa esa letra en el abecedario. Resolvió el enigma, y la frase que decía era:

YA, YA, YA, A LA SIGUIENTE PUERTA YA

Margarita dijo esas palabras en voz alta y se encontró ante la siguiente puerta. Allí vio que todo estaba hecho de nubes. Se durmió una larga siesta entre algodones, al despertarse se sentó en una nube y se encontró con otra nota que decía: “si a tu casa quieres regresar, salta, salta y a volar”.

Margarita no sabía cómo saltar y volar, cuando en ese instante le vino la idea de saltar sobre las nubes. Después de unos cuantos saltitos por encima de las nubes, salió de allí y regresó al campamento.

Margarita corrió a su casa para contarles a todos lo que había vivido. Al día siguiente, en el cole se lo contó a todos sus amigos, ¡quedaron impresionados!

Margarita pensó: “ESTA HA SIDO LA MEJOR EXCURSION DE LA HISTORIA”.

FIN



CATEGORÍA ESCOLAR  
(1º Y 2º DE EDUCACIÓN  
SECUNDARIA OBLIGATORIA)



# Mantequilla extendida sobre demasiado pan

*Isabel Gómez Carmena*

HAY DÍAS EN LOS QUE REALMENTE me siento “como mantequilla extendida sobre demasiado pan”. Nunca logré comprender del todo esa frase de El Señor de los Anillos hasta que me ocurrió por primera vez. Entonces pensé: “Sí, justo así se sentía Bilbo”.

Cuando me pasa me apetece sentarme frente a la ventana y suspirar. Aunque mi panorama no es muy emocionante, simplemente, coches pasando de un lado para otro, sin ton ni son.

Cuando me siento como mantequilla extendida sobre demasiado pan pienso que la vida es muy poco romántica. Que la planificamos mucho, o que nos la planifican. Cuando me siento como mantequilla sobre demasiado pan me gusta leer El Principito. También me gustaría mirar las estrellas, pero como en la ciudad no se ven, me conformo con las nubes.

Cuando me siento como mantequilla extendida sobre demasiado pan me gusta escuchar música clásica, imaginar aventuras, inventar mi vida perfecta, pensar en momentos épicos de libros y películas, leer frases de personas que permanecieron en las memorias o recrear en mi mente discursos de personajes históricos o ficticios.

Cuando me siento como mantequilla extendida sobre demasiado pan pienso en máquinas de escribir, afiladas espadas, poemas de amor, pergaminos mohosos, tocadiscos, teléfonos antiguos, bi-

bibliotecas inmensas, escaleras de caracol, chimeneas encendidas, mecedoras, bosques frondosos, niebla sobre las montañas, nieve cayendo del cielo y posándose en abetos, noches estrelladas...

Cuando me siento como mantequilla extendida sobre demasiado pan imagino mariposas de alas multicolores, lobos aullando a la luna, caballos galopando al viento, gatos durmiendo al sol, águilas planeando sobre el aire... Y también en pegasos esbeltos y nobles unicornios.

Cuando me siento como mantequilla sobre demasiado pan sueño con caballeros de armadura, mosqueteros bigotudos, sirenas de hermosa voz, pícaros piratas, duendes traviesos, elfos misteriosos, hadas de belleza infinita, doncellas atrapadas, dragones escupefuego...

Cuando me siento como mantequilla extendida sobre demasiado pan estoy melancólica. Y eso me gusta.

La melancolía es extraña. Es como sentirse triste, pero pillarle el gustillo a esa tristeza. Como regodearse en ella.

Cuando salgo de mi fase “mantequilla extendida sobre demasiado pan”, siempre me encuentro resuelta.

Resuelta porque, aunque quizá el mundo no sea tan romántico como me gustaría... sigue siendo el mundo y el mundo es maravilloso.

Es maravilloso. Con sus grandes o pequeños defectos. ¿Por qué habría que luchar si no hubiera cosas malas? La existencia no sería tan emocionante. Ni la mitad de emocionante.

¿Qué sería del mundo sin sus pequeñas tristezas? No podríamos leer una novela de misterio si no hubiera ladrones, ni podríamos estremecernos de emoción con la desesperación de un enamorado si su amada no le hubiera rechazado.

No nos deleitaríamos con las estrellas si no existiera la oscuridad, ni admiraríamos tanto el campo si no hubiera ciudad.

No sentiríamos lo mismo al entrar en casa y aspirar el dulce aroma del hogar si nunca estuviéramos lejos de él. Ni existirían las tardes de juegos de mesa en familia si no hubiera tormentas, ni los edredones calentitos si nunca hiciera frío, ni las vacaciones de verano si no hubiera colegio.

Cristo no habría venido al mundo si no existiera el pecado. No habría Navidad, ni Pascua, ni Semana Santa.

Y si el mundo fuera tan romántico como me gustaría, jamás tendría mi “sentirme como mantequilla extendida sobre demasiado pan”. Y eso ni pensarlo.

FIN



## ¿Una orquesta brillante?

*Mar Velasco Puente*

ESTABAN TODOS MUY NERVIOSOS y ocupados, se movían de un lado a otro sin descanso. Era divertida aquella escena. La directora de la orquesta trataba de calmar ese ambiente de estrés, pero tan solo conseguía empeorarlo más. Corría de acá para allá, llamaba a unos y a otros. El pianista practicaba fallando notas una tras otra. Los saxofonistas intentaban concentrarse y tocar juntos, pero unos iban más rápidos que otros. Al final, lo que sonaba no se parecía en nada a una melodía. Por otro lado, los cinco violinistas tocaban en solitario. No parecía que hubieran practicado. El primero paraba a leer notas cada dos por tres, el segundo afinaba el violín cada vez más preocupado, el tercero, embobado, miraba la escena pensando ¡menudo desastre! El cuarto discutía con el trompetista porque este tocaba muy alto. Y el último intentaba pillar una mosca que le zumbaba en la oreja. El que tocaba el tambor trataba de llamar la atención para que toda la orquesta pudiese tocar junta, sin conseguir nada. La chica que tocaba el arpa parecía tener muy claro que sin silencio ella no podía trabajar y lo demostraba tapándose los oídos muy enfadada. Los de los platillos se relajaban haciendo unos ejercicios muy curiosos. También estaba el pobre despistado buscando su tuba, sus partituras e interrumpiendo a todos. ¡Ah! Y no hay que olvidarse de los flautistas. Estos armaban tal escándalo... no eran capaces de tapar bien los agujeros de la flauta y, por ello, estas soltaban cada silbido que parecía que jugaban entre ellas a “a ver quién grita más alto”.

Y así cada uno vivía en su mundo. Y allí estaba yo, pasándomelo de lo lindo observando aquello.

Pero entonces llegó el pánico. Ya estaba toda la gente acomodada en sus butacas. Desde donde me encontraba podía ver al público sentado con sus caras radiantes de alegría, deseando que la brillante música que haría la orquesta empezase e inundase la sala. Algunos de los más pequeños, impacientes, aplaudieron cuando supieron que el espectáculo estaba a punto de dar comienzo. Las puertas se habían cerrado y las luces apagado. Solo unos focos apuntaban al escenario donde apareció una chica vestida elegantemente, que empezó a hablar. ¡Era la presentadora! Y cuando ella salía, yo debía anunciar a la orquesta que quedaban cinco minutos para su actuación. Pero, ¿cómo conseguir que me prestasen atención? ¿Qué podía hacer? ¿Gritar? No, supongo que no me oirían. ¿Hacer yo ruido? Tampoco me oirían. Además, con todo el escándalo que ellos armaban, más ruido no era muy buena idea. Vaya, ¡no se me ocurría nada!

Pensé rápido y vi al pobre del tambor y a los de los platillos. Los llamé y ellos enseguida hicieron lo que les pedí. Se subieron a una mesa y empezaron a tocar sin ton ni son sus instrumentos. Aunque costó, llamaron la atención de todos los miembros de la orquesta, que enseguida guardaron silencio. Yo me subí a la mesa también y anuncié que quedaban dos minutos. Muchos ahogaron gritos y la mayoría palidecieron. Cuando la calma volvió a reinar ya era la hora. La presentadora se retiró y los componentes de la orquesta, todavía nerviosos, salieron y se colocaron en sus sitios. Pasase lo que pasase, intentarían hacerlo lo mejor que pudiesen y no decepcionar al público.

La orquesta comenzó a tocar. “Así todos juntos no suena tan mal” pensé yo.

La directora, más alegre que nunca, movía los brazos. El pianista no falló ninguna nota, los saxofonistas sonaron al compás, los violinistas tocaron todos juntos creando una preciosa melodía. El trompetista animaba la orquesta marcando sus notas, sin ni siquiera parar a respirar. El del tambor y los de los platillos supieron cuando entrar y cuando salir. La del arpa brilló en su solo,



alucinando a todos los presentes en la sala. El de la tuba sonó muy bien y no se despistó (cosa que me pareció extraña, ya que antes no había sido capaz de encontrar su tuba, que no era un instrumento pequeño). Los flautistas consiguieron que sus dedos tapasen todos los agujeros de la flauta, sonando muy afinadas.

Y así crearon una increíble música que hizo que al público se le saltaran las lágrimas. Entonces fue cuando la música se convirtió en mi pasión.

FIN



# Caminando por la vida

*Sergio Abanades Díaz*

ÉRASE UNA VEZ UN NIÑO LLAMADO HUGO, un niño normal y corriente. Hugo era muy querido en su colegio, tenía 7 años, era moreno y su equipo favorito de fútbol era el Real Madrid. Su historia transcurrió en Madrid. Todos los problemas llegaron en un día frío cuando Hugo iba en un coche por la autopista con su padre. Entonces, el coche de delante frenó en seco, su padre frenó también en seco dándose con él. De repente, los cristales saltaron hacia ellos haciendo que se clavaran en Hugo y su padre como miles de flechas diminutas y no tan diminutas. Rápidamente llegaron las ambulancias y les llevaron al hospital. Su padre se quedó en coma. «El niño tiene un cristal infectado en la pierna» - le dijeron a su madre. Cuando la llamaron añadieron «hay que amputar o si no será mucho peor para su futuro». Ella aceptó. Después de la operación, a Hugo le pusieron en una camilla con una silla de ruedas al lado. Él no recordaba lo que había pasado, pero su madre se lo explicó todo.

Él, al principio, era un poco patoso, pero luego se fue acostumbrando a vivir así; unas cosas le costaban más que otras, pero las acababa dominando. A Hugo, desde muy pequeño, le había gustado el baloncesto y quería ser profesional, pero ahora no tenía con quién jugar. En el colegio tenía unos amigos que le ayudaban y jugaban con él cuando estaba solo. Dentro de unos días sería la San Silvestre vallecana y Hugo siempre había querido correr unos pocos kilómetros porque era muy deportista, pero por asuntos personales no había podido hacerlo. Y ahora nunca más podría correr por culpa del accidente.

Un doctor que investigaba cómo darle una ilusión a todos los que tienen una ligera cojera, había investigado todas las formas de quitarles la silla de ruedas y un día se le ocurrió una idea: hacer una pierna artificial.

Un día, Hugo fue a conocer niños con problemas para poder jugar más y descubrió un niño que estaba peor que él. Pero la sonrisa no se la quitaba nadie. Hugo se preguntaba qué le podía haber pasado a ese pobre niño. Se lo preguntaba a todas horas mientras reflexionaba en su cuarto, porque todos los días reflexionaba sobre lo ocurrido. Hasta que un día le dijo a su madre que quería ir a preguntarle. Entonces, al salir de clase le preguntó y el niño le dijo que la felicidad no se medía en lo que te había pasado en la vida, sino en amar y ser amado.

Al año siguiente vio en la televisión la noticia de que alguien había conseguido hacer una pierna artificial. Hugo se puso muy feliz porque por fin podría andar por su cuenta, pero no tenían tanto dinero como para poder pagar la pierna y todos los impuestos. Empezaron a ahorrar y ahorrar pero nunca llegarían a tal porcentaje de dinero. Mientras tanto, el padre, que estaba en coma a causa del accidente, se encontraba en la habitación del hospital donde Hugo todas las tardes iba a visitarle para ver cómo evolucionaba y le hablaba de sus problemas.

Una tarde cuando Hugo se encontraba en la habitación con su madre, empezó a sonar un ruido muy fijo procedente de una máquina; cada 5 segundos salía una raya de arriba abajo. Su madre empezó a gritar por el pasillo. Hugo no entendía nada. Pronto llegaron los enfermeros que actuaron rápidamente y enseguida las rayas volvieron a su ritmo.

Una vez en casa, Hugo le preguntó a su madre el por qué del pitido, a lo que su madre le explicó que eso era una máquina que contaba las pulsaciones y que si sonaba como esa vez, significaba que iba a fallecer. Por eso le reanimaron dándole en el pecho para que el corazón se moviera y todo volviera a la normalidad.

Al día siguiente, la madre de Hugo se encontraba enferma. Así que Hugo tuvo que ir con su hermano mayor a la escuela. Por la tarde, al llegar a casa, Hugo se puso a hacer los deberes mandados

y después se bajó a la farmacia a por un medicamento. Cuando entró en la farmacia con su hermano, vio una caja donde se almacenaban tapones. Hugo preguntó que para qué servía eso y la enfermera le contestó que los recogían para un niño; luego los llevaban a un sitio y ahí le daban dinero por los tapones. Al llegar a casa le dijo a su madre que él también iba a hacer eso para poder pagar la pierna artificial y así conseguirla lo antes posible. Su madre le dijo que sí y el hermano mayor enseguida se puso a investigar dónde podrían darle dinero por los tapones y encontró que los podía llevar a Alcampo. Hugo hizo una caja para que la gente pudiera echar allí los tapones de la leche y, al día siguiente, fueron a colocarla en un sitio donde la gente fuese todos los días y pudiera echarlos fácilmente. Lo pusieron en la panadería, la tienda donde la gente siempre va a por pan y, de paso, echar los tapones.

A la semana siguiente, Hugo se pasó por la panadería y vio que estaba llena y además le sacó una bolsa más, llena de tapones hasta arriba. Se puso muy contento porque le darían mucho dinero por ello, pero cuando llegaron a Alcampo vieron que no iba por la cantidad de tapones que hubiera, sino por el peso: un kilo era equivalente a 5 euros. Un señor de pelo castaño y muy amable lo pesó: pesaba dos kilos y medio. Así que se llevaron 12,5 euros.

Seis meses después ya tenían ahorrados 375 euros y el hermano mayor calculó que en dos años llevarían 4.500 euros, aproximadamente. Les quedaban todavía dos años y medio, como mucho. Si se abstendían de caprichos y ahorraban, en dos años podría conseguirlo.

Dos semanas después, vio por televisión que había un equipo de gente en silla de ruedas que, como Hugo, jugaba al baloncesto. Hugo decidió hacer las pruebas y así jugar también. Antes de llegar a las canchas se sentía muy feliz, pensando que por fin podría hacer deporte con niños como él. Cuando llegaron, no tuvieron que esperar y el señor le dijo que tenía que tirar cuatro tiros, pero solo metió uno porque era un poco malo. Aun así, oía a su madre animarle desde la grada. Hugo se fue cabreado a su casa a causa de que ya se había hecho ilusiones y ya se veía dentro. Esa noche, ni el helado más grande consiguió consolarle.

Dos meses después, su hermano terminaría bachillerato y podría ir a la universidad. Mientras, trabajaría para poder pagarse la carrera y ayudar a Hugo. Y así fue. Terminó bachillerato y se fue a trabajar. A Hugo cada vez le faltaba menos dinero, pero cuando ya estaba terminando de conseguir toda la cantidad, su padre falleció. Hugo se hundió porque cada vez tenía más esperanza en que iba a recuperar a su padre. Casi todo lo que llevaban ahorrado sería ahora para poder pagar el entierro de su padre. Hugo pensó que nunca tendría su pierna artificial, pero no culpaba a su padre por ello. Su madre le miraba con mucho dolor por no poder ofrecerle más esperanza. Al cabo de un tiempo, se le ocurrió que el coche que tenían no lo necesitaban mucho, por lo que podrían venderlo para pagar la pierna de Hugo. Además, los hermanos dieron todo lo que habían ahorrado cuando eran pequeños.

En esos días, un niño del colegio se enteró de lo de los ahorros y empezó a meterse con él diciendo que era pobre. A las dos semanas se desesperó y no quiso saber nada del colegio y para que su madre no se enterara de que no iba, hacía que le dejase en la otra punta del colegio y así poder hacer fácilmente pellas sin que nadie le viera y nadie se chivara. El director empezó a preocuparse de Hugo, al ver que no iba. Decidió llamar a su madre para ver si le pasaba algo, pero su madre lo negó. Esa tarde, al recogerle del colegio, le preguntó si había ido al colegio los últimos días y él no mintió; se lo contó todo. A la mañana siguiente, llegó al colegio, como siempre. El niño que era rico volvió a meterse con él. Pero ese día, su madre le comentó al director todo lo que le había dicho e inmediatamente llamó al niño para que se dirigiese a su despacho. Una vez allí, el niño estuvo hablando un buen rato con el director y, cuando salió, parecía estar arrepentido sobre lo sucedido; miraba al suelo y un amigo le preguntó qué le había dicho, pero no le contestó. Fue directo hacia Hugo y le dijo susurrando: «Lo siento».

Al salir al recreo se volvió hacia él de nuevo y le dijo que le iba a pagar la pierna sin que Hugo pagase ni un euro. A la semana siguiente, se fueron a por la pierna. Durante el viaje se imaginaba cómo sería volver a andar de nuevo y se le dibujaba una sonrisa en

el rostro. Cuando al fin se la pusieron, al principio se sentía raro, pero luego se fue acostumbrando a ello. Hugo dio un abrazo al niño rico pues se lo había pagado.

Por la noche pensó en lo que podía volver a hacer como jugar al baloncesto o incluso correr la maratón. Estaba muy feliz, pero le faltaba una cosa: su padre. Sabía que no se le podía devolver a la vida, pero él quería volver a verle.

FIN





# El diálogo de los niños

*Jan Pascual Ventura*

SEVER ES UN PUEBLO MUY PEQUEÑO que tiene una característica muy especial: está gobernada por niños y no por adultos, a diferencia de la mayoría de poblaciones de su alrededor.

El alcalde de este pueblo es Pablo, un chico de sólo siete años, que fue escogido para este cargo por su astucia e inteligencia. Debido a su corta edad, él se creía que no sabría mandar, aunque siempre estaba rodeado de su grupo de amigos que le ayudaban y nunca le dejaban solo frente a un cargo de tanta responsabilidad.

Pablo era muy bueno en informática y cuando algún vecino, ya fuera adulto o niño, tenía algún problema con su ordenador, tableta o aparato informático, iba siempre a repararlo o a ayudarles con las nuevas tecnologías. Todos se sorprendían: « ¡es un crack y tan solo tiene siete años!»

En Sever siempre había paz y armonía. Se ayudaban unos a otros en todas las tareas o trabajos cotidianos, pero los problemas llegaron cuando, por sorpresa, aparecieron los habitantes del pueblo vecino, Solam.

Solam es un pueblo muy pequeño que se encuentra a unos quince kilómetros de Sever y que siempre habían tenido mucha rivalidad. Pero ahora, desde que uno de ellos estaba gobernado por niños, reinaba la armonía.

Un domingo soleado, los vecinos de Sever estaban disfrutando de su tiempo libre. Los niños jugaban al balón en la plaza mayor y

los adultos habían quedado para charlar un rato y tomar juntos el aperitivo. De repente, oyeron disparos, gritos y golpes muy fuertes, y aparecieron los solamemos para atacarles y cumplir su objetivo.

En esta ocasión, Pablo y sus amigos, no pudieron organizarse para poder abatir al rival, ya que eran minoría y no sabían nada de armas ni guerras. Pablo, con su baja autoestima, creía que había fallado a su gente y se rindió delante de Gerardo, el adulto que gobernaba en Solam, que vio alcanzado su único objetivo: secuestrar a Pablo.

Una vez encerrado en los calabozos de Solam, Pablo se sorprendió que la única razón de la invasión había sido que Gerardo necesitaba de su ayuda urgente: se le había estropeado su ordenador personal y no podía jugar al Candy Crush, ni colgar sus fotos en Instagram, ni acceder a ninguna red social, y ningún solamemo había sido capaz de repararlo. Pablo se lo reparó sin ningún problema, pero debido a su corta edad no conseguía entender qué era lo que le estaba pasando.

Ya en Sever estaba muy triste. Creía que había fallado a su pueblo entrando en una pequeña batalla por lo que él había considerado una tontería, ya que si le hubiesen pedido ayuda se la hubiera ofrecido desinteresadamente, y no quería que esto volviera a pasar con cualquier otro problema que pudiera tener el pueblo vecino. Estudió un plan durante mucho tiempo para que Solam aprendiera a pedir ayuda sin necesidad de usar la fuerza. Decidió reunir a su equipo y explicarles el plan que había diseñado.

Un frío día de invierno todos los habitantes de Sever fueron a conquistar a Solam. Los pillaron desprevenidos al ver que un niño lideraba la invasión. Al llegar al destino, pidieron hablar con Gerardo. Lo que más le sorprendió es que iban sin armas y vestidos de blanco, como símbolo de paz.

Gerardo les atendió asustado e intrigado porque no entendía qué venían a pedir.

Después de varias horas de reunión, ambos dirigentes decidieron que, a partir de ese momento, simplemente con diálogo podían llegar a un buen acuerdo sin necesidad de asustar a los habitantes de ambos pueblos.

Pablo y Gerardo salieron a la plaza del pueblo donde estaban todos los vecinos de ambos pueblos sorprendidos de que los dos estuvieran hablando. Les explicaron que habían firmado un tratado de paz en el que se obligaban a hablar y escucharse mutuamente frente a cualquier conflicto e incidencia que les pudiera surgir.

Desde ese mismo momento, los dos pueblos son amigos y nunca más ha habido una guerra ni conflicto. Eso sí, uno todavía sigue gobernado por niños y el otro por adultos y, a veces, los niños han demostrado tener más madurez e inteligencia que algunos adultos.

FIN



CATEGORÍA ESCOLAR  
(3° Y 4° DE EDUCACIÓN  
SECUNDARIA OBLIGATORIA)



# Lo que de verdad ocurrió en el bosque

*Cristina Galindo Martínez*

NO DEBÉIS HACER CASO de esos campesinos miedosos que, dando tantas vueltas a la historia real, casi se inventaron una versión nueva. Yo sé lo que pasó, todo. ¿Y por qué? Sencillamente porque yo estaba allí. Yo vi con estos ojitos cómo el Lobo ayudaba a esa niña, la hija de la señora que me compra medicinas todos los viernes, a adentrarse con cuidado en el bosque, no fuera a equivocarse de camino. Y es que, al parecer, los vecinos dicen que el leñador que vive al lado de la panadería llegó a acabar con ese pobre animal. Mentira. Si ese hombre apenas es capaz de ir a cazar con su hermano porque le encantan los animales. La gente se inventa cosas muy raras.

La realidad es que ese día necesitaba ir a recoger unas flores blancas para un remedio contra la fiebre, de modo que puse un cartelito de “Cerrado” en la puerta de mi tienda y me dirigí hacia el bosque. Cuando ya llevaba un buen trecho, oí una vocecita infantil tararear una canción. Miré hacia la izquierda y a lo lejos. En un camino estrecho entre los árboles, vi una mancha roja que iba dando saltos y llevaba una cesta, un poco grande para su tamaño. Me quedé un poco embobado pensando qué haría allí, pues estábamos en una zona algo alejada del pueblo, hasta que decidí dirigirme hacia ella. Mientras me acercaba, pude ver que se tropezó con una rama y se dio contra el suelo.

Al sentarse y analizar la gravedad de sus heridas, la niña vio como algo peludo salía de un matorral y se ponía a recoger las cosas que habían quedado desparramadas por el suelo. Me quedé

de piedra, pues había curado suficientes zarpazos como para saber que un lobo era un animal un tanto peligroso. Sin embargo, la niña lo estuvo observando unos segundos hasta dirigirle una sonrisa y darle las gracias. El Lobo le empezó a hablar, pero tuve que acercarme un poco para poder escucharlo.

Conseguí distinguir a la hija de la señora que me compraba medicinas para llevárselas a su madre, una pobre anciana que hace mucho tiempo decidió mudarse al interior del bosque porque decía que allí el aire era más puro.

Esos dos estuvieron caminando y charlando. A veces oía como la niña, nunca me acuerdo de cómo se llamaba, le hablaba sobre su abuela. El Lobo le contestó que sabía de qué casa estaba hablando y que solía pasar por ella, pero que le parecía extraño que, a pesar de que la anciana no saliera de casa, tuviera un hermoso jardín en la parte de atrás. Muchas veces se había quedado mirando las extrañas flores y los jugosos frutos de los árboles que allí crecían. Ella le quitó importancia y le dijo que ya le preguntarían a la señora.

Cuando llegaron, pasaron lo que se dice una buena tarde. Llegó un punto en el que decidí llamar y decir que visitaba a la abuela para comprobar su estado. Hasta me dieron un trozo de pastel y todo. Me alegró saber que los anteojos, el audífono y la dentadura que le puse la semana pasada, encargados desde la mismísima ciudad, estaban en buen estado. Sin embargo, le agrandaban los ojos y le daban a las orejas y dientes un aspecto un tanto extraño, habría tardado en reconocerla de no ser por su bata rosa con lunares.

El Lobo fue educado y la niña simpática. Todos contentos. Nada raro. Nadie se come a nadie ni nada de eso. Incluso me contaron que el leñador había cogido gripe, así que poder acabar con un lobo, lo que se dice poder, no podía.

Pasó un tiempo, bastante, y he oído por ahí que cierta ardilla le ha dicho a cierto conejo que cierto ciervo le había contado a cierta ave que cierta chica usa la excusa de visitar a una anciana en medio del bosque para ver a cierto lobo. Mucha coincidencia me parece a mí.

Un día fui al bosque a buscar más flores blancas y me encontré a ese ciervo comiendo. Le pregunté por esos rumores y me res-



pondió que todo era verdad, que lo había visto todo con sus propios ojos, y que si quería pruebas que fuera un poco más adelante y lo contemplara yo mismo.

Me acerqué adonde me decía y escuché a alguien hablar. Anduve un poco más y ya los vi.

- ¿Y tu abuela no sospecha?

Ella sonrió.

- ¿Crees que ella vive en medio del bosque por gusto? No soy la primera mujer amiga de un lobo.

El Lobo asintió, recordando las flores del jardín de atrás.

FIN



# Pensé en un atropello y me salió una historia

*Paula Ferrer Ortiz*

«ME GIRÉ A TIEMPO PARA VER EL COCHE abalanzándose sobre mí. El dolor, la vida, la muerte, rendirse, luchar. Un torbellino de pensamientos sobre el que destaca uno: no tengo tiempo. Mi cuerpo se gira, ambas palmas abiertas entre el coche y yo, una reacción primaria y automática, porque soy incapaz de pensar que debo apartarme de la carretera».

Suelto el boli, exasperada. Sé lo que va a pasar y gracias a ello soy incapaz de sentirme orgullosa de lo que he escrito. Las últimas cuatro veces lo estuve. Por ello, cuando abrí los ojos a lo patético que era, me dolió. Al parecer, soy una adolescente temperamental y exagero demasiado los sentimientos. Así, sentía una y otra vez el puñetazo en el estómago y la pregunta: ¿realmente está tan mal? Luego arrugaba el papel y lo tiraba a la basura, por orgullo, aunque por dentro me seguía gustando cada palabra escrita, azul sobre blanco. Lo reescribiría y la siguiente historia sería minimalista... demasiado. Los personajes, estáticos bloques de hielo. Como los dibujos de palotes de los niños pequeños. Burdos y mal hechos. Poco memorables. Eso no es lo que quiero yo en mi vida. De hecho, no es el sueño de nadie ser olvidado. También yo quiero vivir y dejar huella. Por lo menos sé que nunca lo conseguiré si me rindo. Y por eso vuelvo a coger el bolígrafo con renovadas fuerzas.

«Luego todo pasa muy deprisa. No siento pasar las décimas de segundo, ni oigo los frenos chirriar, demasiado tarde. Tampoco

co veo la mirada desesperada del conductor al verme, ni mi vida pasar por delante de mis ojos. ¡Qué desengaño!... aquellos libros que tanto me gustaban y me hacían soñar mentían. El caso es que el coche me golpea. Siento mis huesos cediendo, cada una de las capas de la piel abriéndose al contacto con el metal, mi cabeza golpeando contra el coche. Una retahíla de insultos y palabrotas surge como respuesta al dolor en mi mente. La interrumpe un nuevo golpe contra el suelo. Me quedo inconsciente.

Me despierto, abro los ojos y me duele todo. No, no es exactamente dolor, sino más bien como una molestia sorda. En ese momento, sin venir a cuento, oigo en mi cabeza un fragmento de mi musical favorito. Morir es fácil, vivir es más difícil. Paseo mi mirada por la habitación de hospital donde estoy tumbada —está vacía— mientras pienso en lo equivocado que está ese verso. Pero de repente me doy cuenta de que, en realidad, tiene razón. Lo difícil es tomar la resolución de morir, pero el acto en sí es fácil de llevar a término. Si estás en el hospital después de algo como lo que me pasó a mí, puedes arrancar todos los cables y tubos que veas. Seguramente haya cerca de un noventa por ciento de posibilidades de palmarla. Si no, puedes optar por el método más tradicional de clavarte un cuchillo en la yugular, o dispararte, o incluso saltar delante de un coche en la autopista. Satisfecha por haber llegado a esta conclusión, miro a la puerta, esperando a que se abra. Paso el tiempo contemplando la habitación, pero no da para mucho rato.

Finalmente se abre la puerta y entra una enfermera. Abre los ojos como platos y sonrío. Me saluda. Se vuelve a ir, supongo que a avisar al médico o algo así. Voy toqueteando los cables que me conectan a unas máquinas, intentando descubrir para qué sirven. Y, como no podría ser de otra manera al tener movimientos limitados, suelto uno. Entro en pánico, no solo por lo que pueda pasar —hay una parte de mi mente que sugiere que esta debería ser la principal razón, pero la ignoro amablemente—, sino por lo que pueda decir el médico. ¿Qué cara pondrá? Ay madre, qué vergüenza. Entonces hago lo que cualquiera hubiese hecho: aquí no ha pasado nada. Me vuelvo a tumbar apresuradamente en la camilla con ambos brazos a mis lados y así estoy cuando llega el

médico. Él también me sonrío y saluda. Se acerca a la camilla y, al ver el tubo suelto, lo mira con el ceño fruncido, murmurando para sí mismo lo raro que es que se haya desenganchado. Hago esfuerzos por mantener mi cara neutral y no rendirme a las ganas de reírme que me inundan repentinamente. Acaba de conectarlo bien. Posteriormente se acerca y habla conmigo, me hace preguntas. Tengo la vaga sensación de que puede estar comprobando si me he quedado con algún retraso mental o algo. Durante el resto de la semana me sigue haciendo pruebas, algunas de ellas examinando mi estado mental y otras, el físico. Tengo suerte, no tendré secuelas permanentes, aparte, claro está, de no volver a cruzar la calle en rojo o sin mirar a los lados varias veces. Estoy planteándome pedir ayuda a la gente que vaya a cruzar la calle, como las viejecitas en las películas.

Poco después ya me pueden visitar. Los primeros son mis padres y mis hermanas. Al ver a mi familia noto que si me hubiera pasado algo no los hubiese vuelto a ver. Los abrazo con todas mis fuerzas. No son los únicos que vienen. Mis amigos y muchas de mis compañeras de clase vienen también, al igual que algunos conocidos, personas con las que había coincidido apenas unas veces. Poco a poco me doy cuenta de que aquellos con los que menos he tratado se comportan de manera diferente. No saben cómo actuar, como si yo hubiese cambiado. Intentan ser majos, como si les importase lo que pasara. Incluso si antes apenas hablaban conmigo. Parece que algunos pretenden compensar el haberme ignorado antes».

Aquí paro otra vez. Me ha salido solo, sin embargo, no sé seguir. Releo todo lo que he escrito hasta el momento. Lo paso a ordenador y le añado detalles para facilitar su lectura. Se me ocurre otra idea. Mi madre pasa cerca y cuando se asoma ya estoy tecleando.

«Al cabo de un mes, ya estoy reincorporada a la vida cotidiana. Siguiendo con la línea de las mentiras que cuentan los libros, no todo cambia. No doy un giro radical a mi vida, con esto me refiero a que no me pasa lo típico de empezar a ver la vida en rosa, la parte positiva de todo. Porque la vida no es rosa, es blanca

y negra y hay cosas que simplemente no tienen parte positiva. Siento decir esto, no es algo de lo que me sienta orgullosa, pero sigo sin apreciar una buena parte de lo que a mí me ha sido dado, de lo que muchas otras personas carecen (aquí podría mencionar a bastantes personas, esas que se pasan la vida dando sin recibir). Como podéis ver, no todo cambia, y cuando sí lo hace, no siempre es para mejor.

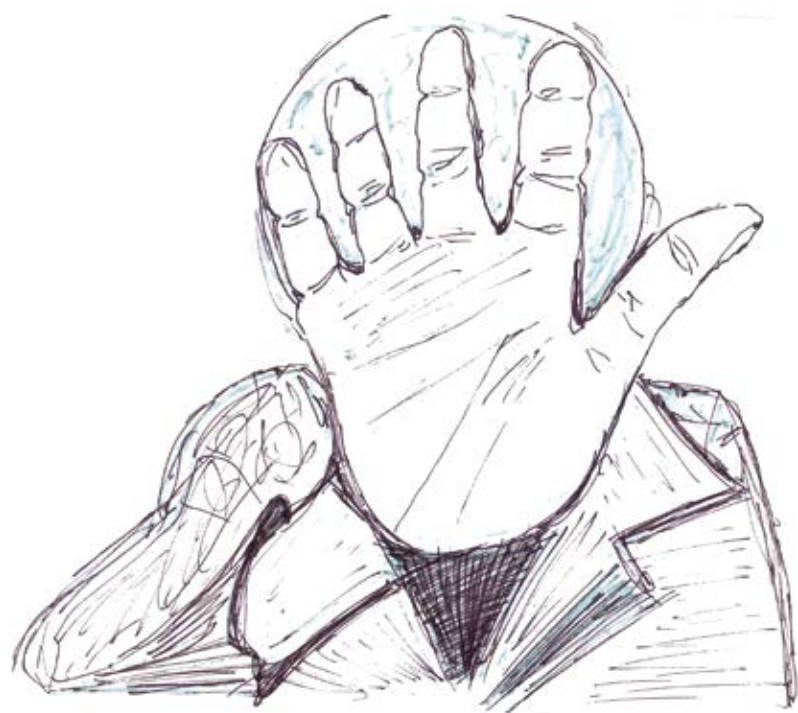
Vuelvo a ir al colegio del que tanto me quejaba, y aprovechando la oportunidad vuelvo a quejarme. Reanudo mis esfuerzos para entrar en el top 10 de las marujas de clase, según nuestra profesora de inglés. Otra vez vuelvo a estudiar, a hacer deberes y a realizar otras actividades lúdico-festivas como jugar a prueba o verdad en el autobús —éste casi no llega a la categoría de vehículo propiamente dicho— de camino al colegio.

Todos los días en ese trozo de chatarra —eso sí, le tenemos mucho cariño— pasamos al lado de ese paso de cebrá nefasto. Y por eso antes, cuando hablaba de lo poco que aprecio muchas cosas, he dicho muchas en vez de todas. Todos los días al pasar por allí, e incluso si el resto del día actúo como una niña desagrada, poniéndolo un poco en palabras fuertes, en ese momento agradezco seguir viva para ver un día más».

Ya he acabado. Me gusta. No me encanta, le veo defectos. A pesar de ello, se siente limpio. No me regodeo en los sentimientos, tuve que frenar mi mano varias veces, muy a mi pesar, aunque no he podido evitar poner algún que otro cliché. Tal vez pise la raya de lo aburrido. Habrá quien lo tache de mareante y dirá que no tiene sentido. Supongo que tendré que aceptar que, al fin y al cabo, siempre va a haber alguien a quien no le guste. Pero también que yo soy la autora. Yo he escrito algo y por el esfuerzo que he puesto en ello, vale la pena. Siempre y digan lo que digan.

FIN







# Invisible

*Pablo Mariñoso de Juana*

## DÍA 1

Querido diario:

Es la primera vez que me pongo a escribir esto y no sé cómo empezar. Me han dicho que es bueno escribir lo que te pasa. No lo sé, soy muy inocente y me gusta creérmelo todo. Ya hace un par de semanas que estoy en el “insti” nuevo y aún no me he acostumbrado. Esto de ser nuevo cuesta más de lo que pensaba. Ya sabía que no iba a ser fácil, pero no me lo imaginaba así. El que llega nuevo siempre es el pringado durante un tiempo. Lo sé, pero, ¡Dios mío!, espero que sea poco tiempo.

La gente no me habla, y no lo entiendo. Tan solo hay una chica que se ha acercado a mí últimamente. Se llama Marta y es de 4°C. Ella está en ciencias. Es bastante lista, muy guapa y alta, con el pelo rubio que parece que le llega hasta el suelo. Le gusta mucho la Biología y odia Sociales. Parece que tiene muchos amigos porque siempre va acompañada. Es popular entre la gente del instituto. Ayer fue cuando se me acercó. Recordarlo me da mucha vergüenza, ya que me puse rojo como un tomate y fue un momento muy embarazoso. Recuerdo perfectamente lo que me preguntó: «¿Cómo te llamas?». Supongo que ella también recordará mi respuesta: «Eh, ho...ho... Hola, mi nombre es Jacobo. Tú, ¿cómo te llamas?».

En ese momento sonó el timbre que indicaba que se terminaba el recreo y rápidamente desapareció.

Hoy el día ha sido igual de aburrido. Fernando, el profe de mates, ha mandado mucha tarea. Las mates me gustan, pero las

ecuaciones no se me dan muy bien. Siempre me ha gustado más la parte de estadística. Y además, este profe va muy rápido.

Día 2

Querido diario:

No sé qué estoy haciendo mal. Últimamente no me hablan, aunque eso ya no me extraña. Pero hoy eso ha llegado más lejos. Pedro, un chico del B, me ha insultado. Yo no le he hecho nada. No me gusta pelear. Solo quiero hacer algún amigo. Me ha llamado “retrasado asqueroso”. La verdad que no lo entiendo. Este es el tercer colegio al que voy, y nunca me había pasado. En el primero estuve toda la primaria. Allí hice muchos amigos y lo pasaba muy bien, pero me costaba mucho seguir el ritmo de las clases. Entre 1° y 3° de ESO me cambié a otro. Este último era perfecto pero no tenía bachillerato de letras, lo que realmente me gusta. Así que me cambie al colegio de ahora: el Instituto Miguel Hernández.

Día 3

Querido diario:

Hoy ha sido un día raro. Pedro me ha vuelto a insultar y me ha escondido la mochila. De todas formas, eso no me ha importado. Marta, ¿te acuerdas?, la de 4°C. Se ha sentado conmigo a comer.

La verdad que se lo agradezco mucho.

La hora de comer es la que más odio: la comida está muy mala. Hoy hemos tenido verdura (bueno, también ayer, y anteayer...). Entre la comida y que siempre estoy solo, el rato para comer se me hace eterno.

Ella ha sacado conversación, lo típico: «hace mucho frío hoy». La verdad que mi risa me ha delatado. Enseguida nos hemos puesto a hablar sobre Laura, la profesora de Sociales. A mí me gusta porque es muy cariñosa conmigo, pero Marta dice que es super estricta. No lo sé, espero tener razón.

Día 4

Querido diario:

¡¡Mañana es mi cumple!! Tengo muchas ganas de que llegue mañana porque hoy el día ha sido como siempre. Cuando ha ter-

minado el cole, y pensaba que todo lo malo había pasado (ya sabes, Pedro, el tonto del B), mi madre en casa me ha dicho que teníamos que hablar. Ha ido al médico y está un poco malita, pero yo voy a rezar por ella. No creo mucho en Dios, pero tengo amigos que rezan y dicen que funciona. Nos hemos sentado en el salón y me ha contado una historia: «Cuando tú naciste, hubo muchas complicaciones en el parto. Venías con algún problema. El médico me dijo que no vivirías mucho, posiblemente no más de tres años, y que la mejor opción era abortar. Inmediatamente me negué. Me marché de allí: no estaba dispuesta a aceptar aquello. Mañana tú cumples 16 años, y estás genial. Si hubiera hecho caso a ese médico, hoy no estaríamos aquí. Por eso hijo, no olvides nunca que hay que luchar hasta el final».

Querido diario:

Me llamo Jacobo y tengo síndrome de Down.

FIN



# Jenazah

*Ana Alonso Atienza*

NO ESTÁ, NO VOLVERÁ. Mi mente tarda en asimilarlo. ¿Por qué tuvo que ser él? Se acabaron nuestras idas y venidas de la montaña. Se acabaron nuestras risas inundando la habitación. Se acabaron nuestros juegos con la pelota, ¿se acabó nuestra amistad?

Todo se acaba. Nada persiste. O bueno, tal vez sí, tal vez haya algo. Ellos, ellos persisten. Mi ira y las bombas que caen sin cesar por encima de mi cabeza, las muertes, las casas derruidas y las calles convertidas en escombros. ¿Por qué nos hacen esto?

Madre dice que nos vayamos pero yo no puedo separar la mirada de lo que una vez fue el hogar de Ghali. Intento imaginármelo, intento recordar cómo se encontraba cuando la bomba estalló. ¿Estaría sentado sobre el toshak leyendo algún libro suyo sobre historia? Imposible saberlo. Lo único que alcanzo a ver son los escombros que hoy rodean lo que queda de la casa.

Un sentimiento empieza a crecer en mí, un sentimiento que hace que se me nuble la vista. De repente, siento miedo, ¿qué me está pasando? La ira y la venganza empiezan a crecer y a crecer, a expandirse por todo mi ser y aparto bruscamente mi mirada de la casa en ruinas.

Sigo a madre a través de las ruinosas calles mientras dejamos atrás la casa de Ghali. No paro de tropezar con los escombros, da igual a dónde mire, todo está en ruinas. Ya casi ni recuerdo cómo estaban antes. Un vago recuerdo intenta abrirse tras las imágenes de la guerra; flores y gente que inundaba las calles con sus sonrisas. Gente feliz. Ahora, lo único que queda de todo eso es la esperanza de que algo mejore.

Llegamos a nuestra casa. Es una suerte que todavía esté intacta, suerte de que las bombas no la hayan destruido. Puede que a la próxima. Tal vez sea mejor, tal vez cesará el dolor que me embarga. No, no, -repito- no me puedo permitir pensar así. De esta manera acabaremos todos muertos, hay que luchar, luchar para defender nuestro país, luchar contra Ellos. No me quedaré con los brazos cruzados, haré lo que esté en mi mano para vengar a Ghali.

Padre se dirige hacia su estudio y ni madre ni yo hacemos ningún comentario. Me siento en el toshak del salón y pienso; no sé si servirá de algo, pero yo pienso, pienso en lo que fue, en lo que es y en lo que será. En lo que vendrá, ¿o en lo que no vendrá? ¿Qué más daba?

Pero sí que daba.

Madre trajina con las cacerolas en la cocina. Espero que haga pilaf para cenar, mi plato favorito. Consiste en un plato de arroz con verduras, carne y especias.

El último pensamiento que recuerdo antes de caer rendido en la cama es Ghali y la idea de venganza que se aferra a mí sin querer soltarse.

Esa noche no se cenó.

Madre me despierta temprano y me dice que tenemos visita. Me visto con mi mejor shalwar kameez destinado para ocasiones especiales y al bajar las escaleras me encuentro con padre y un hombre de facciones rudas y elegantes en el salón. Ella aparece por el dintel de la puerta con una bandeja de té que deja sobre la mesa. Acto seguido se va a una esquina de la habitación donde intenta pasar desapercibida con el burka cubriéndola por completo.

Me siento en frente de padre y del hombre llamado Falah.

-Verás hijo, este hombre tiene una propuesta que hacerte-. Su voz denota tristeza y me pregunto qué propuesta querrá hacerme.

Falah toma el relevo y con un gesto de impaciencia dice:

-¿Eras amigo de Ghali?

-Sí,- respondo - uno de sus mejores amigos.- Digo esto último en un susurro casi inexistente.

Él se ríe ante semejante palabrerío y le miro con cara de pocos amigos.

-Está bien chico. Verás, la propuesta es que si...si te gustaría vengar a tu mejor amigo.

Padre se tensa y yo le interrogo con la mirada sin conseguir ninguna respuesta a cambio.

Me giro hacia Falah y tan firme como pude contesto:

-Sí,-el sentimiento de venganza se hace notar en mí aún con más fuerza que la pasada noche.- por supuesto. Haré lo que haga falta.

Dicho esto madre se retira del salón silenciosamente mientras que padre agacha la mirada. ¿No deberían estar orgullosos? Definitivamente no comprendo nada.

-¡Excelente!- exclama él.- Pero verás, chaval, no es tan fácil hacerlo como decirlo. Tendrías que sacrificarlo todo, incluso tu vida.

Ahora entiendo de qué va todo esto- pienso.

De pronto, comprendo a todo lo que me estoy arriesgando a perder, a lo que ayer tenía y hoy estoy dispuesto a dejar, la seguridad de mis padres, mi futuro, todo. Pero también en lo que ganaré, vengar a nuestra gente, nuestro país y a todos los muertos que ha dejado esta guerra, a Ghali.

-Sí, lo que sea.- Una mirada feroz recorre mi rostro y presiento que seré un orgullo para mis padres y mi gente. Que el orgullo se sobrepondrá a mi falta.

A partir de ese momento, todo cambió. Estuve semanas entrenando, ¿suena raro, verdad? Entrenar...Tal vez antes hubiera pensado en que eso sería practicar algún deporte, pero ahora el único significado que tiene para mí es correr con un cinturón de bombas a la cintura, sosteniéndolo en mis manos para acostumbrarme al peso y memorizarme los botones que habría que pulsar para que esta estallase.

Falah se convirtió en mi mentor. Él me daba clases de historia sobre nuestro país, de lo fuertes y valientes que éramos y que no podíamos dejar que nadie nos aprisionara ni que nos fuesen tirando bombas como si nada. Esas eran las clases que más me gustaban; porque tenía razón, solo pararíamos esto si le hacíamos frente, y eso era lo que yo estaba haciendo.

En casa todo seguía igual que antes, la única diferencia es que ya no se apreciaba ningún rastro de alegría, y yo no lo entendía. ¿No deberían estar alegres y orgullosos? Puede que yo sacrificara mi vida. ¡Y claro qué lo sabía! Iba a ser yo quien moriría pero no por ello iba a dejar que eso me distrajera de mi objetivo. Pero al parecer, ellos no lo comprendían. Así fue que día a día me volvía más y más taciturno, siempre mirando hacia el futuro, nunca al pasado.

Y poco a poco los días iban pasando hasta que llegó el indicado. Estaba amaneciendo cuando Falah, padre, madre y yo llegábamos a la falda de la montaña. Aunque llevaba el burka puesto se le notaba cómo lloraba y no lo entendía. La mirada de padre estaba vacía y yo, yo no sentía nada. Ya hacía días que había dejado de preocuparme por lo que pasara. Para mí solo existía Ghali.

Me despedí de mis padres y seguí a Falah hasta el principio del túnel que conduciría a mi objetivo y final.

-Ahora está en tus manos el futuro de tu pueblo, el de todos nosotros. Has entrenado duro y sabes lo que debes hacer, no dejes que Ellos te hagan ponerte de rodillas ante sí. ¡Demuéstrales lo que somos y podemos hacer, Ayham!- Y justo en ese instante, en el que sonrió diciendo mi nombre, vi algo que me hizo quedarme helado en el sitio, que me hizo volver a sentir. La mentira. Y mientras sonreía y seguía hablando, me di cuenta de que ya era demasiado tarde. La mentira se había convertido en realidad.

Cuando hubo acabado de hablar me di la vuelta y me adentré con los ojos bien cerrados en el túnel que me conduciría hasta el final de todo esto. Cuando noté a través de mis párpados que ya había más claridad, apreté el botón. Y en cuanto lo hice todo lo que había a mi alrededor se descompuso, todo estalló por los aires, incluido yo.

Nadie me había preparado para lo que de verdad había al otro lado; nadie me había dicho que ese lugar era un campo de refugiados.

FIN



CATEGORÍA ESCOLAR  
(BACHILLERATO  
Y FORMACIÓN PROFESIONAL)



# Perdón

*María Fernández Abanades*

MARK

Conocí a Greta cuando teníamos seis años. Entonces ella llevaba el pelo rubio recogido en dos trenzas y estaba tan delgada que me imaginaba que en los días de viento saldría volando en cualquier momento, como una cometa sin hilo, con sus trenzas propulsándola a modo de hélices de autogiro. Y de verdad deseaba que sucediera así, porque no aguantaba a esa niña. En mis curiosas fantasías infantiles, Greta volaba sobre los tejados de Berlín mientras toda la clase la miraba desde abajo, riéndose. Sólo yo tenía el poder para hacer parar el viento, y únicamente la dejaría bajar si me pedía perdón.

El 8 de septiembre de 1927, fui al colegio por primera vez. Mi madre me vistió para la ocasión: camisa nueva, zapatos nuevos y creo recordar que incluso dejé que me repeinara el pelo hacia un lado.

El día empezó bien, todo fue mucho menos terrible de lo que en un principio me había imaginado: el colegio era bonito, los niños eran amables, y la profesora, la señorita Winter, también. Nos sentamos de dos en dos en unos pupitres demasiado grandes, de hecho, yo no llegaba a apoyar los pies en el suelo. Después tuvimos que presentarnos: de uno en uno íbamos diciendo nuestros nombres en voz alta y lo que queríamos ser de mayores.

-Greta. —Esa vocecilla chillona inundó toda la clase—. Quiero ser actriz.

Todos los niños se rieron. Y entonces tuve que soltar mi frase. Lancé mi desafortunada frase a Greta, que estaba sentada a mi

lado. La verdad, es que no lo hice con malicia, siempre he sido un bocazas.

—Pero para ser actriz hay que ser guapa. ¡Pum! Nunca he sido de los que piensan antes de hablar, las palabras salieron de mi boca rápidas y certeras. Y rápido y certero aterrizó su puño sobre mi nariz.

No sé de dónde sacó esa niña enclenque tanta fuerza, pero el caso es que me hizo daño y antes de poder remediarlo, las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. Entonces cometí un segundo error fatal: en medio de mi confusión llamé mamá a la señorita Winter. El coro de risas se hizo más grande y en ese momento pasé de ser Mark Schulze a Mark Estribo (porque mis compañeros llegaron a la conclusión de que sólo servía para meter la pata).

Supongo que los nuevos comienzos nunca fueron mi fuerte.

Mi particular forma de venganza hacia Greta fue inventarme un mote para ella. Por eso, aunque nunca se lo dije a nadie, ella pasó a ser para mí “la chica de ceniza”, porque todo en ella parecía sacado del día más nublado de la historia: el pelo rubio, pero sin brillo, los ojos grises, la mirada apagada... Era como si estuviese cubierta de hollín.

Los días al lado de esa niña rubia y tonta pasaban rápidos, vivaces. Nunca hablábamos, pero yo no perdonaba la ocasión y me reía siempre que contestaba mal a alguna pregunta de la señorita Winter e incluso, algunas veces, aunque contestase bien.

Ella no era capaz de distinguir el sujeto y el predicado de las frases, por simples que estas fueran. La profesora le preguntaba: “Greta, indica el sujeto y el predicado en esta frase: “Ralf come manzanas” ... y más de una mañana las manzanas estuvieron a punto de comerse al pobre Ralf por culpa de Greta, todo ello, acompañado por mis risitas burlonas y mi incontinencia verbal a la hora de gastar bromas pesadas.

La primera vez que tuvimos un diálogo civilizado, fue más por necesidad que por un intento de acabar con aquella situación.

—Niña, —dije, con ese tono resabiado que tienen los niños cuando su inocencia les hace creer en su propia invencibilidad. Ella no me miró.

—Niña, —repetí, esta vez dándola un golpecito en el hombro.

—¿Me alcanzas el lápiz?

Greta se agachó y me tendió el lápiz.

—Me llamo Greta, —aclaró—, con un tono tan poco amistoso que por un momento recordé su puñetazo de bienvenida.

Yo me encogí de hombros

—No me importa cómo te llames. —Dije, arriesgando aún más mi integridad nasal. Y seguí haciendo como que escuchaba a la pobre señorita Winter.

—No me parece bien que te portes así, —siguió diciendo ella, en un tono más conciliador—. Yo no lo hice aposta. Tú fuiste el que me llamaste fea. Si no me hubieras llamado fea...

Y entonces la señorita Winter nos echó fuera de clase. Por hablar. Supongo que la paciencia tiene un límite, hasta la paciencia de la señorita Winter.

Greta nunca me pidió perdón, pero ese día en el pasillo la perdoné, porque secretamente sabía que la culpa había sido mía y porque me apetecía hablar con alguien y el pasillo estaba desierto.

Descubrí que la chica de ceniza vivía a tres manzanas de mi casa con su tía, que era modista y tenía una curiosa afición por los gatos. También descubrí que pintaba muy bien, increíblemente bien para una niña de seis años, y que quería ser actriz no porque le gustara actuar, sino porque había oído que las actrices ganaban mucho dinero.

Desde entonces, Greta y yo nos hicimos muy amigos. Recuerdo que la primera vez que Greta vino a mi casa mi madre miró sus rodillas huesudas y sonrió.

—Niña, eres la verdadera imagen de la juventud de un país en decadencia —como era la Alemania de aquella época—, le dijo mi madre, una mujer de cuya fatal sinceridad era yo heredero.

La pobre Greta bajó la vista y se sonrojó, murmurando un tímido “gracias”. Había empezado a quererla tanto que ya me parecía la niña más bonita del mundo. Por eso, yo también sonreí a mamá, creyendo, los dos, que lo que había dicho era un cumplido.

Cuando era yo el que iba a casa de Greta, su tía nos daba de merendar galletas de mantequilla y jugábamos a la guerra. Antes de la guerra todos jugábamos a la guerra.

A lo largo de todos aquellos años felices, Greta y yo crecimos inseparables, como uña y carne, y así, sin saber cómo, llegamos a la adolescencia.

Siempre recordaré los ojos de Greta, iluminados por aquel brillo febril esa noche de diciembre en que se coló por la ventana de mi habitación. Se había escapado de su casa, o algo así me contó. No presté mucha atención a lo que decía, fuera nevaba, y ella estaba empapada. Fui a buscarle algo para que se pusiera, pero no pude evitar mirarla de soslayo mientras se quitaba su ropa mojada. Por primera vez la miré de una manera distinta a como lo había hecho hasta entonces, y pensé, que, si volviese a decir que quería ser actriz, no se me ocurriría darle la contestación que le di ese primer día de colegio, hacía ya diez años. Teníamos quince años, y yo no podía ocultar la feliz excitación que me había causado esa inesperada visita.

Recuerdo que le lancé un jersey, el más nuevo que tenía y unos pantalones, y que pasamos varias horas hablando de cosas sin importancia, hasta que ella decidió que era el momento de irse. Antes de volver a saltar por la ventana, la chica de ceniza se volvió hacia mí y me abrazó. Entonces vi que sus ojos grises estaban llenos de lágrimas.

No puede evitarlo, cogí su cara entre mis manos y la besé con esa torpeza característica del primer beso.

—Adiós Mark Estribo.—Fue lo último que dijo antes de saltar por la ventana y perderse de nuevo en la oscuridad de la noche.

Al día siguiente, Greta y su tía se marcharon para siempre de Berlín, eso fue lo que me dijeron mis padres. No volví a ver a Greta hasta el día que cambió mi vida.

\*\*\*

Greta

Desde que mi tía y yo salimos de Berlín, todo fue de mal en peor. Nos hicieron abandonar nuestra pequeña casa, para trasladarnos al gueto, a ese piso pequeño y húmedo que compartíamos con otras dos familias. ¡Qué lejanos quedaban ya aquellas tardes rápidas y felices en compañía de Mark, aquellas tardes en las que jugábamos a la guerra! Antes de la guerra todos jugábamos a la guerra.

Después vino el hambre, y atrás quedaron también los días en que los gatos no suscitaban en nosotros otros deseos distintos al de acariciarlos.

En apenas dos años, casi todos los recuerdos de mi vida anterior, de mi niñez, habían quedado eclipsados por el horror de esta nueva realidad.

Nos subieron al tren sin otra cosa que la ropa que llevábamos puesta. Éramos más de los que podía contar, todos temblando, de frío, de miedo, de angustia...

Cuando llegamos aquí nevaba, y era una nieve extraña, gris. Nadie sabía dónde estábamos. Dudábamos de todo, del día y de la noche. Dudábamos de nosotros mismos y sobre todo, dudábamos de la propia naturaleza humana.

—¿Dónde estamos? —preguntó alguien.

—En Auschwitz.

Y durante estos días me ido formando mi propia definición de lo que es Auschwitz.

Hoy nos han dicho que tenemos que ducharnos, extraño gesto amable.

—A veces organizan duchas colectivas. —Me ha dicho una mujer, que parece que lleva más tiempo aquí.

Ojalá sea verdad. Estoy deseando sentir el agua otra vez. Ya no puedo recordar la última vez que me duché.

Las mujeres caminan despacio. Tanto que temo que no lleguen nunca.

Estamos en fila, delante de una puerta de hierro, grande y pesada, todas desnudas. ¿Para qué ponen una puerta así en unas duchas?

A nuestra espalda, un joven soldado nos apremia para que entremos. Su voz me resulta familiar, y por eso me giro, y al ver su cara vuelvo a mi infancia en Berlín. A las clases con la señorita Winter, las meriendas de galletas de mantequilla, y a ese beso robado esa última noche de invierno que puso fin a mi niñez.

—Mark. —Mi voz es apenas un susurro audible.

Él me mira con un gesto que no alcanzo a interpretar. Roza mi mano con las yemas de sus dedos, y yo le sonrío.

—Perdón, —le digo. Y sus ojos se llenan de lágrimas al tiempo que empuja la puerta de hierro.

\*\*\*

Mark

La imagen de la chica de ceniza hecha cenizas lleva persiguiéndome 60 años, en los que nunca he dejado de culparme por no haberla cogido de la mano y haberla sacado de ese horrible sitio, no hay día que no me culpe por no haber entrado ahí con ella. Nunca me perdonaré haberla dejado sola.

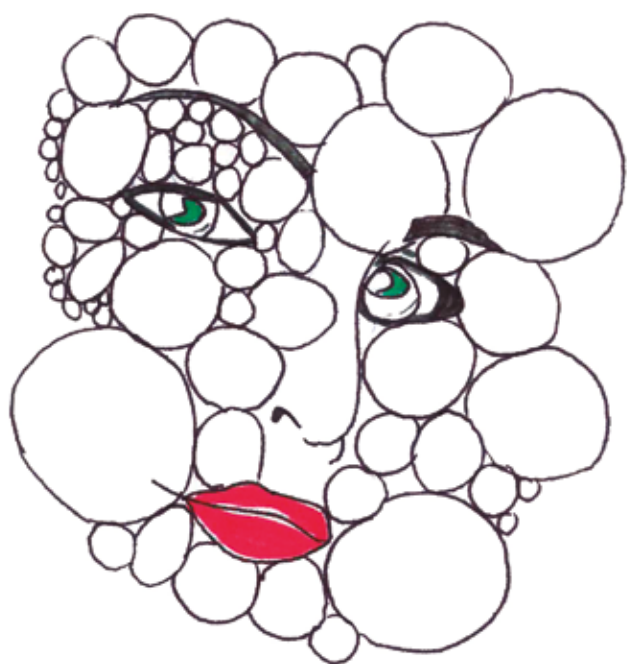
Tardé un tiempo en descifrar el significado de ese “perdón”, el perdón que yo creí que ella siempre me había debido, el perdón de ese primer día de clase en el que Greta cambió mi vida.

Y el perdón que yo nunca podré pedirle.

FIN







# El poder de la mujer invisible

*Aina Casals Pelegrí*

CUANDO SUSANA SE QUISO MIRAR al espejo sus profundas ojeras, después de una larga noche de insomnio pensando y pensando, en cómo se las apañaría para pagar el alquiler y la letra del calentador nuevo, se dio cuenta de que se había hecho toda ella invisible, del mismo modo como un día amaneció el comerciante Gregorio Samsa convertido en un enorme insecto. La única diferencia era que ella no pertenecía a ninguna obra de ficción de Kafka, ni al prototipo de la perfecta ama de casa del manual de la «misión» femenina, sino que era una mujer trabajadora, real, de carne y hueso, que seguía esforzándose cuando salía del despacho en aquella labor invisible que permite que funcione con eficacia un ambiente doméstico. O sea que regresaba en el autobús pensando que pronto ya no quedaría papel higiénico y que tenía que añadirlo a la lista de la compra, que debía pedir cita al podólogo porque ese uñero del pulgar e su hijo Alberto tenía mala pinta, que le faltaba pagar el impuesto de circulación del taxi de su marido, que necesitaba encontrar una bisagra para la nevera y renovar la subscripción del antivirus del ordenador que últimamente iba más lento que un desfile de cojos.

—¿Cómo voy a ir así al despacho del doctor Heredia? —pensó.

Dio un profundo respiro para no perder la poca calma que le quedaba, se lavó la cara y se fue a hacer un café para despejarse y sacarse tanta memez de la cabeza. Eso de tomarse los somníferos de la vecina por no perder ni un minuto de su tiempo en ir al médico no había sido, sin lugar a dudas, una buena idea.

—Soy idiota y no aprendo —se dijo—. ¡Qué vida tan perra la mía! Un día sí y otro también: limpia, friega, guisa, compra y vete a hacer despachos y luego sigue con la cena y pon la lavadora antes de las diez que si no se quejan los vecinos cuando centrifuga porque hace más ruido que un si fuera a despegar un avión a reacción. Porque a ver quién es el guapo que se puede permitir el lujo de comprar una nueva, como si no tuviera suficiente con llegar a final de mes.

Se hizo un segundo café y se dirigió al dormitorio para despertar a su marido que seguía durmiendo plácidamente y roncando como un troglodita en medio de la cama. Se fijó en su enorme barriga, medio desnuda. Tenía que ponerle a régimen y guisar menos potajes, comprarle un pijama y unos calzoncillos nuevos que, si le daba un jamacuco de los suyos, no quería volver a pasar tanta vergüenza como la última vez en la sala de urgencias. Luego se fijó en los pelos aceitosos y finos como alambres que le emergían de las fosas nasales y en las legañas de aquellos ojos seductores de los cuales ella se había enamorado hacía ya tanto tiempo que había perdido la cuenta de los años.

Le soltó algo parecido a un rebuzno, atrás habían quedado los dulces despertares con madalenas calentitas salidas del horno y un zumo de naranja recién exprimido. Luego se dirigió a la habitación de su hijo para propinarle un bramido matutino: “¡Arriba, Alberto!, o volverás a llegar tarde al instituto”.

Después, se sentó unos instantes en el taburete del pasillo y miró el reloj. Faltaban apenas tres minutos para las siete. El cucú-cucú del vecino, los ruidos de las otras cadenas de váter que se filtraban por el graven del baño y el motor del ascensor que subía y bajaba sin cesar a partir de aquellas horas de la mañana habían empezado a hacerse patentes. Pero aquellos sonidos del entramado cotidiano, que tan molestos le solían parecer, hoy no le resultaban tan desagradables. Tampoco le incomodó en demasía ver la ropa sucia de Alberto tirada al pie de la cama, ni las cinco o seis latas de cerveza vacías en la mesita del comedor, al lado de la bolsa vacía de cortezas.

Y Teodoro se despertó. Se tiró un largo y resonante eructo. A Susana le dio asco. Le daban asco los gases que expelía sin disi-

mulo alguno. En su casa de soltera esas cosas no eran bien vistas. “Bah, bah, se estará volviendo finolis la niña, como si no hubiera confianza y uno tuviera que andarse con remilgos a estas alturas”, se mofaba de ella. En más de una ocasión, comentarios como aquellos, además del orden y la limpieza, solían ser el motivo principal de sus discusiones. Aunque también lo eran la distribución de las tareas domésticas, la precaria economía familiar y su hijo Alberto quien finalmente, con veintitrés años y después de repetidos fracasos escolares, se había decidido a estudiar un curso de técnico en emergencias sanitarias.

Teodoro se rascó el trasero entre los cachetes. Abrió los ojos y se incorporó de la cama. Volvió a rascarse otra vez, mientras buscaba donde había dejado tiradas las zapatillas. Se las puso maquinalmente y se dirigió, medio sonámbulo, al lavabo. Susana escuchó el ruido de su marido orinando y lo imaginó meando, a propósito, fuera de la taza del váter y solo para que ella tuviera que limpiarlo. Después escuchó la cisterna y la voz de éste llamándola entre susurros.

—¿Sabes si tu madre ha salido ya a trabajar? —bostezó—. No recuerdo que me comentase nada anoche.

Susana le siguió traviesa hasta la cocina y luego al comedor. Se percató de que su camión también se había hecho invisible con ella y le pareció muy divertido y complaciente. No tendría que vestirse para salir a la calle, ni quitarse los rulos de la cabeza si no le apetecía. ¡Aún mejor!, no tendría que maquillarse con tres capas de corrector para disimular las malditas ojeras. Se puso justo enfrente de su marido y empezó a hacer muecas, guiñar los ojos y sacar la lengua. Teodoro cogió el móvil e hizo el ademán de mandarle un mensaje, pero recapacitó y volvió a dejar el teléfono sobre el bufet. Sabía que a Susana no le gustaba que la molestasen por cualquier tontería cuando estaba trabajando. “Le habrán salido algunos pisos extras para limpiar”, se conformó. Después, abrió la nevera, sacó el cartón de leche, miró hacia el dormitorio de su hijo y cuando comprobó que el chaval se había metido en la ducha, bebió un largo sorbo a morro del tetrabrik.

Había algo que no cuadraba, algo que tenía que ver en el grado de desorden y suciedad de la casa. Susana, incluso los días que

más madrugada, la dejaba ordenada y limpia como una patena, la nevera con las fiambreras llenas de comida guisada y el lavavajillas funcionando. Teodoro se comió compulsivamente dos madalenas y Susana también mordisqueó una delante de él. Las cosas que ella tocaba también desaparecían al entrar en contacto con cualquier parte de su cuerpo. Cayó entonces en la cuenta de que debía andar con cautela y no sentarse en el sofá de casa si Alberto o Teodoro estaban espachurrados a sus anchas, salvo que quisiera darles un susto de muerte.

Teodoro tenía ganas de mandarle un breve mensaje, aunque se esforzaba por no parecer un marido controlador. Sabía de sobras que había líneas que no debían cruzarse jamás. Él podía ser un marido poco comprometido con las tareas del hogar, pero para nada se consideraba el típico padre de familia autoritario. Tal vez pecaba de ser un poco pasota, pero confiaba plenamente en el proceder de Susana y por eso había ido declinando todas las decisiones, iniciativas e implicaciones en la buena marcha de la familia en manos de su mujer.

Finalmente se decidió: “Hoy llegaré sobre las tres, podemos comer juntos”, le escribió. El móvil de Susana, que descansaba sobre el aparador de la cocina, emitió su característico sonido de cuando recibía un mensaje. Teodoro lo escuchó y, extrañado, lo fue a buscar. Lo tocó unos instantes con sus dedos y se dio cuenta de que solo se desbloquearía con la huella digital de ella.

—Alberto, ¿seguro que no te comentó nada tu madre?

—No, papá. Ya te lo he dicho antes —gritó desde la ducha.

—Pues es que ha salido tan pitando de casa que hasta se ha olvidado el teléfono.

—No es la primera vez...—le respondió su hijo desde el otro lado de la puerta, mientras se secaba con la toalla.

Teodoro se sentó un momento en la butaca y encendió el televisor. Cambió varias veces de canal y cuando encontró las noticias se quiso quedar escuchándolas. Susana cogió el mando y presionó el botón de apagado en un acto reflejo. “¡Ostras!”, se llevó las manos a la cabeza a la vez que comprendía que había cosas que no podría hacer a partir de entonces. Teodoro se levantó y dio un

par de manotazos al televisor. Luego lo encendió y apagó repetidas veces y pensó que había sido un pequeño corte de electricidad. A menudo, como tenían contratada la potencia mínima, si se excedían encendiendo muchos aparatos a la vez, el diferencial se bajaba automáticamente y se quedaban sin luz. Entonces bastaba con desconectarlos y volver a pulsar el magnetotérmico.

—Hijo, vacía el lavavajillas y tira todas esas latas a la basura antes de salir para el instituto.

—Pero papá...

—Ni papá, ni leches. Yo me voy a pasar más de siete horas seguidas conduciendo y tu madre ha salido de madrugada. ¿O acaso crees que con mi trabajo de taxista te podríamos pagar tus estudios? Así que ni se te ocurra volver a protestar.

Padre e hijo abandonaron la casa. Susana quiso darse un baño, pero entonces recordó que los martes tocaba ir a limpiar el chalet de los Ramírez. Así que salió tan rápido como pudo, corrió para no perder el autobús y apenas llegó cinco minutos más tarde de la hora convenida. Afortunadamente tenía llaves y los Ramírez eran un matrimonio joven que no paraba casi nunca en casa. Adecentó todo en un santiamén. Pasó el aspirador, planchó los vestidos y las camisas que le habían dejado en el vestidor y no fue hasta que colgó la última percha cuando se percató de que los objetos invisibles a su tacto, recobraban su antigua apariencia con apenas soltarlos. Sonrió aliviada y miró el reloj. Había batido su récord y en menos de dos horas se había liquidado toda la faena. Tal vez fue por eso y porque sabía que si, por un casual, los dueños regresaban antes de la hora prevista, no la verían. Así que decidió darse un baño y relajarse en el jacuzzi. Luego se tomó una copa de vino y sacó un par de vestidos del altillo. La semana anterior había estado guardando la ropa de invierno y la señora le mandó retirar algunos modelos que habían quedado pasados de moda, según ella. Se los puso delante, apenas agarrados por el mango del colgador para que no desaparecieran a su tacto. El rojo le gustaba muchísimo y le recordaba a uno que llevaba una actriz de una telenovela famosa. Suspiró y deseó acariciarlo. Fue entonces cuando vio que las cosas que ella tocaba, si ella así lo deseaba, no desaparecían.

Le pareció algo terriblemente fantástico, además de muy ventajoso. “Si le pillo las botas de charol tampoco notará su falta, total nunca se las pone”, pronunció en voz alta, para ver si era capaz de escucharse. Pero como no acababa de discernir si lo que oía era la su pensamiento interior o el sonido que salía de su boca cogió el teléfono y pensó en grabar su voz. Para su desgracia, el aparato no captó sonido alguno, salvo una motocicleta del exterior.

Cuando regresó a casa le sorprendió encontrar a Teodoro conversando con la vecina de enfrente. La Vero era una mujer bien dispuesta a echar una mano en lo que hiciera falta. Teodoro tenía el semblante más trágico que ella nunca hubiese visto.

—Deberías dar parte a la policía. El mundo está lleno de asesinos psicópatas, hay muchos más de los que pensamos —le advirtió—. ¿No te has enterado de esa chica que llevaba desaparecida más de quinientos días y justo ahora dieron con el tipo que la secuestró?

—Ya, bueno...—empezó a sentir un ligero mareo.

Teodoro se decidió y llamó a la policía. Alberto se quedó a su lado, como para dar más peso a la declaración de su padre. Verónica fue a la cocina a preparar unas tilas. Susana la siguió y miró con recelo el pronunciado escote de la vecina. Luego, la mujer les sirvió el azúcar y se sentó al lado Teodoro. Él se quedó unos instantes embobado, cabizbajo, con la mirada perdida en la nada. Susana miró a su marido y creyó que esa nada eran las delanteras de la vecina, diez años más joven y lozana que ella. Sintió un arrebato de celos y pellizcó la barbilla de su marido, empujándola hacia atrás. Teodoro dio un bote al sentir el contacto. No comprendía aquel tacto, pero lo achacó a un tirón muscular por los nervios del momento. Susana le volvió a pellizcar, pero en esta ocasión quiso darle un tirón de orejas. El marido palideció y Susana tuvo que reprimirse la risa, porque dudó si tales sonidos podían ser susceptibles de ser escuchados.

Al poco rato acudieron un par de agentes a su casa, con una libreta para apuntar unas breves preguntas de rigor. Le confirmaron que habían llamado a todos los hospitales y no les constaba ningún ingreso que respondiera al perfil de su esposa. Luego le



preguntaron si habían discutido y otras cuestiones que incluso le incomodaron.

—Compréndalo, con la trágica cifra de casos de violencia de género que estamos viviendo hoy día, el primer sospechoso es el marido, o sea, usted.

—Eso es absurdo. ¿Creen que en tal caso les habría llamado...?

—¿Tiene idea del número de mujeres asesinadas por sus maridos en tan solo este año? —le inquirió la otra agente—. Lo siento, pero tendrá que presentarse en comisaría una vez a la semana.

De poco sirvió alegar que él estaba durmiendo cuando Susana desapareció. Tampoco le sirvió la coartada del hijo.

—Con todo el respecto a la autoridad que merecen —quiso intervenir la vecina—, pero en la peluquería me contaron el caso de una esposa que desapareció y él la encontró en Instagram viviendo con otro.

—Gracias, Verónica. Alegaciones como las tuyas seguro que son de gran ayuda. No sé qué haría yo sin una vecina como tú.

—¡Vamos, papá!, mejor ser un cornudo que un asesino, ¡digo, yo!

Los días posteriores a la extraña desaparición de Susana fueron de desconcierto y locura. La ropa sucia se amontonaba por los rincones y la nevera se fue vaciando hasta que no quedó nada en su interior. A Susana le costaba un esfuerzo ingente dejar la casa en aquel estado, pero sabía que no tenía más remedio que actuar como si no estuviera allí, todo el día limpiando y recogiendo las porquerías que los demás dejaban. Además, hubiera sido una estupidez por su parte dejar la casa como una patena cuando su hijo y su marido no estaban. Al menos, ahora que ella se había vuelto invisible, todas sus horas de dedicación altruista al hogar se habían hecho visibles, recapacitó.

Siguió acudiendo al despacho del doctor Alcántara y al chalet de los Rodríguez porque ninguno de los dos clientes conocía su paradero, nunca se cruzaba con ellos, cobraba el dinero en un sobre que le dejaban y cuando se presentó a ambos por primera vez, tuvo la ocurrencia de hacerse llamar Irene García, más por co-

querería que por cualquier otra razón. Le parecía un nombre más bonito y propio para una mujer que el apelativo que sus fallecidos padres le asignaron el día que nació. Eso sí, respetó el apellido, porque ella jamás había querido renunciar a su apellido de soltera. ¡Faltaría más!

Por la noche y cuando nadie la veía, ingresaba el dinero que ganaba en el cajero automático. Tiempo atrás había abierto una cuenta personal en el banco por si las moscas y por si se hartaba de aguantar la tiranía encubierta de un marido que pasaba de todo y que, con el paso de los años, se había ido desentendiendo de cualquier responsabilidad, por nimia que fuera.

“¡Y un cuerno me delegas las decisiones porque confías en mí! Cuando Alberto era pequeño lo llevabas al colegio en el taxi y jugabas con él, pero a medida que fue creciendo te fuiste despreocupando de sus problemas y necesidades. Luego dejaste de atenderme a mí, o tal vez esto fue al revés. No sé, pero al unísono fueron las tareas de hogar. No colaboras absolutamente en nada. Llegas a casa, te sientas en el sofá y conectas la tele. ¡Ah! Y esa es otra, cuando hay algún partido de fútbol no se te puede ni hablar. Además, he tenido que lidiar sola con nuestro hijo y llevarle al psicólogo cuando se deprimía porque suspendía casi todas las asignaturas. Nunca te encargaste de vigilar que anduviera con buenas compañías. Y mientras tú eras el padre guay que le dejaba hacer todo, yo era la madre cascarrabias que le controlaba y le obligaba a hacer deporte. Le llenabas la cabeza de ideas conformistas y le animabas a trabajar a medias contigo en el taxi. ¡Dios sabe lo que me costó que volviera a estudiar! Bueno, Dios y mis lumbalgias y dolores de cervicales, que los años no perdonan y las horas interminables de asistenta tampoco”, se lamentó antes de quedarse dormida acurrucada en el sofá.

En el fondo creyó que les vendría bien a los dos apañárselas solos. Pero contrariamente a lo que Susana había pensado, Teodoro no se puso a limpiar la casa, sino que aceptó la propuesta de la vecina, quien se avino a poner orden en aquella casa a cambio de una justa compensación económica.

—¿Y no podrías quedarte unas horas más? —Teodoro miró la

montaña de la ropa limpia apilada en su cama—. No tengo una sola camisa planchada que ponerme y aún me queda ir a comprar.

—Lo siento, estaba tan desordenado que he perdido mucho tiempo en recogerlo todo. ¿Por qué no haces la compra por internet y, mientras te lo traen, te animas con la plancha?, si es un momentito...—le respondió con un tono ostensiblemente amable y cierto retintín.

En aquel momento, el marido de Verónica llamó al timbre de la puerta. Teodoro le hizo pasar y le invitó a tomar una cerveza. El marido tenía aspecto de estar cansado. Teodoro temió que el vecino le montase una de esas escenas machistas, que si no tenía dos hijas en casa y un marido que la esperaban para cenar. Pero para su sorpresa, éste rechazó amablemente la cerveza. Alegó que estaba agotado porque había bañado a sus hijas mientras guisaba el rodaballo y un pastel de zanahorias para cenar. Teodoro le miró como si le hubieran dicho que los marcianos acababan de ocupar el edificio. Entonces, sin salir de su perplejidad, intentó ser cortés:

—Qué bien que ayudes a tu mujer.

—Yo no ayudo a mi mujer —aclaró—. En realidad, mi mujer no necesita de ayuda, ella tiene necesidad de un compañero. En casa colaboramos todos. Verás, yo no ayudo a mi mujer a limpiar la casa porque yo también vivo dentro y es necesario que también la limpie. Ni ayudo a mi mujer a cocinar porque yo también quiero comer y es necesario que yo también cocine. Y tampoco la ayudo con las niñas porque ellas también son mis hijas y es mi papel ser padre.

—Perdona el malentendido —intentó disculparse.

—No te preocupes, si tus cincuenta euros nos irán de maravilla para pagarnos unas clases de baile de salón. Vero no se decidía porque entre todos los gastos de la casa y el colegio..., pero gracias a ese dinerillo extra se ha animado. De veras, gracias a ti y cuando quieras, si no puede ella, yo te lo hago por el mismo precio —bromeó—. Además, los cristales se me dan de maravilla.

Teodoro cerró la puerta de casa desconcertado. A la inquietud, le siguió una sensación de extrañeza, incluso de malestar. Empezó a atar cabos y sospesó que tal vez se había pasado de cachazas y Susana se había hartado de su pachorra.

Pero para Susana también todo comenzó a ser distinto. Estaba y no estaba en la casa, acudía a sus respectivos trabajos, ingresaba el dinero en el cajero y escuchaba conversaciones que no le incumbían cuando se sentaba en el asiento delantero del taxi de su marido, los días que este tenía el turno de noche. Se arriesgaba a que pudieran sentarse encima de ella si no estaba a tiempo de salir zumbando antes de que entrase el cliente. Entraba a todos los sitios que le apetecía, leía el periódico del día, antes de que saliera de las imprentas, dormía en hoteles de lujo, iba al cine y al teatro e incluso en una ocasión se coló en una despedida de soltero para ver un espectáculo de striptease. Después, añoraba el calor del hogar y regresaba para besar la frente de su hijo dormido. Le dejaba cincuenta euros en la cartera y una propaganda de cursos de enfermería.

Entonces le remordía la conciencia y no hallaba la manera de hacerse una coraza que le protegiera el corazón. Echaba en falta la compañía de su hijo e incluso la de su marido. Le sucedía sobre todo cuando veía a Teodoro rastreando en el Instagram a altas horas de la madrugada. O cuando el hombre se resignaba a irse a la cama después de no haber descubierto nada, se quitaba la ropa, la ponía en la lavadora y miraba un retrato de ella que había puesto en la mesita de noche, aquella foto de la fiesta de final de curso de Alberto cuando acabó la primaria. Teodoro le había enseñado a montar en bicicleta y consiguieron regalarle una de segunda mano que compró a un cliente habitual suyo. En aquella fotografía ella no tenía ojeras y Teodoro lucía un poco menos de barriga. Los dos se veían más felices que en los últimos tiempos. Ella trabajaba en la gestoría y él no conducía por las noches.

Un día, mientras Teodoro tendía la ropa y Alberto preparaba unas tortillas, llamaron a la puerta. Su vecina venía a presentarles a una amiga de una prima segunda que había regresado de Venezuela y que necesitaba una habitación donde hospedarse. Había pensado que quizás les podría interesar a ellos. Teodoro, sorprendido, la hizo pasar mientras se disculpaba por su aspecto. Pero en el fondo se alegró de mostrarle la casa recogida, a su manera, pero sin botellas vacías de cerveza esparcidas por doquier o los platos

sucios apilados en la pica, pendientes de poner en el lavavajillas. También se sintió ufano de poder ofrecerle un café y unas galletas porque se había organizado con Alberto y los dos se habían repartido las compras de la casa. Ahora ya no se quedaban sin cerillas ni papel higiénico y siempre tenían pan de molde para desayunar.

La amiga resultó ser una mujer un poco entrada en carnes, pero de buen ver, muy risueña. Enseguida aceptó la invitación. Se llamaba Esmeralda. Susana se acercó a ella, olió su perfume y la escrutó de arriba abajo. Se fijó que tenía la manicura impecable y que lucía una larga melena recién teñida de pelirrojo, que bajo la luz de la lamparita se veía intensamente roja y brillante. Después, se dirigió hacia la cocina, donde Teodoro estaba preparando el café. Se fijó en aquellos ojos verdes que un día la sedujeron y allí, afeitado del día, con la camisa limpia que olía a suavizante y unos cuantos quilos de menos, le volvió a resultar tan atractivo como antaño. Cuando Teodoro dispuso la cafetera y las galletas encima de la bandeja se instauró un momento de silencio, como cuando pasa un ángel. Fue Esmeralda quien rompió el silencio explicando que, hasta que encontrase un trabajo fijo, nadie se avendría a alquilarle un apartamento. Luego le comentó que su amiga le había hablado de lo prudente y apañado que era su vecino de enfrente, es decir, él mismo. Susana se llevó las manos a la cabeza y sin querer tiró el perchero del pasillo. Alberto fue a ver de qué se trataba y cuando vio el perchero allí caído, lo volvió a levantar. El muchacho pensó que se había descompensado con el peso del abrigo de pieles falsas de la visita.

—No querría ser una molestia, pero yo les pagaría el alojamiento con mis servicios personales. Podría guisar y encargarme de las tareas de la casa y también sé hacer masajes. Además, solo regresaría por la noche porque en un principio he aceptado cuidar a un anciano durante todo el día.

La mujer se acomodó en el sofá y su falda ceñida quedó arremangada lo justo y lo necesario para acaparar la mirada de Teodoro. La mujer le brindó una cálida sonrisa. Susana la atravesó con la mirada. Estaba furiosa y dio un manotazo a la taza de

café que la mujer sostenía en la mano, derramándola encima de su blusa. Ésta hizo el ademán de retirársela ligeramente porque el café hirviendo le estaba quemando la piel. Alberto la auxilió rápidamente con una bayeta mojada que trajo de la cocina.

—Ya puedo yo sola, no te molestes, majo.

Por si no había quedado convencida de que en aquel lugar no era bien recibida, justo en el momento en que Esmeralda se incorporaba para llevar la bayeta a la cocina y secarse con un trapo, acompañada por Teodoro y de espaldas a éste, Susana le pellizcó el trasero. Luego hizo la zancadilla a Teodoro para que cayera encima de ella.

—Bueno, mañana le digo entonces. También me propusieron una habitación libre en una pensión cercana a la casa del anciano y tengo que sopesar el tiempo y el transporte.

Sofocada, cogió su abrigo de pieles falsas tan rápido como pudo y salió pitando como un perro que se aleja con la cola entre las piernas cuando escucha un petardo. Desde entonces, Susana dejó de asistir al teatro y al cine, y acompañaba a su marido a todas partes para no perderlo de vista. Se dio cuenta de que en el mercado las mujeres se lo quedaban mirando con desparpajo y que algunas clientas del taxi solían flirtear con él. Así que Susana se sentaba en el asiento de atrás y, si alguna de ellas se propasaba en un comentario que ella interpretaba como demasiado atrevido o provocativo, les propinaba un pisotón en la punta del pie o un pellizco desconcertante en la nuca. Asustadas mandaban detener el taxi en la siguiente esquina. Teodoro llegó a pensar que la gente, concretamente las mujeres jóvenes y de mediana edad se habían vuelto más histéricas de la cuenta y quiso achacarlo a la crisis y al estrés que ésta provocaba sobre ellas.

Susana también le quiso acompañar a la nueva peluquería oriental de enfrente de casa. Ahora él se acicalaba más y acudía a cortarse el pelo cada tres semanas. En un par de ocasiones, Teodoro vio como todos los esmaltes salían saltando por los aires cuando la peluquera le masajeaba la espalda. La dueña de la peluquería no le creyó y tuvo que hacerse cargo de los daños ocasionados y aguantar una buena bronca en el idioma mandarín. Era la manera

que Susana usaba para poner a raya a todas aquellas mujeres que se atrevían a coquetear con su marido.

Ciertamente Teodoro se cuidaba más, aparentaba más apuesto y se había ido apañando con la casa a media que pasaban los días. Se lustraba los zapatos y se había hecho un experto en los productos de limpieza del hogar y las ofertas del supermercado. Además, se había ocupado de matricular personalmente a su hijo en la escuela de enfermería, después de pasar más de siete horas haciendo cola para asegurarse la plaza. Susana había estado todo el rato a su lado y cuando él estiró los brazos para enderezarse, ella no pudo evitar la tentación de frotarle los hombros y besarle suavemente la mejilla. Teodoro tuvo una sensación que le provocó un escalofrío, pero que hacía mucho tiempo que no sentía y que le resultó muy agradable.

Lo amaba con toda el alma y con el cuerpo también. Deseaba abrazarle y estar con él. Teodoro sintió un nudo en el estómago cuando sacó la Visa de su cartera para pagar la matrícula de su hijo a plazos y encontró mil euros en la billetera. Fue como una revelación. Ellos seguían importándole a Susana y la mujer había entrado en la casa a hurtadillas para preocuparse por su bienestar. De regreso a casa quiso darse un baño para atemperarse un poco. Recordó los domingos de antaño, cuando Alberto apenas era un bebé y no tenían que vigilar el recibo del agua. Él y Susana solían darse largos baños con sales de lavanda. Luego se fue a la cama sin cenar. Alberto había quedado con unos amigos y él sentía una desazón que le había quitado el apetito. Susana se estiró a su lado y se abrazó a él. Teodoro creyó que soñaba con ella y que se amaban locamente como cuando aún eran novios.

—No sabes cuánto te echo de menos —balbuceó en un estado de ensueño—. No te imaginas las veces que me arrepentido por haberme dejado llevar, de mi comportamiento y de mi pasotismo despótico...—Susana se puso encima de él y Teodoro prosiguió musitando—: ¡Qué ciego he estado! Vendería mi alma al diablo para volver quince años atrás y tener una segunda oportunidad.

Susana se estremeció. Acaso ella también podría haber hecho algo al respecto para frenar las cosas a su debido tiempo, para

hacer visible su esfuerzo y su sobrecarga, dudó. Luego se ciñó al cuerpo de Teodoro con una fuerza inusitada y ansió recobrar la materialidad perdida. Y notó la mano de su marido acariciándole el cabello, los besos en su nuca y sus lágrimas en la mejilla.

—No necesito que me expliques nada, cariño. Sólo júrame que seremos socios en todo y que no volverás a desaparecer jamás.

Ella, al verse reflejada en el espejo del secreter, allí en la cama, en cuerpo y alma, abrazada a su marido, le respondió a sabiendas de que había promesas que se escapan al alcance de su cumplimiento:

—Lo juro, amor mío. Yo también te quiero.

FIN



# El mito de André Malraux y las ninfas de las artes

*Carlos Baldé Fernández*

ESCULPIDA POR PRECIOSÍSIMOS DIOSES, Calíope. Capullo marchito con nostalgia de florecer. Nada ha de nacer del mármol antaño celeste. Mas de sus escombros, de sus escombros surge la fuerza y la nobleza. Comunión de agua de su fuente de serenidad y luz de luna, luz tan pura como Su belleza, profana comunión extasiada en hiedra de caos y nenúfar de calma. Calma de Sus aguas ayer enturbiadas por uva y moneda.

El privilegio de Su plumada corona de erudición La hunde en la melancolía. Porque Sus padres ahora son meros testigos pasivos de Su eterna soledad. Aunque Ella también observa. Observa el tiempo pasar en gente eterna, que no sabe ni podrá saber lo que la eternidad es. Pero Ella tampoco se lo desea. Pequeñísimos dioses de barro que con su fuego se disputan lo impropio.

Sobre Sus serenas aguas se pierde el reflejo de lo ansiado. Libertad. Siempre al alcance de Sus dedos, eternamente inasequible. Qué es la libertad sino la belleza. Ser capaz de expresar y disfrutar belleza, belleza en todo lo tangible y arte en lo etéreo. Pues, ¿qué es el arte cuando nadie lo observa? Es un mero delirio de un soñador que juega a ser dios ante los ojos de almas infantiles, caprichosas por maná del fondo de la tierra.

Otrora motor de ilusión, ahora no es más que un águila de caza siempre con la caperuza puesta y con plumaje de plomo. Notación de brillo que declara la clausura sacra mancillada por recelo.

Y desde hace mucho las almas que La escrudiñan son ancianas y desesperanzadas. Recorren Sus dominios sin gracia, la perdieron en las llamas. No. No la perdieron, la usaron como la leña que dio sentido a sus monstruosas hogueras. Hogueras que profanaron Su sagrado confinamiento de cristal y plata.

Quería ser levantada frente al horizonte y, como una pluma flotar sujeta por la misma naturaleza, sentir el aliento de Su ancestral madre recorrer Su ser y escapar de la realidad. Y tanto como lo quería lo temía. Tal conexión consigo misma, la concesión de la ultimísima manumisión. Esperada epifanía que nunca llegará La llevará a encerrar todo Su ser, pero lo celestial no puede ser contenido. Pandora inconsciente, toda Su pena buscará invadir Su confinamiento y encontrará un resquicio añejo y lo tratará como una reliquia, una señal de aquello que se fue. Y la pena querrá dejar un mapa para aquel que quiera encontrarla por si fuera olvidada, un surco que nace de Su ojo y desaparece en Su mejilla.

Y entonces las rosa de Halfeti. Tan únicas y especiales. Del surco de Su tez brotó una lágrima, infinita y cristalina. Y bajo su arco iris desquebrajó la tierra la misma naturaleza en toda su gloria. Y, una a una, 13 rosas asistían a tan magnífico regalo, una a una acompañaban a la deidad. Son de Halfeti porque son más mediterráneas que el mar mismo, resistentes, afiladas espinas, llenas de dones y besadas por el sol. Virtuosas.

Y la deidad se deleitaba en su virtuosismo.

Y en Su deleite Ella encontraba libertad, y fue feliz. Lo fue por el más eterno instante finito jamás vivido. Pero solo bastan cuatro sementales, relinche de soberbia. Una a una cayeron las 13 de Halfeti, privando de sus dotes al mundo. Su primo de misma madre las cubrió una a una, y cuando los aurigas se retiraron a descansar se celebró en la gayola de hielo un funeral de reyes, por 13 reinas cuyos nombres no se borrarán de Su memoria.

Es adicta al amor. Todo vale cuando lo necesitas todo y no tienes nada. Fue el dolor una forma de amor, y es una forma de descubrir el amor. No. Ella ha sufrido y ha amado a la vez, y por las mismas razones, pero el dolor nace de lo corpóreo, superficial aun cuando ahonda. El amor, en cambio, nace allí donde lo hace

la pasión también. En un lecho en lo más profundo del océano y en la superficie del sol, vagando hasta unirse y hacer esa unión brillante. Y con el amor viene el miedo, natural y primario ante la imagen de una saeta que solo roza y deja un rasguño, que cuando cure y cicatrice no deje marca alguna en el recuerdo.

Locura pasional que llevó a la deidad a la más profunda inquietud, nunca había sentido la necesidad de rebajarse a arriesgarse por un imposible. La melancolía y aflicción del luto sacan lo más terrenal de aquellos eternos, y lo más divino de aquellos contingentes. Ella no es contingente y la pena la llevó a deshacerse, sujeta por el abrazo y la belleza de Sus hijos. Ella no es de este mundo, pero espera que este mundo la acoja, pues el Olimpo está en llamas y el Walhalla en ruinas, la tierra de las bestias es el nuevo campo donde se pugna la libertad.

León, guardián de estilo y liberación, ahora hiberna. Llegó a la gota perfecta cualquier otro día. Durante seis lunas no volvieron los candentes aurigas, el león guardaba de ellos. Y seis lunas pasaron, y el león miró a la deidad, y allí ella supo que siempre estarían juntos. Guardián de moda y desquite, llegaron los aurigas y el león batalló, con pétalos en los hocicos y valentía en la zarpa. Pero Deimos y Fobos lo fueron a visitar y dejaron a su divino padre la jaula volver a profanar. Sagrado confinamiento el león no puede vigilar, y solo con pétalos en los hocicos se retiró a dormir.

Golpes de pecho que producen eco solo en aquellos cuyas mentes son cuevas inexploradas. Magnífico ejercicio de espeleología que tiene que hacer aquel que pretenda pastorear la majada. Pero es que es tradición. Costumbres. Memoria motora que no exige esfuerzo o capacidad alguna. Coreografía ensayada que cambia a golpe de aliento y espada, al compás de un metrónomo escacharrado, el dum dum dum que gime la carne besada por la espada.

Madera, hierro, pan y papel. Madera, hierro, pan y papel. Maldita madera, maldito hierro, maldito pan, maldito papel. Fuente de deshonor y atrocidad. ¿Existe arte en aquello que destruye el arte mismo? Ella es la última de su especie, la última pobladora de su perfecta jaula. Jaula antes poblada por pasado y futuro, soledad

y agobio, vacío y plenitud. Todas criaturas perfectas hijas de los dioses, imperfectos dictadores. Dioses porque de su imperfección nace pureza, belleza y excelsitud, y dictadores porque someten a todo ser, toda criatura celestial bajo sus garras de tela.

Su trono está cubierto de cálamo, barbas y estandartes de Su símbolo de majestad. Trono de ébano erecto sobre ideas de cambio, esperanza e inconsistencia. Las ideas son inmensas. Se cuellan en lo más hondo del ser y jamás lo abandonan, solo se pulen o desquebrajan; se amoldan y juegan con ello manejándolo como inconscientes directores de orquesta. Agonizantes ideas de las que solo queda su sello socavado por la eternidad. A cada suspiro el trono se tambalea, y cuando caiga, que caerá, marcará el fin de una era de deidades y pureza.

Todo por mantener el sistema. Simbiosis perfecta, la nada por el todo, inopia por poder.

Menuda bendición el desconocimiento, y cuanto lo añoraba. Su corona tiene estandartes de oro y barbas de platino. Su corona es más pesada que el universo mismo, pues lo contiene en su integridad entre sus virginales espinas. El no saber no pesa, la inopia no es consciente de su propia existencia, bienaventurados los neonatos que tienen todo por saber y maldita sea su curiosidad.

Rota por dentro, Su rostro se muestra impasible, sereno. Nadie podrá romper Su careta, fundida ya hasta Su corazón, donde echa raíces, enmascarando Su propia verdad. Un corazón despedazado por el desasosiego. Las esquirlas han abierto heridas donde solo la nada solía habitar, y las raíces sostienen a los serafines espasmódicos, frágiles ante el cambio y la adversidad, mellados por el tiempo y agotados por la pena. Ellos han olvidado cómo ser jóvenes, y la vitalidad les ha abandonado. Sostienen una pulcrísima carga cada vez más pesada y vergonzosa. La vergüenza de una generación divina que destruye su propia casa y traiciona a su propia madre.

Calíope, guardiana de belleza, ve el mundo caer y golpear Su cabeza lanzando Su plumada corona a lo más hondo de Sus aguas. ¿Hay belleza en aquello que ha visto morir el arte mismo? Ahora sólo guarda la certeza de que sólo Ella ve el mundo de forma cristalina, y guardará este conocimiento hasta que nuevos dioses,

nacidos del rayo y la paz, vengan a reclamarlo. Con recelo Ella mostrará su desnuda y descarnada alma y se vaciará en canal aliviada de descargar su preciadísima carga. Trono desconcertado y guardián de la historia, Clío será por fin libre y ocupará Su lugar en una perfecta jaula de cristal acompañada de otras deidades tan eternas como Ella. Todas hijas de dioses imperfectos que con su agua buscan la armonía de una melodía que proviene del principio mismo.

FIN



# El mejor taxista del mundo

*Etna Miró Escobar*

CUANDO VIO A JULIETA a través de la ventana, con su bolsa negra de mano, de cuero, y un pañuelo secándose las lágrimas que le caían de los ojos, Toni no pudo hacer nada más que parar el taxi. Como buen profesional que era, no ofrecía sus servicios a quien no los pedía, pero la mancha triste que componía la muchacha en la acera, así como sus hombros caídos, de estatua contraída por el llanto, le hicieron detenerse.

Aquella chica necesitaba un taxi desesperadamente, intuyó Toni. No sabía por qué, pero tuvo la certeza de que así era. Bajó, pues, la ventanilla y se dirigió a ella:

—Señorita, ¿necesita un taxi? ¿Quiere que la lleve a algún sitio?

La joven se quedó perpleja. En señal de asombro, parpadeó varias veces hasta que la respuesta emergió de su boca, antes incluso de que le diera tiempo a preguntarse por qué subiría al taxi.

—Sí.

Ya con la pequeña bolsa a sus pies y el pañuelo, con sus iniciales bordadas, arrugado en un puño, Julieta aún estaba asimilando que se hallaba dentro del vehículo cuando Toni le preguntó a dónde iba.

—A cualquier sitio.

—¿Cómo que a cualquier sitio?

—Pues... a la playa, por ejemplo... Lo más cerca posible del mar...

Él pisó con suavidad el acelerador y se alejó presto del sitio. Presentía que Julieta acababa de vivir una pesadilla.

\*\*\*

Toni Huertas era, en el fondo, un soñador. Siempre había creído en los rescates aventurados y en las novelas de final feliz, aunque el destino parecía tenerle reservado un lugar mucho menos hiperbólico del deseado, mucho más prosaico: el de taxista joven en una ciudad donde había cientos como él. Sin embargo, Toni Huertas, a sus 30 años, no solo conducía como un experimentadísimo chófer, sino que había desarrollado, con el tiempo, un insólito sentido del olfato visual. En cuanto su mirada se posaba sobre un sujeto, sabía exactamente si la persona en cuestión quería o no un taxi.

No obstante, Toni Huertas atesoraba, también, cualidades mayores. Sin ni siquiera sospecharlo, su empatía le hubiera valido, probablemente, de haber existido la competición, el título de mejor taxista del continente, cuando no el de uno de los mejores jamás habidos. Fue gracias a ese don que, al divisar a Julieta, asustada y perdida, sintió inmediatamente que la podía ayudar. Y, pese a no conocerla de nada, su corazonada no le engañó.

\*\*\*

—¿Quiere que ponga un poco de música? —intentó romper el hielo mientras comprobaba maquinalmente cómo el taxímetro había subido desde la tarifa inicial.

—No hace falta, gracias —respondió una Julieta con los ojos aún enrojecidos por la pena.

—Insisto, la música es buena para los problemas. Un poco de música y el mundo se embellece, se viste de magia, se nos revela en estado puro.

—¿Es usted psicólogo? —la joven hizo un mohín a medio camino entre la ironía y la aflicción.

—No, soy taxista; concretamente, el taxista Toni Huertas Sánchez, y me gusta la música y la conversación.

Julieta, ahora sí, no pudo evitar un amago de sonrisa. El primero que, en mucho tiempo, se permitía.

—Mire, hágame caso. Un poco de música clásica y todos sus males desaparecerán —el conductor pulsó el botón de la radio y oyose, al instante, un evocador nocturno.



—Es una música maravillosa, pero no creo que mi mal vaya a curarse con tan solo un poco de Chopin... —balbuceó Julieta con las lágrimas, de nuevo, humedeciendo sus mejillas—. ¡Todo es de color negro!

Toni arrugó la frente cuando vio, por el retrovisor, la reacción de la joven. El sollozo iba in crescendo, al igual que el dramatismo de la pieza, y, con sus manos pequeñas y redondas, Julieta se tapaba el rostro para tratar de evitar la vergüenza que siempre produce que una persona ajena vea tu dolor en vena abierta.

—¡No llore, por favor! —pese a la atención que estaba deparando a su pasajera, el súbito cambio a rojo del semáforo no sorprendió a Toni y la rápida detención del vehículo apenas proyectó hacia adelante el cuerpo tembloroso de ella—. ¡Lo siento! ¡Vamos, no se apure! Todo tiene solución. Cuando era pequeño, mi madre me decía que no hay nada como una buena taza de chocolate para arreglar los disgustos. ¿Quiere que la lleve a una chocolatería? Conozco una que...

El llanto de Julieta se acrecentó.

—Mi madre también decía que, después de la lluvia, siempre sale el sol. Menos en Londres. En Londres, después de la lluvia, hay más lluvia. Yo nunca he estado en Londres, pero leí una guía donde...

—¡Llevo años viendo llover una y otra vez! ¡Yo ya no tengo sol!

—Escúcheme, por favor: no hay cosa más grave que la muerte y usted no está muerta. Todo lo otro, más o menos... —la luz verde del semáforo volvió a hacer su aparición y Toni arrancó de nuevo—. Mire, yo intento evitar normalmente hablar con mis clientes, porque, la verdad, la mayoría son bastante estirados y el resto, turistas que solo me alargan un papel con la dirección de su hotel... Mas usted es diferente, ¿sabe? Usted necesita hablar y yo eso lo noto, lo presiento. Y soy un taxista dispuesto a ayudarla. No he tenido una buena charla desde que leí la novela de...

—Se lo agradezco, pero soy un caso perdido. No se esfuerce.

—¡Pamplinas, a mí no me cuesta nada! ¿Cómo se llama?

—Julieta.

—¡Como Julieta Capuleto! Por suerte, usted no parece tan

alocada como para hacer lo mismo que hizo ella... ¡Eso ya es un motivo de alegría!

Julieta alzó la vista y observó los rasgos de Toni Huertas perfilados entre los edificios que se sucedían.

—Si supiera usted lo que me pasa...

—La cuestión es que solo hay un camino para liberarnos: contar nuestros problemas. ¿Puedo tutearte, verdad, Julieta Capuleto? Julieta dejó ir un suspiro. Quizás, se dijo, no era tan mala idea confiar en aquel insólito taxista. Al fin y al cabo, ¿quién era él? ¿Y quiénes eran ambos, sino dos náufragos más, extraviados en un embravecido mar de desorientados entes? ¿Y, a la postre, qué tenía de especial su historia como para no poder ser contada?

—Bien, te explicaré lo que me pasa. A lo mejor, entonces, me entenderás.

—Adelante. Tengo cinco kilómetros para escucharte.

Julieta se secó las lágrimas. Aparcó el miedo, suspiró y empezó a narrar lo que siempre había callado.

\*\*\*

A menudo, pienso que debería haberlo sabido desde el principio. Mas en los momentos dulces, esos matices no se aprecian. Son pequeñas cosas que vas pasando por alto; las adviertes, pero piensas que todo cambiará con el tiempo, con el amor.

Lo conocí en un congreso de Medicina y, en tan solo tres días, supimos que estábamos enamorados. Era el hombre con el que toda princesa de cuento de hadas sueña: inteligente, divertido, algo burlón, con los ojos más expresivos que jamás haya visto... Ahora lo veo: me perdí a mí misma. Desde ese mismo instante, apenas podía divisar más allá de su figura. Y, al poco de conocernos, nos fuimos a vivir juntos. Él me decía que yo era suya y yo, aunque pensaba que eso no era correcto, creía que así me expresaba su amor. Estaba segura de que sus palabras eran de lo más normal, de que todas las parejas se decían esas cosas, de que su lenguaje era totalmente inofensivo, de que esas frases cariñosas no podían hacer daño a nadie, de que el amor de verdad las incluía...

Nos casamos convencidos. Íbamos por el buen camino: formar una familia y permanecer uno al lado el resto de nuestras vidas.

Mas algo se torció.

Empezó a responderme escuetamente y, al poco, a hacerlo mal, a decir cosas que me herían. Pensé, entonces, que eran exageraciones mías, que debía estar cansado por las jornadas agotadoras del hospital, que únicamente atravesábamos una mala racha y que debía ser yo quien pusiera más paciencia y comprensión. En definitiva, nada nos iba mal: ni el trabajo, ni el dinero, ni los planes de futuro... ¿Cómo iba a permitir, por tanto, que esas minucias del día a día, esos roces, por habituales que fueran, lo estropearan todo? No obstante, sus noes, sus miradas de desdén que me hacían sentir como si hablara a las paredes, sus reproches infundados, su desprecio a mi trabajo, su rechazo a todo lo que yo proponía con entusiasmo devinieron constantes. Así, una mañana, me desperté, en una cama de matrimonio, con una alianza en el dedo, pensando que tal vez la juventud y la inocencia me habían jugado una mala pasada, que quizás no conocía suficientemente a quien llamaba mi marido. Sentíame ajena a mi propio cuerpo, a mi propia persona y a mis propias palabras. Y creí que, como tantas otras parejas, habíamos llegado a un punto de nuestras vidas en el que debíamos tomarnos un tiempo, un respiro, abrir un paréntesis.

Con suerte, un posterior reencuentro lo arreglaría todo.

Se lo propuse. Traté de explicarle que no me encontraba bien, que tenía la necesidad de tomarme unas semanas para aclarar mis ideas.

Y se desencadenó la tormenta. Sus ojos centelleaban de furia. Me cogió fuertemente del antebrazo, me arrinconó contra la pared y me advirtió en un tono que nunca olvidaré: «Eres mía, no te atrevas a alejarte. Jamás». Añadió que, si yo me iba, él se mataría. Esa noche, lloré tanto que pensé que me había quedado sin alma. ¿Por qué ese Roberto de ahora no tenía ya nada que ver con el Roberto del que yo me había enamorado? ¿Por qué le había cogido miedo? ¿Por qué, en lugar de responderle, de hacer frente a sus amenazas, las palabras se me habían atascado en la garganta?

Luego, trató de cambiar su actitud. Con frecuencia, me decía que su deber era protegerme, que lo hacía por nuestro bien y que yo lo era todo para él. Pero a la hora de la verdad, cuando

estaba a malas, me gritaba como si el solo hecho de compartir el aire conmigo fuera motivo de enfado. Además, nunca me permitía salir sin dejar señas de mi paradero y, cuando me ausentaba más de una hora, llamaba a mi móvil, desesperado. Al mismo tiempo, empezó a preguntarme ansiosamente por mi pasado, por mis antiguas parejas, por mis amigas, por los amigos de mis amigas... Tanto era así que, en ocasiones, cuando pensaba, descubría que una voz censora se colaba entre los resquicios de mi mente para advertirme que aquello a Roberto no le gustaría. Portaba ya su intimidación en mi seno.

Pensé en hablar con mis amigas y mis padres sobre la situación que vivía. Claro está, no creía que aquello fuera ningún maltrato. El maltrato siempre parece otra cosa, ¿verdad? Cuando me preguntaban por Roberto y por mí, la única respuesta que salía de mi pecho era que estábamos bien. Mentiras; escupía mentira tras mentira sin apenas molestarme a considerarlas. En el fondo, tenía miedo de que creyeran que era una exagerada, una fabuladora, una histérica; miedo de que pensarán que me inventaba los hechos, que solo se trataba de una rabieta de niña consentida. Teníamos amigos, dinero, trabajo... ¿tan malo era, entonces, lo que sucedía como para renunciar a esa cómoda estabilidad? Me debatía en esas encrucijadas y no tenía claro nada, no veía más allá de un impenetrable muro de temor.

«Roberto, no sé cómo hemos llegado a esta situación, pero no la soporto...»

Él me dirigió una mirada tan helada, que, en ese instante, me di cuenta de que, durante meses, Roberto había tejido una red en la que, sin advertirlo, me había ido envolviendo. Y, ahora que lo percibía, me sentía atrapada bajo sus conminaciones, no veía escapatoria. Todo, a mi alrededor, se había tornado oscuro, espantoso, sin esperanza.

Esta mañana, cuando volví de la guardia nocturna del hospital, mientras me depilaba las piernas, me hice un corte sin querer. La sangre brotaba y, no obstante, allí estaba yo, sin hacer nada para pararla. El líquido seguía fluyendo. Entonces, me dije que ya era suficiente, que debía hacer algo, que había llegado la hora de dar

un golpe sobre la mesa. Sin pensarlo más, cogí la bolsa de mano; metí, en ella, con manos temblorosas, lo poco que pude agarrar de un zarpazo y bajé corriendo las escaleras. Mas, al llegar a la acera y ver tanto ajetreo a mi alrededor, me agobié, resté inmóvil, y empecé a verter lágrimas como un bebé desconsolado.

Fue justo en ese instante que me encontraste. Llorando, sin saber qué hacer; sintiendo, aún, el reciente corte en la pierna. No encuentro solución... Me he escapado de casa y ahora todo me parece una montaña. ¿Y si he hecho mal? Las dudas empiezan a ganarle la partida a mi sentido común y lo que, hace unas horas, veía como un acto de liberación ahora empieza a saberme a condena... ¿Y si él me busca? ¿Y si no eran simples amenazas? ¡Acaso no debería haber marchado!

No puedo dejar de sentirme culpable. Debería haber sabido que Roberto tenía ese carácter, debería haber sabido más de él, debería haber reparado en aquellos pequeños signos... Y ya solo sé llorar, ¡pero no solo de desconsuelo, sino también de rabia!

Lo peor de todo es que si no me hubieras ofrecido tu taxi, si no me hubieras invitado a subir a él, a estas horas, seguramente ya hubiera vuelto a casa. No, no hubiera sido capaz de ir más allá de aquella acera donde me hallaste. La telaraña en la que me tiene prisionera Roberto —tan invisible a los ojos de los demás— es, para mí, una cárcel de gruesos barrotes.

Y sigo sin saber qué hacer. No sé qué va a ser de mí. Lo que sí, ahora, tengo claro es que no quiero volver a verle, que quiero salir del pozo negro donde he caído, mas late la angustia en mi corazón de pensar que quizás la sima es demasiado profunda para permitir la huida...

\*\*\*

Las manos de Toni, blancas a fuer de apretar el volante, se hallaban en coherencia con sus maxilares, fuertemente cerrados, y su ceño, fruncido por la indignación.

—¡Ninguna persona merece que nadie le haga eso!

Aparcó junto a la línea de playa y cerró el contacto del motor.

—Julietta Capuleto, no puedes seguir así. No tienes la culpa de

que un ser despreciable te haya maltratado. Te voy a ayudar, ¡claro que sí! ¡Para algo ha de servirme ser taxista! ¡Voy a ayudarte todo lo que pueda! No tengas miedo, ya no estás con él. Si hace falta, te quedas a dormir en el taxi hasta que consigamos una orden de alejamiento o, ¡qué sé yo! Ya no estás sola.

Julieta abrió los ojos sorprendida.

—¿Por qué haces esto, Toni Huertas?

—¿Y por qué no debería hacerlo?

Julieta y él sonrieron al unísono. Sus ojos se encontraron y ella halló, en los de él, un bote salvavidas, mientras que él hallaba, en los de ella, el miedo del que quería rescatarla.

—Ah, y no hace falta que pagues la carrera. Es una cortesía del taxista.

—Gracias. Te lo agradezco tanto que no sé cómo...

—Invítame a un chocolate. Insisto: mi madre decía que quita todos los males.

Julieta rió con entusiasmo mientras el color retornaba a sus mejillas y las chispas reaparecían en sus ojos, achinados, por fin, en una mueca de diversión.

En ese mismo instante, el móvil de Julieta irrumpió en escena.

Tan pronto como vio la pantalla iluminada, el rostro de la joven adquirió el tono ceniciento de un papel sin intención de ser dibujado. Una mano cubrió sus labios entreabiertos, de los que había emanado un respingo.

—Es él.

La música de la llamada seguía sonando, acuciante, impasible a la turbación.

—¿Qué hago? —el dedo de Julieta, destinado a descolgar, temblaba, cada vez más, a medida que se aproximaba a la pantalla.

—¡No! —exclamó Toni, finalmente, de manera cortante.

Y, justo en el momento en el que, vencida su voluntad, ella iba a apretar el botón para responder, el taxista, con un gesto rápido de su mano, apretó el de ignorar. La joven, aún perpleja por los reflejos de él, no reaccionó. Sus ojos, atónitos, seguían fijos en la pantalla, fundida ya a negro.

—Ya no eres más su prisionera —sentenció Toni y, en su cabe-

za, aquellas palabras sonaron como trompetas de júbilo épico.

Y Julieta supo que, en ese taxi, había recuperado un pequeño trocito de sí misma de los que Roberto había ido esparciendo por el mundo. ¿Dónde estarían los demás? Lo ignoraba, pero intuyó que, poco a poco, con paciencia y tropiezos, con aciertos y errores, con amor desinteresado y comprensión, y con valor y firmeza de voluntad para superar el miedo, los iría recobrando. Y supo, asimismo, que, cuando hubiera recuperado su vida, se acordaría de aquel taxista que le había ofrecido su vehículo en el momento justo que ella lo necesitaba; recordaría a Toni Huertas, el mejor taxista del mundo.

—Vamos a por ese chocolate, Toni.

FIN





# CATEGORÍA ESPECIAL



# Ponte en la fila

*Carlos Marín Sanz*

-PONTE EN LA FILA.

Me quedé atónito.

-¿Por qué?-pregunté.

-Te van a dar el pésame- mi madre contestó con una naturalidad que me desarmó.

-¿Quién me va a dar el pésame?

-La gente que ha venido.

-No me conocen- pensé, triunfante, que con tal argumento, quedaría exento de ponerme en la fila.

Observé cómo mis tíos, primos y otros hombres que no conocía, se alineaban pausadamente a la salida del cementerio. Ya me alejaba, con cierta discreción, cuando mi madre, a mis espaldas, me volvió a advertir, esta vez con tono más serio.

-Ponte en la fila.

Quien nos había dejado, era mi abuelo; el padre de mi madre. De modo que no quise importunar más y obedecí, no sin cierta mala gana. Me coloqué el último de la fila. En ese momento, comenzaba la procesión de asistentes al entierro, dando la mano, uno por uno, a todos los hombres que esperábamos en perfecta formación. Y uno por uno, fui recibiendo un apretón de manos de toda aquella gente. Todos musitaban algo parecido a un “lo siento mucho” y continuaban su camino, la mayoría con la cabeza baja. Alguno, para mi sorpresa, me daba unas palmadas en el moflete, y me llamaba por mi nombre; pero no por mi nombre

de adulto, sino por el apelativo cariñoso que empleaba mi abuelo conmigo. Un señor con boina calada, ya octogenario, me preguntó si recordaba su burro, en el que me montaba mi abuelo cuando era pequeño.

-Claro que lo recuerdo, qué alegría verle – mentí. La verdad es que recordaba a mi abuelo, siendo yo muy pequeño, montándome en un pequeño burro pardo, atado dentro de un corral repleto de gallinas. Es uno de esos recuerdos gratos que a uno se le quedan grabados en la memoria. Pero no recuerdo al señor que, al parecer, era propietario del burro.

Terminado el besamanos,- la mía debió ser estrujada por más de un centenar de hombres y mujeres, casi todos de considerable edad- pregunté a mi madre porqué en la fila de los que iban a recibir la salutación multitudinaria, sólo había hombres.

-Es la costumbre.

-¿Es costumbre que sólo se dé el pésame a los hombres?

-Sí- mi madre tenía tal convicción, que no me sentía capaz de rebatir unos argumentos tan poderosos.

-Pues podría darse el pésame también a las mujeres, digo yo: por ejemplo a ti, que eres hija del abuelo, y nadie del pueblo se ha acercado a decirte nada.

-Ya, pero....

Y echó a andar, como si tal cosa.

Ya por la mañana, cuando llegamos al pueblo para el entierro, me había quedado sorprendido al ver que el coche fúnebre, seguido por toda la comitiva de vehículos que veníamos desde Madrid, no atravesaba el pueblo para llegar hasta el cementerio, que distaba algo menos de dos kilómetros, sino que paraba... ¡en la plaza del ayuntamiento! Y allí se quedó, esperando pacientemente a que los ocupantes de los demás coches, cargados de hijos e hijas, nietos y nietas, nueras y yernos, fuéramos arremolinándonos alrededor del largo Mercedes negro, con aquellas cortinas tan tétricas. Una vez reunidos todos, y ya con la plaza principal del pueblo llena de conocidos y familiares de mi abuelo, y supongo que más de un curioso que se acercaba para enterarse de quién era el óbito, el funcionario sacó el ataúd.

Mi referencia, en el pueblo, siempre es mi madre; mi padre es urbano, aunque conoce de sobra las tradiciones de la comarca. De modo que le pregunté:

-¿Porqué no vamos al cementerio?

-Vamos a ir andando.

A esas alturas del día, supongo que mi madre aún tenía paciencia conmigo, como para explicarme cómo son las cosas en el pueblo.

-Ahora iremos caminando hasta el cementerio con toda la familia del pueblo y las amistades del abuelo.

No había terminado aún la frase, cuando se acercó hacia mí uno de mis tíos mayores, hermano de mi madre, junto con mi padre, y me preguntó si deseaba ayudar a llevar el ataúd.

-Nos viene bien gente joven, alguno de tus primos y tú, aguantaréis mejor el trayecto que nosotros.

Se trataba de mi abuelo, de modo que asentí gustoso. Mi padre me acompañó hasta el coche fúnebre, donde ya estaban tres primos míos, el más mayor de mis tíos, y el más joven. Tal como había intuido, llevar el ataúd era una expresión literal. A hombros. Entre seis hombres. Ocupé mi posición en el medio, algo aterro- rizado: temía ver rodar a mi abuelo por la cuneta de la carretera, en cualquier punto de los más de mil quinientos metros que teníamos que recorrer. No cabía ninguna duda de que ninguno de nosotros teníamos experiencia alguna en portar ataúdes con los hombros.

No obstante, ahora pienso que tuve suerte: era el de menor estatura de los seis portadores, y para no desequilibrar al pobre abuelo, me pusieron en el medio. De modo que la mayor parte del peso lo cargaban mis primos y tíos, y a mí apenas me apoyaba el féretro en el hombro. Pienso que estaba ahí más por seguridad –un punto más de apoyo– que por músculo, que por otro lado nunca ha sido mi punto más fuerte. Aún así, llegué rendido hasta el camposanto. Miré de soslayo a mis compañeros de fati- gas, quienes no mostraban mayor signo de cansancio. Ni siquiera gotas de sudor en su frente. Me acerqué hasta uno de mis primos, y le pregunté si le había resultado costoso.

-Hombre, un poco sí –contestó, pero sin dar muestras de fatiga, ni siquiera una respiración levemente entrecortada por el esfuerzo.

Tras salir del entierro, y ya de vuelta al pueblo –naturalmente, andando- yo iba con mis padres y mi hermana. Fuimos cruzando conversaciones con unos y con otros, sobre todo familiares de mi madre, que se acercaban a saludarla con mucho afecto, y mis padres correspondían alegrándose de poder ver y saludar a unos y otros, aunque la razón fuese dolorosa. Era reencontrarse con su infancia; y para mí debía ser también así, pero por alguna razón, tenía casi completamente olvidados nombres y rostros que me habían acompañado en algunos veranos de mi niñez.

Entramos en la Iglesia Mayor, bellísima construcción del siglo XVI, con retablo del XVIII, profanada en el XX, y reconstruida algunos lustros después con muy pocos recursos. Mi padre se paró a saludar a alguien, no recuerdo a quién, y yo entré en el templo con mi madre y mi hermana. Ocupamos uno de los bancos de la nave, a la izquierda del altar. Fue entrando gente, unos tras otros. De alguna manera, me sentía observado. Miré a mi alrededor: tíos, primos, tías, primas, gente del lugar, el sacerdote revestido que esperaba ante el altar... todos iban entrando y ocupando bancos. Mi padre había entrado con dos de mis tíos, y se instaló al otro lado de la nave central. Entonces me di cuenta. Ya sabía por qué me sentía observado. Era el único varón del lado izquierdo. ¿Otra vez? Miré a mi madre y mi hermana con asombro. Mi hermana trataba de contener la risa, mi madre, aun sería por las circunstancias dolorosas para ella, también sonreía.

-Ya me podías haber avisado- recriminé a mi hermana, quien siempre, en nuestras conversaciones en la ciudad, da muestras de conocer muchos más detalles característicos de la vida en el pueblo de los que yo soy capaz.

-Pues no me pienso cambiar de lado, menudo corte. Aquí me quedo.

-Haz lo que quieras- mi hermana se estaba divirtiendo de lo lindo.

Terminó la Misa, salimos de la Iglesia. Se acercaba la hora de la comida, y todos los familiares directos nos reuniríamos en un restaurante del pueblo, propiedad de una prima de mi madre. Naturalmente, estaba muy cerca, de modo que fuimos todos caminando desde Santa María. El trayecto duró más de lo previsto, porque las paradas a saludar gente eran constantes. No se trataba, ya, de saludos de cortesía, como en el cementerio. No de frases hechas. Ahora eran conversaciones que revelaban cariño y amistad de nueve décadas. Amigos de la infancia de mi abuelo, gente ya muy mayor; sus descendientes, amigos de la infancia de mi madre y mis tíos; y los descendientes de los descendientes, amigos de la infancia de algunos de mis primos, con mucho arraigo en el pueblo; aunque ya ninguno de nosotros, de esta tercera generación, vivíamos ni habíamos nacido allí. Revelaban un conocimiento profundo de las situaciones y problemas y felicidades grandes o pequeñas de mi familia. Y la contrapartida de los míos no era muy distinta. Se hablaban como si ayer por la tarde hubiesen estado tomando unos vinos y charlando, como cada día. Pero algunos hacía años que no se veían. Yo me sentí un poco incómodo, no me gustaba la sensación de ser el único que no conocía a la gente que con tanto cariño se dirigía a mí, como en el cementerio. Por mi nombre, nadie dudaba: sabían perfectamente quién era yo. Una señora sesentona muy simpática, de cara sonrosada, me dio un abrazo que por poco me rompe en dos y me plantó dos sonoros besos, uno por mejilla, antes de contarme a voz en grito una colección de trastadas que, al parecer, había perpetrado yo antes de ser consciente de mí mismo. Mi padre, entre risas, las iba corroborando una tras otra. Lo de la rana que metí en el cuarto de baño; lo de la Bultaco de ciento veinticinco, del hijo del Alcalde, que tiré al suelo intentando subirme a ella; lo de... algunas las conocía por mis padres y mi hermana, otras resultaban inéditas. Aquella señora me quería de verdad. Y yo no sabía ni su nombre.

-¿Y la novia aquella que tenías? ¿No ha venido?-Preguntó, indiscretamente.

-Tenía... tú lo has dicho...

Parecía que no hubiera nada que aquella mujer no supiera.

La comida: copiosa, generosa, castellana. Regada con vino pobre, que se bebe con más gusto que esas botellas exclusivamente seleccionadas de los restaurantes de la ciudad. Sin liturgia, pero con raíces.

-¡Bébetelo otro vaso, coño, que es vino de aquí!- me interpelaba el camarero, escaso de diplomacia. Amor y respeto por lo propio, orgullo de pertenencia.

Llegados a los postres, miré a mi madre. Porque un recuerdo que sí conservo nítido de los veranos de hace ya tanto tiempo, es el pijama. Ese postre que consiste en poner, a la vez, todos los postres de la carta en un mismo plato. Nos poníamos morados. Con algunos primos, nos pusimos de acuerdo para pedir un pijama para varios. Ninguno de nosotros, urbanitas, no habituados a jornadas eternas de trabajo duro en el campo, somos capaces de digerir tal cantidad de dulce, tras un enorme asado.

Llegado el café, salí de la larga mesa en forma de L en la que estábamos todos sentados, y fui a la barra. Allí, sonriente, la propietaria del restaurante, como si llevase treinta años esperándome.

-No apareces nunca por aquí.

-La verdad es que no; pero prometo volver con frecuencia, si siempre me vas a dar de comer así. El cordero estaba riquísimo.

-¿No piensas casarte? – lo directo de la pregunta me incomodó.

-De momento, no.

-Anda que no pasabas tú tiempo con la Marieta, os llevabais fenomenal y sigue soltera. ¡Oye! ¡Y está tan guapa como tú!

-¡Tía!- me escandalicé. Luego me sinceré- La verdad es que no me he planteado casarme. Son otros tiempos, no creo que fuera capaz de atender a una familia como lo hacíais antes.

-Muchacho: lo importante es lo importante. Llegar más o menos lejos en tu trabajo no lo es tanto. Te mandaron a la Universidad, o sea, que listo, debes ser un rato listo. Deberías saber que una buena mujer es lo más importante en la vida. Eso, y tener hijos.

-Fui a la Universidad, la terminé y punto. No sé muy bien de qué me sirvió. Para trabajar un montón de horas en un trabajo que no me gusta, ganar el dinero justo, y poco más – contesté con una naturalidad que me desconcertó.



La conversación se metía en el mundo de mi intimidad, que pocas veces dejo ver.

-O sea, que listo, igual no lo soy tanto.

-¡No seas triste! ¿Tú sabías que mi marido, que en paz descansase, vendió las tierras que tenía, que no le dejaban malas rentas, para quedarse conmigo en el restaurante? Y eso que entonces, esto era una fonda de mala muerte. Oye, aprendió un nuevo oficio, tiró p'adelante, y entre los dos convertimos aquello en esto que hoy ves. ¿Y sabes por qué lo hizo? Porque quería casarse conmigo.

Con disimulo, para no parecer maleducado, miré la pantalla de mi móvil. Varias notificaciones de mensajes recibidos. Caí en la cuenta, no había mirado el aparato desde antes de comer. Volví a meterlo en el bolsillo. Mi tía segunda continuaba.

-Claro, que yo le decía que no, que era muy feo, que no quería casarme con uno del pueblo, todos con sabañones en las manos, pero él insistía, así que, ¿cómo le decía que no me casaba con él? Si era un hombre bueno, muy bueno. Cuarenta años casados, y nunca he sentido que estuviera sola. Cada mañana venía bien temprano a abrir el bar; nunca lo dijo, pero yo sé que lo hacía por mí, para que descansara más y cuando salía ya tenía el desayuno preparado. Oye, pero no creas, que tenía sus cosas, como todos. Anda que no le he echado broncas por no ser capaz de decirme nada bonito. En cuatro décadas, ni un piropo. Pero él no decía: hacía.

Mientras daba vueltas a la cucharilla para disolver el azúcar, hablamos de las relaciones que mantenían entre los miembros de la familia. No comprendía lo que me parecía un gusto pueblerino por conocer al detalle la vida de los demás; aunque no lo expresé así. Tampoco podía imaginar los métodos utilizados para disponer de tanta información sobre familiares que vivían lejos y a los que no veían prácticamente nunca.

-Pues hablando. Cómo va a ser. Si no podéis venir, yo llamo a tu madre y a tus tíos, o ellos a mí, y nos contamos todo. Hora y media de teléfono, cada vez.

Me lo creí, viendo su verborrea inagotable.

-Y si no soy yo, pues algún otro de la familia. Y luego nos lo contamos aquí, y así, en la lejanía, nos sentimos cerca unos de otros. Aunque nos veamos poco, pero cuando podemos hacerlo, es una fiesta. Mira hoy y eso que estamos enterrando al tío –se refería a mi abuelo.

Pensaba, mientras me contaba esto, en lo cómodas que son las nuevas tecnologías; de todo lo que ocurre, te puedes enterar al instante, sin moverte de donde estás.

-Ya ves que tenemos que cuidar a los que queremos. Que no tenemos otros.

-Si es que la vida es muy complicada -me defendí. ¿De qué me defendía?- A mis padres y a mi hermana sí les visito, claro. Pero por lo que se refiere a los primos, nunca encontramos el momento de vernos. Y eso que tenemos un grupo y nos mandamos mensajes. Pero quedar y vernos... eso es más difícil.

-Visitar... quedar... Aquí, de toda la vida, mis hermanos, mis sobrinos, vienen a comer sin avisar ni nada. Tus padres, antes, también. No vienen a hacer la visita: vienen a estar con los suyos, que es lo que tiene que ser. A pasar tiempo juntos.

Definitivamente, me estaba regañando. Sonriendo, le dije que tenía toda la razón. Me preguntaba si estaría en lo cierto. Apuré el café, y volví a la mesa. Nuevos clientes requerían la atención de la tía.

-Mamá, ¿tú cuando hablas con la familia del pueblo?

-Buf, muchas veces. Todos los años llamo al menos dos veces a mis primos, y a mis tías todos los meses. Y en Navidad no falta, seguro, una carta.

Me pregunté dónde estaba yo, cuando llegaban esas cartas, o cuando sonaba el teléfono del salón. Y pensé en la última vez que apareciera de improviso por casa de mi hermana, o de mis padres, simplemente porque pasaba por allí. Más bien: quizá no lo he hecho nunca. Pero conozco a mis padres. Nunca lo había visto así, pero no me cabe duda de que, si lo hiciera, habría comida preparada para poner un plato en la mesa en cuestión de segundos. ¿Mala cara? En absoluto. ¿Y yo? Me he habituado a vivir solo. Hago las

cosas a mi manera –de pronto, me sentí viejo: rutinas, ¿o quizás manías?

Salimos todos del restaurante. ¿Quién pagaría la cuenta? Miré mi móvil. Decenas de mensajes sin leer. Volví a meterlo en el bolsillo. La sesión de abrazos, besos y deseos de vernos más, apurando conversaciones, se prolongó más de media hora. Me acerqué a mi tía, con su mandil y su sonrisa interminable. La abracé largamente.

-Gracias, tía -me dio un cachete y se fue a despedir al resto.

Me monté en mi pequeño coche. Por la mañana vine solo. Ahora, en el asiento del copiloto: una bolsa de garbanzos, una docena de huevos “con sabor a huevo, no esa porquería que os tomáis en la ciudad”, un tarro de miel, y tres ensaimadas con cabello de ángel que el pastelero hace como nadie. Antes de ponerme en marcha, me dispuse a echar un vistazo a los mensajes del móvil. El grupo del fútbol. El grupo de compañeros de la oficina. El grupo de la Universidad. El grupo de solteros. No leí ninguno. Alguien me había mandado un vídeo. Contesté: “¡Qué bueno!”. No lo descargué. Ningún mensaje en el grupo de primos.

Arranqué, y salí despacio por las calles del pueblo. Aún saludé con la mano a alguna persona que me despedía desde la calle. En el curveo de la subida del puerto, se podía divisar el conjunto del pueblo, prácticamente desde todos los ángulos. En todos ellos, se veía la gloria de tiempos pasados, y se adivinaban leyendas en cada trozo de muralla; siglos de tradiciones, sagas familiares que Dios sabe cuándo arrancaban. Dramas, ruinas y renacimientos. Podía percibir aún el olor tan característico de la leña, del ganado, de los silos de grano. Quizá lo llevaba impregnado en la ropa. A lo mejor lo llevo impregnado en mi propia historia. En la de mi familia.

Ya en la carretera nacional, pensé en Belén y en el tiempo que pasamos juntos. Puede que fueran los mejores momentos de mi vida. ¿Lo fueron? Sin duda, ésta habría sido distinta de haberme casado con ella. Cinco años ya desde que la dejé. ¿Qué pasó? Es posible que por miedo; la verdad: no lo sé. Nos iba bien. En

cualquier caso, hoy Belén y nuestra frustrada relación habían sido puestas en primer plano, ahora que había conseguido arrinconarlas en el fondo de la memoria. Pero esa manía del pueblo de rascar en las vidas ajenas, había reabierto la herida. Es más, descubrí en ese momento que tenía una cicatriz mal curada. Pensé en lo que decía mi abuelo, cuando me caía y me dañaba las rodillas: “estáte quieto, que para curar las heridas, hay que limpiarlas bien y eso duele”. A mí me estaba doliendo ahora. La muerte del abuelo había dejado en evidencia que vivía permanentemente protegido por una coraza de... ¿de qué? de indiferencia; de nada. Las relaciones que había tenido después de Belén, duraban lo que duran tres cenas románticas. Todo mi mundo de relaciones transcurre a la defensiva. Abrir las puertas de mi casa a cualquiera que quiera venir; visitar a las personas que me importan; charlar a corazón abierto, me es tan ajeno como separar a los hombres y las mujeres en la iglesia, o recibir el pésame, como varón, por parte de todo el pueblo.

Esa noche, me preparé la cena: sustituí la sopa oriental precocinada, por una tortilla de tres huevos que sabía a gloria. En la televisión, un resumen de la jornada de liga. La apagué. Cogí el móvil, y lo estuve mirando, indeciso, unos minutos. Finalmente, temeroso, pulsé la tecla de llamada.  
-¿Belén?

FIN

# Los sueños del abuelo

*José Luis del Campo Aparicio*

FERNANDO UN DÍA DEJÓ DE SOÑAR, y eso parecía grave. Tanto que su madre decidió llevarle al médico. ¿Cómo podría volver a conseguirlo? –preguntó preocupada al doctor.

Es difícil de predecir –respondió-. Nunca se me había planteado un caso así. Una tan clara falta de ensoñación.

Pero no puede vivir sin soñar. Sólo piensa en el pasado y en el presente, pero es incapaz de imaginar el futuro, de proyectar cosas, de imaginar que puede hacer algo que aún no ha hecho. Ni siquiera puede recordar aquello que ha soñado antes.

El doctor se encogió de hombros sin contestar, de modo que la madre y el hijo tuvieron que volver a casa con las manos vacías de sueños.

Nadie podía decirle qué debían hacer para recuperar sus ilusiones perdidas.

Una vez, habiendo ya pasado un tiempo de todo aquello, Fernando salió solo a la calle, y paseando se encontró con un amigo al que hacía mucho tiempo que no veía.

¿Recuerdas –le dijo su amigo-, aquellos días en los que pensábamos que íbamos a conseguir camelar a todas las chicas?

No puedo –contestó Fernando con desazón-. No puedo soñar ni recordar mis sueños. Aunque te parezca mentira.

¡Pero eso es imposible! Todo el mundo sueña. Sueña con ligarse a una de esas, con ser una estrella del fútbol, con que le toque la lotería, con hacer un corte de mangas al profesor de matemáticas,

con hacerse mayor de golpe y comprarse un coche deportivo o un apartamento en la playa.

Yo no –dijo entristecido Fernando-. No puedo imaginar nada de eso.

Piensa... ¿Ves esa chica que pasa por ahí? Es guapa, ¿Verdad? ¿Puedes imaginarte con ella en una playa del Caribe?

¡No! ¡No! ¡Déjame! Es imposible.

Fernando huyó. No quería que los demás le contaran sus sueños. Quería tener los suyos, pero no sabía como hacerlo.

Un día fue a ver a su abuelo. Era un hombre ya anciano, que vivía sólo en una pequeña casa de las afueras. Él era quien le contaba cuentos cuando era pequeño, pero no los leía, los inventaba.

¡Abuelo! ¿Por qué no soy como tú? ¿Por qué no tengo imaginación?

¡Ah, hijo mío! –suspiró el anciano-. Para eso es necesario entrenarse y practicar. Pero resulta que en este mundo moderno, la imaginación está pasada de moda. Todo se puede ver en la televisión, en un ordenador o en un video juego. No tenéis que esforzaros para ver a hombres volar o para ver enanos del bosque, gigantes malvados o viejas brujas subidas en una escoba. Antes teníamos que ver esas cosas en nuestra mente y ahora no estáis preparados para vivir sin todas esos artilugios que tenéis al alcance de la mano. Por eso os resulta tan difícil soñar.

Pero el niño no comprendía lo que quería decirle.

Todo el mundo tiene televisión y ordenador –dijo Fernando después de pensar unos momentos.

Yo no –contestó burlón el abuelo.

¡Bah! Eso es imposible, no se puede vivir así.

Yo sí que puedo. ¡Pasa, pasa y compruébalo!

Hacía ya años que Fernando no entraba en aquella casa. Tanto quizá como habían pasado desde que el abuelo le contaba sus cuentos inventados.

La casa se mantenía en el mismo perfecto desorden que Fernando recordaba. Las estanterías llenas de libros de diferentes tamaños, colores y temas, la mesa de trabajo, repleta de papeles apilados de forma que sólo él podría saber lo que contienen. Algunos incluso estaban garabateados con la tinta de su pluma.

Todo normal, o anormal, según el punto de vista de quién lo viera. Pero además de eso, había algo en la casa que la hacía diferente de las demás.

Cómo verás, no están –dijo el anciano abriendo los brazos-. Ni la tele ni el teléfono móvil, ni el ordenador ni internet ni la vídeo-consola. No son necesarios para vivir.

Pe... pero... ¿Entonces cómo te enteras de lo que ocurre en el mundo?

Tengo una pequeña radio que me regalaron hace años.

¿Sólo una radio? ¿Y cómo te entretienes? ¿No te aburres?

Doy un paseo por el parque, cuido la huertecita, hablo mucho con la gente de aquí y de allá que me cuentan las cosas que les preocupan... ¡Ah! y tengo mis libros. Con eso me vale. ¿Cuánto tiempo hace que no lees uno?

Nunca he leído un libro. Sólo leo los que me obligan en el colegio.

Pues toma, aquí tienes uno –dijo mientras sacaba un viejo y polvoriento tomo de lomo verde y se lo alargaba.

¿La isla misteriosa? ¿Jules Verne? ¿Quién es?

El abuelo sopló para quitar el polvo de las tapas del libro.

¿Es posible que no conozcas al mayor de los soñadores que ha existido?

Fernando negó con la cabeza, mientras lo abría.

Siéntate en el sillón y léelo –dijo el abuelo.

Fernando permaneció un rato con la mirada clavada en la primera página.

No lo consigo. No puedo imaginar lo que dicen las letras.

Ese sí es un problema –protestó el abuelo. Tienes que verlo en tu mente. Vamos a hacer una cosa. Dámelo, cierra los ojos y no pienses en nada más que en lo que yo te digo.

Fernando cerró los ojos y el abuelo cogió el libro y empezó a leer. Lo hizo sin prisa, para que el niño pudiera ver en su mente lo que Jules Verne había soñado mucho tiempo antes.

No entiendo eso.

Y el abuelo repitió el párrafo.

¿Me leerías otra vez esto último?

Claro que sí.

Así, continuó leyendo hasta que una tímida sonrisa fue apareciendo en los labios de Fernando, y poco a poco pasaron las páginas hasta que por la ventana no entraba ya luz. El abuelo encendió la vieja lámpara y entonces el niño abrió por fin los ojos.

Ahora te toca a ti intentarlo otra vez. Pero hazlo en voz alta.

Fernando cogió de nuevo el libro y empezó a leer.

¡Ve despacio! –le corregía el abuelo. No te precipites. Sobre todo, piensa en lo que está escrito.

Amanecía cuando Fernando terminó el último capítulo de la novela. El abuelo sonreía sentado en su sillón.

¿Estoy curado? –preguntó Fernando con una gran sonrisa.

Probablemente no. Tienes mucho que hacer todavía. Ahora sal a la calle, pero cuando alguien te salude, párate y pregúntale por sus cosas. Cuando alguien te diga ‘¿Qué tal?’, no digas sólo ‘¡Bien!’, explícale lo que te pasa y escucha lo que le pasa a él. Y después sigue leyendo, en papel, por las noches, antes de dormir. No dejes de hacerlo, porque te ayudará a imaginar todo aquello que otros han pensado muchos años o quizá siglos antes de que tú nacieras.

¿Así podré soñar como tú lo hacías cuando yo era pequeño?

Y como sigo haciéndolo –replicó divertido el abuelo. Eso ni lo dudes. Aún sueño con llegar a los confines del mundo o con subir alguna vez en un globo o con escribir esa gran novela que después lean los chicos como tú dentro de muchos años.

¿Pero podré volver a soñar? –insistió Fernando.

Por supuesto que lo harás.

Cuando despertó, Fernando se dio cuenta de que todo había sido un sueño. Se levantó y se vistió tan deprisa como pudo. Después, al ver a su madre dijo en voz alta.

Voy a ver al abuelo.

Hace mucho que no vas por allí –respondió la madre. ¿Qué es lo que pasa?

Nada mamá. Sólo voy a pedirle que me preste algún libro de Jules Verne.



Y la madre vio con una gran sonrisa como Fernando se marchaba, porque a ella misma, su padre la había enseñado su amor por la lectura con una novela de aquel francés soñador, mucho tiempo atrás.

FIN



# Batallando sueños

*María Luisa Fernández Moreno*

*A veces las tierras prometidas se vuelven infiernos  
Poco a poco las miradas limpias se van nublando,  
se retraen y las sonrisas ya no dejan ver los  
dientes.*

## MENDOZA

El día en que los padres de Lucía llegaron a Mendoza a su madre se le empezó a amargar la mirada.

El ansiado paraíso que esperaban encontrarse, cuando se aventuraron a emigrar, nunca llegó a serlo y el deseo de bonanza y progreso se fue apagando. Quizás por la afición a la bebida del marido o tal vez porque la casa se les llenó de hijos demasiado pronto.

La madre de Lucía se fue acostumbrando a una vida miserable en una casita de adobe que solo tenía dos habitáculos desaliñados con suelo de tierra y un tejado de chapa que más bien parecía un colador si llovía, y a las palizas, cada vez más frecuentes, que le propinaba el esposo cuando venía de la cantina con los ojos inyectados en sangre, rezumando alcohol y a llorar en silencio, sin lágrimas.

Se le fue marchitando el talante a pasos agigantados. Lucía raras veces la veía sonreír, si acaso en la calle o si iban al mercado,

porque en cuanto entraban en casa se le instalaba de golpe un gesto de resignación.

No siempre había sido así, aunque lejos quedaban ya aquellos años en que Ovidio la rondaba en la plaza, allá en el pueblito de su Bolivia natal. La esperaba, muy elegante y bien peinado, cada domingo, a la salida de la misa matinal y le regalaba una sonrisa enorme de dientes torcidos. A ella se le estremecía, entonces, todo el cuerpo y medio agazapada detrás de sus amigas le devolvía otra más pequeñita.

A las sonrisas le siguieron ramilletes de flores silvestres, ofrecidos sin mediar palabra, en cruces de tímidas miradas, invitaciones a helados y besos robados a escondidas.

Se casaron en una ceremonia modesta, rodeados de toda la familia, creyéndose enamorados. Él tenía dieciocho años, ella uno menos.

En la primavera siguiente vino al mundo Lucía; menudita como su madre y con unos pulmones fuertes que ya dejaban adivinar su gran carácter.

Pero en aquella tierra fría del altiplano había pocas oportunidades para las parejas jóvenes. Así que, junto a un puñado de paisanos, se sumaron a las riadas de bolivianos que cruzaban la frontera; con Lucía cargada a la espalda, un hatillo con lo imprescindible y un puñado de pesos. El miedo y la ilusión se confundían en sus rostros a partes iguales.

Se establecieron en un asentamiento junto a otros recién llegados y a los que allí ya estaban, ajenos a la tierra, sin ganas de echar raíces, aunque con profundas ansias de hacer y de atesorar. Pronto encontraron trabajo como jornaleros en el campo y, sin saberlo, trazaron su destino.

*A Lucía le robaron la infancia el día que sus padres no la dejaron ir más a la escuela, allá en Mendoza, y la pusieron a servir en una casa principal.*

## LA ESCUELA

A Lucía lo que más le gustaba era ir a la escuela y, por eso, no le importaba que estuviera lejos, ni tener que levantarse al alba para

llegar a tiempo. Ni siquiera le importaba atravesar tres kilómetros de viñedos y frutales con alpargatas, con sueño y, muchas veces, con hambre. Los días de lluvia eran los peores.

Las niñas bolivianas solían ir poquito tiempo a la escuela. Lo justito para aprender a leer de corrido y a medio escribir para que no las llamaran ignorantes, porque en cuanto se convertían en mujercitas las ponían a servir o las casaban.

Pareciera que, por este motivo, Lucía aprovechaba cada minuto. En cada momento se mostraba ávida a aprender, atenta a todo, con una curiosidad infinita.

Además, las horas en la escuela se habían convertido en su tiempo de evasión, alejada de las tareas de la casa y de la crianza de sus hermanos.

Era espabilada, muy espabilada. Descarada la solía llamar su madre cuando, en su afán por saber, preguntaba cualquier cosa que le rondara por la cabeza. En más de una ocasión le propinó tal palmada en la boca que llegó a pensar que, en una de esas, se quedaba sin dentadura.

Ya desde pequeña demostró ser una niña con mucho arrojo, muy dispuesta y con las ideas muy claras. Chocaba continuamente con la idea que intentaba inculcarle su madre de cómo debía ser y comportarse una señorita y, sobre todo, con las aptitudes machistas tan arraigadas en su cultura.

Por eso el día que le contaron que no iría más a la escuela gritó, pataleó y berreó. No le importó, en absoluto, que los vecinos salieran a la calle alarmados por el tremendo escándalo. Tampoco le importó que su cuerpo se retorciera de dolor cuando su padre la molió a palos por rebelde y respondona.

*Ser rebelde es bueno si te hace crecer, aunque, a veces, duela estirarse.*

## LA CASA GRANDE

En la casa grande, sin embargo, su arrolladora forma de ser, le hizo ganarse el respeto del resto de los sirvientes, así como la admiración de la señora.

No tardó en convertirse en la mejor compañía de La Doña que pronto se dio cuenta de las excelentes cualidades que se vislumbraban en la muchacha. Viuda de un acaudalado latifundista la vida se lo había concedido todo, excepto lo que más deseaba, tener un hijo.

Encontró en Lucía la mejor oportunidad para volcar en ella todas sus ganas de ser madre. Estaba dispuesta a transformarla en toda una mujer.

Propuso entonces a los padres que la dejaran encargarse de su educación, ser su mentora. Incluso tenía pensado enviarla a la capital a estudiar a un internado de señoritas de bien. Pero a Ovidio la idea del internado no le gustó, ya que aquello significaba prescindir de los pesos que Lucía ganaba, que prácticamente eran el único dinero que entraba en casa.

Impotente ante la cerrazón de su padre, una noche, cuando todos dormían, se puso las alpargatas y se fue. Vagó durante tres días por los campos alimentándose de fruta. La tercera noche, sin saber qué hacer, ni a quién acudir, se dejó vencer. Se acurrucó bajo un árbol de duraznos y lloró amargamente su imprudencia.

Ella, que siempre se había sentido orgullosa de su determinación a la hora de tomar decisiones, notó cómo la oscuridad y el frío la sacudían sin piedad. De repente, se vio indefensa, desnuda ante un monstruo de cien cabezas y otros tantos tentáculos llamado mundo.

Se hizo tan pequeñita que cuando la policía la encontró poco quedaba de la muchacha guerrera e irrespetuosa que habían descrito sus padres al poner la denuncia. Allí solo encontraron a una niña de catorce años cubierta de miedo.

No sabiendo de qué forma encaminar a su hija, Ovidio pensó que lo mejor sería entregar su tutela a los servicios sociales y que la encerraran en un centro correccional para adolescentes.

*Estaba tan falta de afecto que creyó que aquello era amor. La trampa de la compasión la atrapó en sus redes.*

## LIBRE

El día que cumplió los dieciocho, Lucía agarró su maleta y salió a la calle. Lo hizo de prisa, con enormes ganas de recorrer las aceras, de cruzar las avenidas a zancadas, sin mirar atrás, siempre adelante. En el centro se había hecho grande y aunque le habían robado la libertad jamás lograron arrebatarse la autoestima, a pesar de que lo intentaron a conciencia. En eso eran expertos.

Malvivía en un cuartucho y se ganaba la vida vendiendo empanadas en un puestito callejero. Pero se sentía viva, se sentía dichosa.

En este embriagador estado de felicidad, que le provocaba la recién adquirida libertad, conoció a Armando, un muchacho taciturno y solitario que acostumbraba a sentarse en un banco del parque, justo enfrente de su puesto.

Empezó sonriéndole, de lejos, y poco a poco se fue acercando. Al principio, para darle los buenos días. Después, con el pretexto de ayudarla, hasta que acabó instalándose en su vida.

Lucía le hizo un hueco en su cuarto y otro en su corazón y por primera vez vivió una aventura compasiva que ambos confundieron con amor.

La mañana que le contó que estaba embarazada desapareció sin hacer ruido, taciturno y solitario como lo había conocido. Jamás lo volvió a ver.

A medida que se le desdibujaba la figura también se iba mermando a su alrededor todo lo demás: las existencias de la despensa, los pesos ahorrados, las fuerzas... De nuevo le entró el pánico. Acudieron los fantasmas del pasado y se volvió a sentir perdida bajo el árbol de duraznos.

Así que dio un último trago al poco orgullo que aún conservaba y se presentó en casa de sus padres con una barriga enorme. Por una vez intuyó en su madre un atisbo de sonrisa.

Lucía encontró empleo en una fábrica de conservas y aunque el salario no era gran cosa le daba para cubrir las necesidades básicas de toda la familia. Incluso se dejaba los brazos haciendo horas extras para poder ahorrar.

Mientras tanto se fue cuajando en su cabeza un sueño: volar a España.

Dejó al niño al cuidado de su madre con la promesa de enviar dinero cada mes y embarcó con un único pero poderoso equipaje: las ansias de regresar a buscarlo lo antes posible.

*El camino nunca es fácil cuando el viento sopla en contra y se obstina en derribarnos. El final es lo que importa.*

## ESPAÑA

A España llegó con un visado de tres meses y un trabajo de interna en un chalet de Galicia.

Nada era como lo había imaginado. Ni los objetos, ni las gentes, ni los sitios. La invadía el tedio y la nostalgia en aquella enorme casa aislada, no paraba de llover y hasta la señora, argentina de padres gallegos, resultó ser una mujer estirada e insoportable. Para colmo, le pagaba una miseria.

Un día, se armó de valor y le comentó que con lo que le daba apenas le alcanzaba para sus gastos, cuanto menos para mandar alguna cosa a su hijo, que si no le aumentaba el sueldo mejor se regresaba. La respuesta de la arpía fue rápida y contundente. Un billete de autobús destino a Madrid y otro de avión de vuelta a Argentina.

Sentada en la sala de espera envuelta en lágrimas tomó una decisión, probablemente la más importante de su vida. Se quedaría en Madrid.

\*\*\*

Pasaron cinco años hasta que tuvo todo listo para ir a buscar a su pequeño.

Nada más atravesar el umbral de la puerta, la desolación cayó sobre su cabeza como una enorme piedra, al comprobar las condiciones en que se encontraba la casa. Parecía que el dinero mandado religiosamente se hubiera esfumado por el camino.

La ruindad se adivinaba en cualquier parte: en la extrema delgadez del niño, en su padre, hinchado como un sapo, incrustado



en un sillón raído, en la mirada oscura de su madre, en el aspecto gastado de las cosas, en los estantes vacíos.

Sintió, más que nunca, que necesitaba huir de todo aquello cuanto antes. Masticó con rabia la congoja que la ahogaba, agarró al niño de la mano y se alejó deprisa, muy deprisa, de aquel lugar maldito.

FIN



## Epílogo

Si hubiera que definir este primer premio literario de Tajamar en pocas palabras, escogería tres: sorpresa, gratitud e ilusión. Primero, una amable sorpresa entre los implicados en la gestión del premio: organizadores, profesores, comunicación, personal de secretaría... Desde su convocatoria hasta el 13 de febrero nos vimos invadidos, día a día, por la llegada de numerosos relatos desde todos los puntos cardinales.

Gratitud, en segundo lugar, por la calidad. Es de justicia reconocer que leer –labor monótona en principio–, se acabó convirtiendo en satisfacción por la excelencia literaria de los presentados, de ahí las gracias. No así a la hora de seleccionar, pues las dudas y tensiones debidas al indudable mérito de los que concursaban, han generado situaciones difíciles en el jurado.

Por último, ilusión. En el sentido de esperanza en algo cuyo cumplimiento será atractivo. En este caso, esperanza en alguien. En los escritores de las categorías general y especial porque hemos constatado que en España se escribe bien. Y, sobre todo, ilusión en los jóvenes. Escribía Martínez Mesanza: *“Dame palabras fáciles y claras / para explicar la sencillez del alma / antes de ser rozada por las cosas, / cuando el alma no amaba equivocarse”* (“Mar Saba”); pues bien, pensamos que los más jóvenes tienen esas palabras.

*Francisco Andrés del Pozo*  
*Coordinador del I Premio de relato corto y cuento Tajamar*

Querido lector:

Te presentamos una colección de cuentos muy especial, pues en ella se reúne lo mejor que nos ha llegado a este concurso de relatos, que tanta aceptación ha tenido. Al menos, así lo ha considerado su jurado, en su difícil tarea.

Seguro que hay, doy fe de ello, otros trabajos con la misma calidad, incluso merecedores de los premios, pero hay que elegir. Pienso que, incluso se podría editar otro libro de relatos. Por eso, a los que no estáis aquí, os animo a que sigáis escribiendo. Como decía el poeta, escribir no es un lujo, sino una necesidad. Y de esa forma lo sentimos muchos. Como un acto necesario para descargar nuestros sentimientos, nuestras ideas y preocupaciones y hacer de este mundo un lugar más amable, una de las metas de Tajamar.

Espero que la ilusión que hemos puesto en este libro y en este concurso siga alumbrando los sueños de los escritores noveles y de aquellos que no lo son tanto.

*Julio Cesar Romano, coordinador y miembro del jurado, escritor y Alumni Tajamar.*



**Fundación Tajamar**